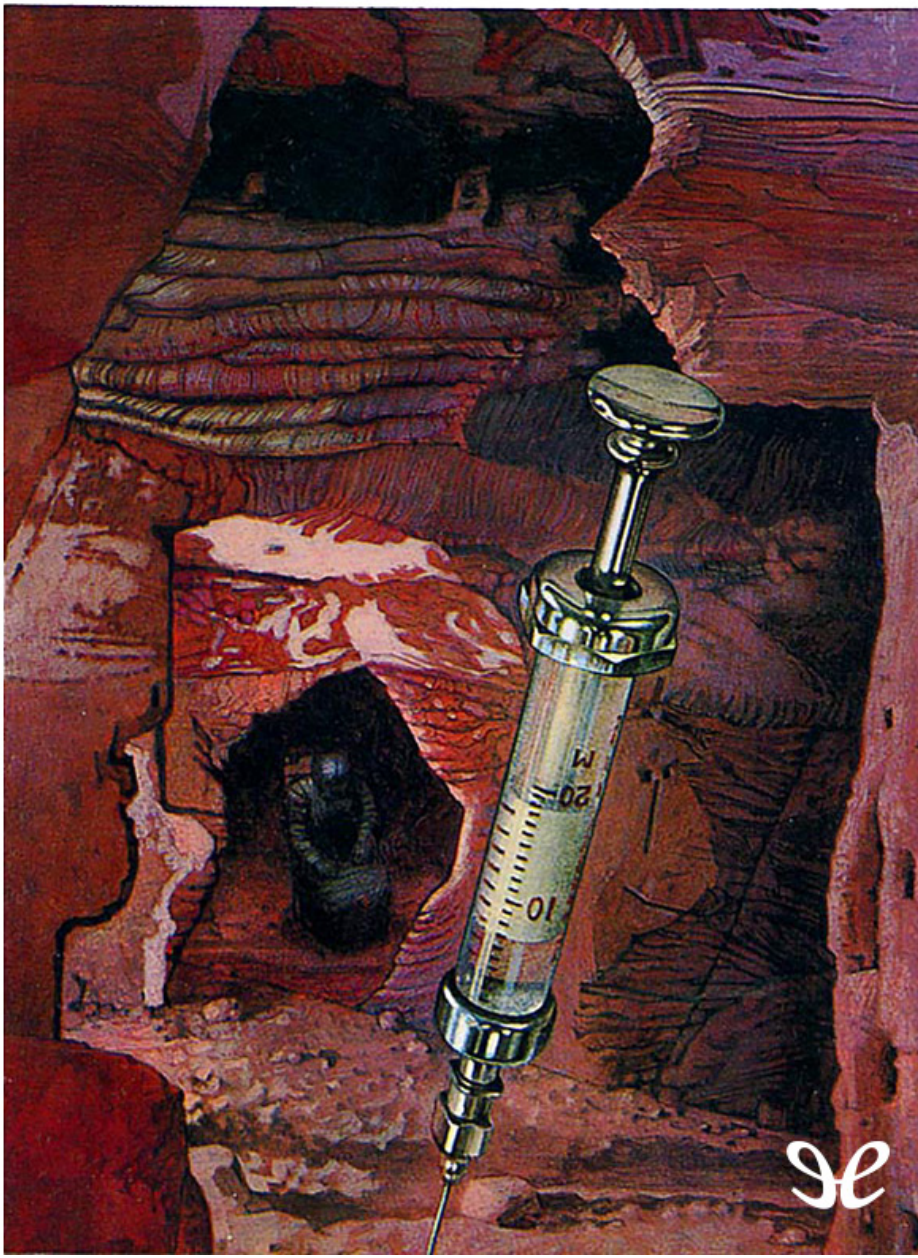
AGATHA CHRISTIE

CITA CON LA MUERTE



La señora Boynton muere víctima de lo que parece un ataque al corazón y, con ello, hace a su familia el mejor de los regalos: la libertad. Todos tenían razones para desear su muerte, pero ¿alguno de ellos la mató? Hércules Poirot desvelará el misterio y demostrará una vez más que para ver la verdad hay que ser capaz de mirar más allá de las apariencias.

Agatha Christie

Cita con la muerte

Hércules Poirot - 19

ePub r1.1
guau70 22.11.16

Título original: *Appointment with death*
Agatha Christie, 1938
Traducción: José Mallorquí Figuerola
Retoque de cubierta: guau70

Editor digital: guau70
Corrección de erratas: paco_anayad
ePub base r1.2

A Richard y Myra Mallock, como recuerdo de su viaje a Petra.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BOYNTON (señora): Ex celadora de una cárcel y viuda de Elmer Boynton, que fue gobernador de ese mismo centro.

BOYNTON (Raymond): Hijastro de la señora Boynton.

BOYNTON (Carol): Hijastra de la señora Boynton y hermana de Raymond.

BOYNTON (Lennox): Hermano de Raymond y Carol.

BOYNTON (Ginebra): Hija de la señora Boynton y hermanastra de Lennox, Raymond y Carol.

BOYNTON (Nadine): Esposa de Lennox.

CARBURY (Coronel): Comisario de Amman.

COPE (Jefferson): Antiguo amigo de Nadine Boynton.

GERARD (Theodore): Eminente especialista en enfermedades mentales.

KING (Sarah): Joven doctora en medicina.

MAHMOUD: Guía beduino.

PIERCE (Annabel): Institutriz, turista y compañera de viaje de *lady* Westholme.

POIROT (Hércules): Famoso detective.

WESTHOLME (*Lady*): Turista y miembro del Parlamento inglés.

Primera Parte

Capítulo I

—Lo ves, ¿verdad? Hay que matarla.

La frase flotó en el aire tranquilo de la noche, por un momento pareció mantenerse allí y después, dejándose llevar, se perdió en la oscuridad en dirección al mar Muerto.

Hércules Poirot permaneció inmóvil durante un minuto con la mano en el tirador de la ventana. Frunciendo el ceño, la cerró con decisión, impidiendo de este modo el paso a cualquier aire nocturno que pudiese ser nocivo. Hércules Poirot había sido educado en la convicción de que todo aire procedente del exterior estaba mejor fuera y de que el aire de la noche era especialmente peligroso para la salud.

Mientras corría pulcramente las cortinas y se dirigía a la cama, sonrió para sí mismo con indulgencia.

«Lo ves, ¿verdad? Hay que matarla».

Era curioso que un detective como Poirot escuchara por casualidad estas palabras en su primera noche en Jerusalén.

—¡Está claro que, dondequiera que vaya, hay algo que me recuerda el crimen! —murmuró para sus adentros.

Seguía sonriendo mientras recordaba una historia que había oído una vez acerca de Anthony Trollope, el novelista. En cierta ocasión, Trollope cruzaba el Atlántico y oyó por azar la conversación de otros dos pasajeros que discutían acerca de la última entrega publicada de una de sus novelas.

—Está muy bien —decía uno de los interlocutores—, pero debería acabar de matar a esa fastidiosa anciana.

Con una amplia sonrisa, el novelista se dirigió a ellos:

—¡Caballeros, les estoy muy agradecido! ¡Iré a matarla enseguida!

Hércules Poirot se preguntaba a qué habrían obedecido las palabras que acababa de escuchar. Tal vez se trataba de una

colaboración en una pieza teatral o en un libro. Todavía sonriente, pensó: «Esas palabras podrían ser recordadas algún día y tener entonces un significado más siniestro».

En ese momento recordó haber percibido una peculiar y nerviosa intensidad en la voz, un temblor que hablaba de alguna fuerte tensión emocional. Era la voz de un hombre… o la de un muchacho…

Al tiempo que apagaba la lámpara de la mesita de noche, Hércules Poirot pensó: «Podría reconocer esa voz…».

Acodados en el alféizar de la ventana, con las cabezas muy juntas, Raymond y Carol Boynton tenían la mirada fija en las azuladas profundidades de la noche. Nerviosamente, Raymond repitió las palabras que acababa de pronunciar:

—Lo ves, ¿verdad? Hay que matarla.

Carol Boynton se estremeció ligeramente. Con voz profunda y ronca, contestó:

—Es horrible…

—¡No es más horrible que esto!

—Supongo que no… —Violentamente, Raymond agregó—: ¡Las cosas no pueden seguir así! ¡No puede ser…! Tenemos que hacer algo… y no hay otra cosa que podamos hacer…

—Si pudiéramos marcharnos… —dijo Carol, pero su voz delataba su falta de convicción y ella lo sabía.

—No podemos —la voz de Raymond sonaba vacía y desesperanzada—. Tú sabes que no podemos, Carol.

La muchacha se estremeció.

—Lo sé, Ray. Lo sé.

De repente, Raymond soltó una breve y amarga carcajada.

—La gente dirá que estábamos locos por no ser capaces de irnos y ya está.

—A lo mejor estamos locos —dijo Carol lentamente.

—Quizá. Sí, quizá lo estemos o, en todo caso, lo estaremos pronto… Supongo que algunas personas dirían que ya es así. ¡Aquí nos tienes, planeando con toda tranquilidad y a sangre fría el asesinato de nuestra madre!

—¡No es nuestra verdadera madre! —replicó Carol con aspereza.

—No lo es, es cierto.

Hubo una pausa y luego Raymond preguntó en un tono

indiferente:

—¿Estás de acuerdo, Carol? —Carol respondió con firmeza—: Sí, creo que debe morir…

Y entonces estalló de repente:

—¡Está loca! ¡Estoy segura de que está loca! Si no lo estuviese no podría torturarnos como lo hace. Durante años hemos estado diciéndonos: «¡Esto no puede seguir así!». ¡Y ha seguido así! Nos hemos dicho: «Algún día se morirá». ¡Pero no se ha muerto! No creo que muera nunca, a menos que…

Raymond terminó la frase con firmeza:

—A menos que la matemos…

—Sí.

La muchacha apoyó fuertemente las manos sobre el alféizar.

Su hermano prosiguió en un tono frío e indiferente y lo único que delataba la profunda excitación que sentía era un ligero temblor:

—Te das cuenta de por qué tiene que hacerlo uno de nosotros, ¿verdad? Si contamos con Lennox, hay que considerar a Nadine. Y no podemos meter a Jinny en esto. —Carol se estremeció.

—¡Pobre Jinny! ¡Estoy tan asustada!

—Lo sé. Las cosas se ponen cada vez peor, ¿verdad? Por eso hay que hacer algo rápido, antes de que pierda totalmente la razón.

Carol se enderezó de pronto, echando hacia atrás un mechón de cabellos castaños que caía sobre su frente.

—Ray —dijo—, tú no crees que esté realmente mal lo que hacemos, ¿verdad? —Con el mismo tono desapasionado de antes, Raymond respondió:

—No. Creo que es como matar un perro rabioso. Es algo que hace daño y que debe ser parado. No tenemos otro medio de detenerla.

Carol murmuró:

—Pero de todas formas nos mandarían a la silla eléctrica… Quiero decir que no podríamos explicar cómo es ella… Resultaría increíble… ¡En cierto modo, todo está en nuestra imaginación!

—Nadie lo sabrá jamás —dijo Raymond—. Tengo un plan. Lo he pensado todo muy bien. No correremos ningún peligro.

Carol se volvió bruscamente hacia su hermano.

—Ray, no se por qué, pero eres otro. Algo te ha sucedido… ¿Qué

es lo que te ha hecho idear todo esto?

—¿Por qué crees que me ha sucedido algo? —Raymond volvió la cabeza y clavó sus ojos en la noche.

—Porque es así… Ray, dime, ¿es aquella chica del tren?

—No, por supuesto que no. ¿Por qué tendría que ser ella? Por favor, Carol, no digas tonterías. Volvamos a…

—¿A tu plan? ¿Estás seguro de que es bueno?

—Sí. Creo que sí… Por supuesto debemos esperar a que se presente la ocasión. Y si sale bien, seremos libres, todos nosotros.

—¿Libres? —Carol lanzó un leve suspiro y miró hacia las estrellas. De pronto tuvo una convulsión y rompió a llorar.

—¡Carol! ¿Qué te pasa?

Ella habló entrecortadamente entre sollozos:

—¡Es todo tan hermoso! La noche, el azul del cielo, las estrellas… ¡Si pudiésemos ser tan sólo una parte de todo eso…! ¡Si pudiésemos ser como los demás en vez de ser como somos, extraños, pervertidos y malos!

—Pero lo seremos, seremos… normales. Cuando ella muera.

—¿Estás seguro? ¿No es demasiado tarde? ¿No seremos siempre retorcidos y diferentes?

—No, no, no.

—Me pregunto…

—Carol, si prefieres no…

La muchacha rechazó el abrazo de su hermano.

—No. Estoy contigo. ¡Estoy contigo sin dudarlo! Por los otros, sobre todo por Jinny. ¡Tenemos que salvar a Jinny!

Raymond hizo una breve pausa.

—Entonces, ¿seguiremos adelante? —preguntó.

—Sí.

—Bien. Te diré cuál es mi plan…

Inclinó la cabeza hasta la de su hermana y habló en voz baja.

Capítulo II

La señorita Sarah King, licenciada en medicina, estaba de pie junto a la mesa de la sala de lectura del Hotel Salomón de Jerusalén, removiendo distraídamente los periódicos y revistas. Tenía el ceño fruncido y parecía preocupada.

Un caballero francés, alto y de mediana edad, entró en la sala procedente del vestíbulo y la observó durante un momento antes de acercarse y colocarse al otro lado de la mesa. Cuando sus ojos se encontraron, Sarah esbozó una leve sonrisa, indicando con ello que lo había reconocido. Recordaba que aquel hombre la había ayudado durante el viaje desde El Cairo y que, al no aparecer ningún mozo en la estación, había cargado con una de sus maletas.

—¿Le gusta Jerusalén? —preguntó el doctor Gerard después de que hubieran intercambiado los correspondientes saludos.

—En algunos sentidos, me parece terrible —dijo Sarah. Y añadió —: La religión es muy extraña.

El francés parecía divertido.

—Comprendo lo que quiere decir. —Su inglés era casi perfecto —. ¡Todas las sectas imaginables enzarzadas en luchas y disputas constantes!

—¡Y también los horribles edificios que han levantado! —dijo Sarah.

—Sí, es cierto. —Sarah suspiró.

—Hoy me han echado de un sitio porque llevaba un vestido sin mangas —dijo tristemente—. Al Todopoderoso no le gustan mis brazos, a pesar de haberlos creado Él mismo.

El doctor Gerard se echó a reír. Luego dijo:

—Iba a tomar café. ¿Quiere acompañarme, señorita…?

—Mi nombre es King. Sarah King.

—Y este es el mío… Con su permiso —dijo sacando una tarjeta.

Sarah la cogió y, al leerla, sus ojos se abrieron con sorpresa y

admiración.

—¿El doctor Theodore Gerard? ¡Estoy encantada de conocerle! He leído todos sus trabajos, por supuesto. Sus teorías sobre la esquizofrenia son enormemente interesantes.

—¿Por supuesto? —Gerard arqueó las cejas inquisitivamente.

Sarah se lo explicó con cierta timidez:

—Es que yo también estoy en camino de ser doctora, ¿sabe? Acabo de licenciarme en medicina.

—¡Ah! Ya veo.

El doctor Gerard encargó que les sirvieran el café y se sentaron en un extremo del comedor. El francés estaba menos interesado por los conocimientos médicos de Sarah que por los cabellos negros que se le rizaban sobre la frente y por su boca roja y bellamente formada. Le divertía la evidente admiración con que ella lo miraba.

—¿Se va a quedar aquí mucho tiempo? —le preguntó siguiendo las reglas convencionales de toda conversación.

—Unos días solamente. Después quiero ir a Petra.

—¡Vaya! Yo también estaba pensando en ir allí, si no lleva demasiado tiempo llegar. Tengo que estar de vuelta en París el día catorce.

—Se necesita aproximadamente una semana, creo. Dos días para ir, dos de estancia y dos para volver.

—Tengo que ir a la agencia de viajes esta mañana para ver cómo puedo arreglarlo.

Un grupo de personas entró en el comedor y se sentó. Sarah los observó con cierto interés y bajó la voz.

—¿Se ha fijado en esos que acaban de entrar? ¿No recuerda haberlos visto la otra noche en el tren? Salieron de El Cairo al mismo tiempo que nosotros.

El doctor Gerard se ajustó el monóculo y dirigió su mirada al otro lado de la sala.

—¿Americanos? —Sarah asintió.

—Sí, una familia norteamericana. Pero bastante fuera de lo común, según creo.

—¿Fuera de lo común? ¿En qué sentido?

—Bueno, fíjese en ellos, sobre todo en la vieja.

El doctor Gerard obedeció. Su aguda y profesional mirada voló rápidamente de un rostro a otro.

En primer lugar vio a un hombre alto y un tanto desgarbado, que aparentaba unos treinta años. Tenía una cara agradable, pero sus facciones revelaban debilidad y su expresión parecía extrañamente apática. Después había dos atractivos jóvenes. El chico tenía un perfil casi griego. «También le pasa algo —pensó el doctor Gerard—. Sí, está con los nervios en tensión». La chica es sin duda su hermana, pues el parecido entre ambos es muy grande. También está nerviosa. Hay otra muchacha, más joven, de cabellos rojos dorados, que forman una especie de halo alrededor de su cabeza. Sus manos no se están quietas: estiran y desgarran el pañuelo que tiene en su regazo. Y aún hay otra mujer, joven, tranquila, de cabello negro y palidez cremosa, cuyo apacible rostro recuerda el de alguna *Madonna de Luigi*. Nada hay en ella que denote nerviosismo. Y en el centro del grupo… «¡Cielos! —pensó el doctor Gerard, con ingenua y francesa repulsión—. ¡Qué mujer más horrible!». Vieja, hinchada, abotargada, sentada en medio de todos ellos con la inmovilidad de un viejo y desfigurado Buda, era como una gran araña en el centro de su tela.

—La mamá no es precisamente bonita, ¿eh? —dijo dirigiéndose a Sarah, al tiempo que se encogía de hombros.

—Hay algo bastante siniestro en ella, ¿no cree? —preguntó Sarah.

El doctor Gerard volvió a examinarla. Esta vez su mirada fue profesional, no estética.

—Hidropesía… Cardíaca —y añadió una frase en su jerga médica.

—Sí. ¡Eso es! —Sarah prescindió de la parte científica—. Pero hay algo extraño en la actitud de los otros hacia ella, ¿no le parece?

—¿Sabe usted quiénes son?

—Se llaman Boynton. La madre, un hijo casado, su mujer, otro hijo más joven y dos hijas menores.

—La *famille* Boynton recorre el mundo —murmuró el doctor Gerard.

—Sí, pero hay algo muy extraño en la manera que tienen de recorrerlo. Nunca hablan con nadie. Y ninguno de ellos puede hacer nada sin el consentimiento de la vieja.

—Es una matriarca —dijo Gerard, pensativo.

—Creo que es una completa tirana —dijo Sarah.

El doctor Gerard se encogió de hombros y comentó que la mujer americana dominaba la tierra. Era un hecho bien conocido en todo el mundo.

—Sí, pero hay algo más —insistió Sarah—. Los tiene a todos acobardados, completamente dominados. ¡Es algo indecente!

—Tener demasiado poder es malo para las mujeres —declaró Gerard con repentina seriedad y meneando la cabeza—. Es difícil para una mujer no abusar de su poder. —Miró de reojo a Sarah. Estaba observando a la familia Boynton, o mejor dicho, a un miembro en particular de dicha familia. El doctor Gerard esbozó una rápida sonrisa de gálica comprensión—. ¡Ah! ¿Así que era eso? —insinuadoramente, murmuró:

—Ha hablado con ellos, ¿verdad?

—Sí, al menos con uno de ellos.

—¿Con el hijo más joven?

—Sí, en el tren, viniendo de Kantara. Estaba de pie en el pasillo. Le hablé. No había timidez en su manera de afrontar la vida. Estaba interesado en la humanidad y tenía un carácter amistoso aunque impaciente.

—¿Qué la impulsó a hablarle? —preguntó Gerard.

Sarah se encogió de hombros.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Suelo hablar con la gente que me encuentro cuando viajo. Me interesan las personas. Lo que hacen, lo que piensan o sienten…

—En otras palabras, los pone usted bajo el microscopio.

—Supongo que se le puede llamar así —admitió la joven.

—¿Y cuáles han sido sus impresiones en este caso?

—Bueno… —vaciló—. Fue muy extraño. Para empezar, el chico se puso colorado hasta la raíz del pelo.

—¿Es eso tan raro? —preguntó Gerard secamente.

Sarah rio.

—¿Cree que pensó que yo era una desvergonzada y que me estaba insinuando? No, a mí no me lo parece. Los hombres siempre saben discernir, ¿verdad?

Miró interrogativamente y con toda franqueza al doctor Gerard. Este asintió con la cabeza.

—Me dio la impresión —dijo Sarah con lentitud, frunciendo ligeramente el ceño— de que se sentía… ¿Cómo podría decirlo? Se

sentía a la vez excitado y aterrado. Enormemente excitado y, al mismo tiempo, asustado de un modo absurdo. Eso es raro, ¿no? Siempre me ha parecido que los americanos están muy seguros de sí mismos, más incluso de lo que sería normal. Un chico americano de, por ejemplo, veinte años sabe mucho más del mundo y tiene mucho más
savoir-faire
que un muchacho inglés de la misma edad. Y ese chico debe de tener más de veinte años.

—Yo diría que tiene veintitrés o veinticuatro.

—¿Tantos?

—Creo que sí.

—Sí… Quizá tenga razón… Es sólo que parece muy joven…

—No se ha desarrollado mentalmente. En él persiste la infantilidad.

—¿Entonces tengo razón al pensar que hay algo en él que no es muy normal?

El doctor Gerard se encogió de hombros, sonriendo levemente ante la seriedad de la joven.

—Mi querida y joven dama, ¿alguno de nosotros es totalmente normal? Sin embargo, estoy de acuerdo con usted en que probablemente se trata de una neurosis de algún tipo.

—Seguramente relacionada con esa horrible anciana.

—Parece sentir por ella una gran antipatía —declaró Gerard, mirando curiosamente a la joven.

—Sí, la siento. Tiene una mirada malévola.

—Eso les ocurre a muchas madres cuando sus hijos se sienten atraídos por muchachas fascinadoras —murmuró Gerard.

Sarah se encogió de hombros con impaciencia. Los franceses eran todos iguales, pensó, ¡obsesionados por el sexo! Aunque ella, por supuesto, como psicóloga concienciada que era, estaba predispuesta a admitir que en la mayoría de los fenómenos hay una base sexual subyacente. Los pensamientos de Sarah se desviaron hacia las consideraciones psicológicas usuales.

Salió de sus meditaciones con un sobresalto. Raymond Boynton atravesaba en ese momento la sala hacia la mesa central. Eligió una revista y volvió sobre sus pasos. Al pasar junto a Sarah, esta lo miró y le preguntó:

—¿Ha estado visitando la ciudad?

Eligió sus palabras al azar, interesada tan sólo por el modo en que serían recibidas. Raymond casi se detuvo, enrojeció, dio un respingo, como un caballo nervioso, y su mirada se dirigió aprensivamente al centro de su grupo familiar.

—¡Oh! Sí, claro… Sí, por supuesto, yo…

Luego, súbitamente, como si hubiera recibido una espoleada, se apresuró a regresar junto a su familia y ofreció la revista a su madre.

La grotesca figura en forma de Buda alargó una mano gruesa y la cogió. Sus ojos, observó el doctor Gerard, estaban clavados fijamente en la cara del muchacho. Lanzó un gruñido y ni siquiera dio las gracias. El doctor notó que luego miraba duramente a Sarah. Su rostro, imperturbable, no mostraba expresión alguna. Hubiera sido imposible saber lo que pasaba por la mente de aquella mujer.

Sarah miró su reloj y lanzó una exclamación:

—Es más tarde de lo que pensaba. Se levantó y dijo:

—Doctor Gerard, muchas gracias por el café. Tengo que escribir unas cartas. —El francés se puso en pie y estrechó su mano.

—Espero que volvamos a vernos —dijo.

—¡Oh, sí, desde luego! ¿Irá usted a Petra?

—Procuraré ir.

Sarah le dedicó una sonrisa y salió del comedor. Al hacerlo pasó junto a la familia Boynton.

El doctor Gerard, que los observaba atentamente, vio cómo la mirada de la señora Boynton se clavaba en su hijo y cómo los ojos del muchacho se encontraban con los de ella. Cuando Sarah pasó, Raymond Boynton volvió la cabeza, no hacia la joven, sino hacia el otro lado. Fue un movimiento lento y forzado; parecía como si la vieja señora Boynton hubiese tirado de una cuerda invisible.

Sarah King se dio cuenta de que él la evitaba y era lo bastante joven y lo bastante humana para sentirse molesta por ello. ¡Habían mantenido una conversación tan amistosa en aquel pasillo balanceante del tren! Habían comparado sus notas acerca de Egipto y se habían reído del ridículo modo de hablar que tenían los vendedores callejeros. Sarah le había contado una anécdota acerca de un camellero, que la había abordado diciéndole, en un tono esperanzado y a la vez insolente: «¿Tú, dama inglesa o americana?»,

y al que ella había respondido: «No, china». ¡Y el placer que había sentido al comprobar el total aturdimiento de aquel hombre cuando la miraba!

Sarah pensó que el muchacho se había comportado como un encantador y ansioso colegial. Incluso podría decirse que había habido algo casi patético en su ansiedad. Y ahora, sin ninguna razón, parecía avergonzado y se portaba como si fuera un grosero. Era francamente descortés.

—No volveré a preocuparme por él —decidió Sarah indignada.

Porque Sarah, sin ser excesivamente vanidosa, tenía un concepto muy alto de sí misma. Se sabía muy atractiva para el sexo opuesto y no estaba dispuesta a aceptar un desprecio.

Quizá se había mostrado demasiado amable con aquel muchacho. Por alguna razón oscura, había sentido lástima por él.

En cambio, en aquel momento resultaba evidente que no era más que el típico joven americano descortés, engreído y grosero.

En vez de escribir las cartas de las que había hablado, Sarah King se sentó frente al tocador, peinó hacia atrás su cabellera y, fijando la vista en aquellos desconcertados ojos color avellana que le devolvían la mirada desde el espejo, se puso a repasar su vida.

Acababa de pasar por una difícil crisis emocional. Un mes antes había roto su compromiso con un joven doctor, cuatro años mayor que ella. Se habían sentido siempre muy atraídos el uno por el otro, pero sus caracteres eran demasiado parecidos. Sus peleas y desacuerdos habían sido continuos. Sarah tenía un temperamento demasiado dominante para aguantar las imposiciones de nadie. Sin embargo, como muchas mujeres cultivadas, había creído admirar la fuerza y siempre se había dicho a sí misma que deseaba ser sometida. Cuando encontró a un hombre capaz de imponerle su dominio, se dio cuenta de que aquello no le gustaba en absoluto. El romper su compromiso le había causado mucho dolor, pero era lo bastante sensata para darse cuenta de que la mera atracción mutua no era base suficiente sobre la que levantar la felicidad de toda una vida. De modo que se había recetado a sí misma unas interesantes vacaciones en el extranjero, un viaje que le ayudase a olvidar, antes de empezar otra vez a trabajar en serio.

Los pensamientos de Sarah volvieron del pasado al presente. «Me gustaría hablar con el doctor Gerard de su trabajo —pensó—.

Ha realizado cosas maravillosas. Si al menos me tomara en serio… Quizá si viene a Petra…».

Luego pensó nuevamente en aquel extraño y rudo norteamericano. No le cabía duda alguna de que aquel extraño comportamiento se debía a la presencia de su familia, pero, con todo, sentía cierto desprecio hacia él. ¡Era ridículo que alguien se portara de aquella forma! ¡Especialmente un hombre!

No obstante…

Una extraña sensación la invadió. En todo aquello había algo raro.

De pronto, dijo en voz alta:

Ese muchacho necesita que lo salven. ¡Yo me encargaré de ello!

Capítulo III

Después de que Sarah abandonara el comedor, el doctor Gerard permaneció unos minutos sentado donde estaba. Luego se acercó a la mesa de las revistas, cogió el último número de *Le Matin* y fue a sentarse a pocos metros de la familia Boynton. Su curiosidad se había despertado.

Al principio le había divertido el interés de la joven inglesa por aquella familia norteamericana y había deducido sagazmente que aquel se hallaba inspirado por otro interés, más particular, en uno de los miembros de la misma. Pero en aquel momento, todo lo que aquella familia tenía de poco común aguijoneaba su espíritu imparcial de científico. Sentía que allí había algo de enorme interés psicológico.

Muy discretamente, camuflado detrás del periódico, se dedicó a estudiarlos. Empezó por el joven a quien la atractiva inglesa dedicaba tanta atención.

Sí, pensó Gerard, sin duda el tipo que podía atraer a una mujer como ella.

Sarah King poseía fuerza, equilibrio, nervios firmes, frialdad de juicio y una voluntad decidida. El doctor Gerard juzgaba al joven como un ser muy sensible, perceptivo, tímido y fácil de sugestionar. Con ojo clínico descubrió que el muchacho se encontraba en aquellos momentos en un estado de fuerte tensión nerviosa. Era obvio. El doctor Gerard se preguntó por qué. Estaba desconcertado. ¿Por qué un joven que gozaba de evidente buena salud y que estaba disfrutando de un viaje por el extranjero habría de encontrarse a punto de sufrir un ataque de nervios?

El doctor dirigió su atención hacia los otros componentes del grupo. La joven de cabellos castaños era indudablemente la hermana de Raymond. Tenían las mismas características físicas. Los dos eran de huesos menudos, bien formados y de aspecto

aristocrático. Sus manos eran igualmente finas, tenían el mismo mentón, limpiamente perfilado, y la cabeza de ambos permanecía erguida con la misma elegancia sobre un largo y esbelto cuello. Y también la chica estaba nerviosa… Hacía leves movimientos compulsivos, sus ojos brillantes se hallaban subrayados por una profunda sombra. Su voz, al hablar, era demasiado rápida y parecía falta de aliento. Estaba vigilante, alerta, y se la veía incapaz de relajarse.

—Y también está asustada —decidió Gerard—. ¡Sí, tiene miedo!

Oyó fragmentos de conversación… Una conversación completamente normal.

—¿Qué os parece si vamos a las Cuadras de Salomón? ¿No será demasiado fatigoso para mamá? ¿El Muro de las Lamentaciones por la mañana? El Templo, por supuesto… Lo llaman la Mezquita de Omar… no sé por qué… Porque fue convertido en una mezquita musulmana, Lennox…

La charla típica de los turistas. No obstante, por alguna razón, Gerard tenía la extraña convicción de que todos esos fragmentos de diálogo que había captado al azar eran irreales. Eran una máscara, una tapadera para cubrir algo que se agitaba y arremolinaba bajo ellos, algo demasiado profundo y vago para convertirlo en palabras…

De nuevo se escudó detrás de *Le Matin* y dirigió una cautelosa mirada a los norteamericanos.

¿Lennox? Era el hermano mayor. Se advertía el mismo parecido familiar, pero había una diferencia. Lennox no estaba tan tenso. Gerard decidió que tenía un temperamento menos nervioso. Pero también en él había algo raro. A diferencia de los otros dos, no manifestaba ningún signo de tensión muscular. Estaba sentado con aire relajado, laso. Desconcertado, Gerard buscó entre sus recuerdos a los pacientes que había visto sentados así en las salas de los hospitales y pensó: «Está agotado. Sí, vencido por el sufrimiento. Esa mirada en sus ojos, la mirada de un perro herido o de un caballo enfermo… ese aguante bestial y mudo… Es curioso, físicamente no parece que le pase nada. Y sin embargo no hay duda de que últimamente ha soportado un gran sufrimiento, sufrimiento mental. Ahora ya no sufre, aguanta en silencio, esperando el próximo golpe… ¿Qué golpe? ¿Me estoy dejando llevar por la

imaginación? No, ese hombre está esperando algo, está esperando que llegue el final. Así esperan los enfermos de cáncer, agradeciendo cualquier calmante que atenúe sus dolores…». Lennox Boynton se levantó y recogió un ovillo de lana que la vieja había dejado caer.

—Toma, mamá.

—Gracias.

¿Qué tejía aquella monumental e impasible mujer? Algo grueso y áspero. Gerard pensó: «Mitones para los habitantes de un asilo». Y sonrió ante su propia fantasía.

Dirigió su atención hacia el miembro más joven del grupo: la muchacha de cabello rojo dorado. Debía de tener unos diecinueve años. Su piel tenía la exquisita claridad que suele acompañar al cabello rojo. Aunque muy delgado, su rostro era bello. Estaba sentada sonriendo para sí misma… o al espacio. Había algo curioso en aquella sonrisa. Estaba muy lejos del Hotel Salomón, de Jerusalén. Al doctor Gerard le recordaba algo… De pronto, se acordó. Era la extraña y ultraterrena sonrisa de las doncellas de la Acrópolis de Atenas, algo lejano, encantador y un poco inhumano… La magia de su sonrisa, su exquisita fijeza, le hicieron sentir una punzada.

Y entonces, con cierto sobresalto, Gerard reparó en sus manos. Las tenía bajo la mesa, ocultas a la vista del grupo que la rodeaba, pero Gerard podía verlas claramente desde el lugar en el que estaba sentado. Sobre su regazo, destrozaban un pañuelito y lo convertían en finas tiras.

Esta visión hizo que se estremeciera. La vaga y lejana sonrisa… el cuerpo inmóvil… y las manos destructoras.

Capítulo IV

Sonó una lenta y asmática tos… Luego la monumental tejedora habló:

—Ginebra, estás cansada. Es mejor que te vayas a la cama.

La joven se sobresaltó; sus dedos interrumpieron su mecánica acción.

—No estoy cansada, mamá.

Gerard apreció la musicalidad de su voz. Tenía esa dulce y cantarina tonalidad que presta encanto a las más convencionales expresiones.

—Sí lo estás. Yo lo sé. No creo que mañana puedas salir a visitar nada.

—¡Sí que podré! Estoy perfectamente.

Con voz ronca, casi áspera, su madre replicó:

—No, no lo estás. Estás a punto de ponerte enferma.

—¡No, no!

La muchacha empezó a temblar violentamente. Una voz suave y serena intervino.

—Subiré contigo, Jinny.

La joven, de grandes y pensativos ojos grises y cabello oscuro, se puso en pie. La anciana señora Boynton dijo:

—No. Deja que vaya sola a su habitación.

La muchacha protestó:

—¡Quiero que Nadine venga conmigo!

—Claro que te acompañaré.

Dio un paso adelante.

—La niña prefiere ir sola, ¿verdad, Jinny? —dijo la vieja.

Hubo una pausa, que duró apenas un momento, y entonces Ginebra Boynton, con voz súbitamente apagada, dijo:

—Sí, prefiero ir sola. Gracias, Nadine.

Se alejó. Su alta y angular figura se movía con una gracia

sorprendente.

El doctor Gerard bajó el periódico y miró a placer a la señora Boynton. Esta observaba cómo su hija salía del comedor y en su rostro se percibía una peculiar sonrisa. Era una vaga caricatura de aquella otra, encantadora y etérea, que un momento antes había transfigurado el rostro de la muchacha.

Después, la vieja miró a Nadine, que había vuelto a sentarse. Esta elevó los ojos y se encontró con los de su suegra. Su rostro permanecía impasible. La mirada de la vieja estaba cargada de malicia.

«¡Qué absurda tiranía!». —Pensó el doctor Gerard.

De pronto, la mirada de la anciana cayó sobre él y le cortó la respiración. Eran unos ojos pequeños, negros y provocadores, de los cuales emanaba una especie de poder, una fuerza, una oleada de maldad. El doctor Gerard sabía algo acerca del poder de la personalidad. Se daba cuenta de que no estaba frente a una inválida consentida y tiránica que buscaba satisfacer sus caprichos. Aquella anciana era una fuerza definida. En su mirada maligna halló cierta semejanza con la de una cobra. La señora Boynton podía ser vieja, inválida y víctima de la enfermedad; pero no estaba indefensa. Era una mujer que conocía el significado del poder, que lo había ejercido durante toda su vida y que jamás había dudado de su propia fuerza. El doctor Gerard había conocido una vez a una mujer que llevaba a cabo un peligrosísimo y espectacular número con tigres. Había visto cómo las enormes y escurridizas bestias se arrastraban hacia sus lugares y realizaban sus degradantes trucos. Los ojos y los gruñidos acallados de aquellos animales hablaban de odio, un odio fanático y amargo, pero todos ellos obedecían y se humillaban. Aquella era una mujer joven, una mujer de una oscura y arrogante belleza, pero en sus ojos Gerard había visto la misma mirada.

—*Une dompteuse*[1] —dijo el doctor Gerard para sus adentros.

Y entonces comprendió lo que la inofensiva charla familiar escondía. Era odio, un río turbulento de odio.

«¡Mucha gente me consideraría absurdo y fantasioso! —pensó el doctor Gerard—. ¡Estoy frente a una típica familia americana que se divierte en Palestina y me pongo a construir una historia de magia negra alrededor de ella!».

Miró con mayor interés a la joven a la que llamaban Nadine. Llevaba una alianza en la mano izquierda. Mientras Gerard la observaba, Nadine lanzó una rápida mirada al rubio y apático Lennox. Entonces se dio cuenta…

Aquellos dos eran marido y mujer, pero la mirada de ella era más la de una madre que la de una esposa, una mirada protectora y llena de ansiedad. Y se dio cuenta de algo más: de todos los que formaban aquel grupo, sólo Nadine Boynton era inmune al hechizo de su suegra. Podía sentir repugnancia por la anciana, pero no le tenía miedo. El poder no la tocaba. Era desgraciada, estaba profundamente preocupada por su marido, pero era libre.

El doctor Gerard se dijo:

—Todo esto es muy interesante.

Capítulo V

En medio de estas sombrías meditaciones, un soplo de vulgaridad vino a traer cierto alivio.

Un hombre entró en el comedor y al ver a los Boynton fue hacia ellos. Era un norteamericano de mediana edad y aspecto agradable del tipo más convencional. Vestía con elegancia, iba completamente afeitado y su voz era un tanto lenta y monótona.

—Les estaba buscando —dijo.

Meticulosamente, cambió apretones de manos con toda la familia.

—¿Cómo se encuentra usted, señora Boynton? ¿Cansada del viaje?

Casi cortesmente, la vieja replicó:

—No, gracias. Como ya sabe, mi salud nunca es buena.

—Desde luego… Es una lástima… una lástima.

—Pero tampoco me encuentro peor.

Y con una sonrisa de reptil, la mujer agregó:

—Nadine me cuida muy bien, ¿verdad, Nadine?

—Hago lo que puedo —su voz era totalmente inexpresiva.

—Estoy seguro de que lo hace —aseguró calurosamente el recién llegado—. Bien, Lennox, ¿qué le parece la ciudad del Rey David?

—No sé…

Lennox hablaba apáticamente, sin interés.

—Le ha decepcionado, ¿verdad? A mí al principio me ocurrió lo mismo. Será que todavía no ha salido usted mucho a pasear.

Carol Boynton explicó:

—No podemos salir mucho a causa de mamá.

Y la señora Boynton corroboró:

—Un par de horas de turismo cada día es todo lo que puedo resistir.

—Creo que es maravilloso que sea capaz de hacer todo lo que

hace, señora Boynton —declaró con entusiasmo el americano.

La señora Boynton soltó una carcajada gutural.

—¡No es el cuerpo lo que importa, sino la mente…! Sí, la mente…

Su voz se apagó y Gerard notó que Raymond Boynton daba un respingo.

—¿Ha estado usted en el Muro de las Lamentaciones, señor Cope? —preguntó el joven.

—Desde luego. Fue uno de los primeros lugares que visité. Espero terminar de ver todo Jerusalén en un par de días más y ya he encargado a los de la agencia Cook que me preparen un itinerario para recorrer toda Tierra Santa: Belén, Nazaret, el Tiberíades, el mar de Galilea. Después visitaré Jerash, donde hay una ruinas romanas también muy interesantes. Y me encantaría echarle un vistazo a la Ciudad Rosa de Petra; según creo es un fenómeno natural sumamente notable. Queda un poco fuera de las rutas normales. Se necesita casi una semana para ir allí y volver y visitarla como es debido.

—¡Me gustaría ir! —dijo Carol—. ¡Suena estupendamente!

—De veras creo que vale la pena visitarla. —El señor Cope hizo una pausa, dirigió una vacilante mirada a la señora Boynton y prosiguió con una voz que al francés le pareció claramente insegura —. Me encantaría que algunos de ustedes me acompañaran. Naturalmente, comprendo que usted no está en condiciones de hacer ese viaje, señora Boynton, y que alguien de su familia deseará quedarse a su lado, pero si estuviera dispuesta a dividir las fuerzas, por así decirlo…

Guardó silencio. Gerard escuchó el entrechocar de las agujas de tejer de la señora Boynton. La anciana replicó:

—No creo que ninguno de nosotros quiera separarse de los demás. Somos una familia muy unida. —Levantó la vista—. ¿Qué decís, niños?

Había un sospechoso tono en su voz. Las respuestas no se hicieron esperar.

—¡No, mamá!

—¡De ninguna manera!

—¡No, por supuesto que no!

Siempre con su peculiar sonrisa en los labios, la señora Boynton

dijo:

—¿Lo ve? No quieren dejarme. ¿Y tú, Nadine? No has dicho nada.

—No, mamá. Gracias. No quiero ir, a menos que Lennox lo desee.

Lentamente, la señora Boynton volvió la cabeza hacia su hijo.

—¿Qué contestas, Lennox? ¿Por qué no vais tú y Nadine? Ella parece tener deseos de visitar ese lugar.

Lennox se sobresaltó y levantó la vista.

—No… no —tartamudeó—. Creo que es preferible que permanezcamos juntos.

Afablemente, el señor Cope comentó:

—¡Sí que son ustedes realmente una familia muy unida!

Pero en su afabilidad había algo que sonaba hueco y forzado.

—Somos muy reservados —dijo la señora Boynton y empezó a enrollar su ovillo—. Por cierto, Raymond, ¿quién era aquella joven que te habló hace un momento?

Raymond la miró nerviosamente. Enrojeció primero y palideció después.

—No… no sé cómo se llama. Viajaba en el tren… la otra noche.

La señora Boynton empezó lentamente a levantarse de su silla.

—No creo que nos interese relacionarnos con ella —dijo.

Nadine se levantó y ayudó a la anciana a salir de su sillón. Lo hizo con una profesional destreza que llamó la atención de Gerard.

—Es hora de acostarse —anunció la señora Boynton—. Buenas noches, señor Cope.

—Buenas noches, señora Boynton. Buenas noches, señora Lennox.

Salieron formando una pequeña procesión. A ninguno de los jóvenes pareció ocurrírsele permanecer en el comedor.

El señor Cope los miró alejarse. La expresión de su rostro era de extrañeza. Como el doctor Gerard ya sabía por experiencia, los norteamericanos suelen ser muy sociables. No tienen la suspicacia del viajero británico. Para un hombre del tacto del doctor Gerard, trabar conocimiento con el señor Cope no presentaba excesivas dificultades. El americano estaba solo y, como la mayoría de sus compatriotas, dispuesto a ser amistoso. Su tarjeta de presentación precedió de nuevo al doctor Gerard.

—¡Sí, claro, el doctor Gerard! Usted estuvo en los Estados Unidos no hace mucho.

—El pasado otoño. Di unas conferencias en Harvard.

—Desde luego. Es usted uno de los nombres más distinguidos de la profesión médica. El primero de su país.

—Protesto, caballero. ¡Es usted demasiado amable!

—En absoluto. Es un enorme privilegio para mí el conocerle. Por cierto que en estos momentos se encuentran en Jerusalén varios personajes distinguidos. Usted, *lord* Weildon, *sir* Gabriel Steinmaum, el financiero. También el veterano arqueólogo inglés, *sir* Manders Stone. Y *lady* Westholme, una mujer de gran relieve en la política inglesa. ¡Y el famoso detective belga Hércules Poirot!

—¿El pequeño Hércules Poirot? ¿Está aquí?

—Leí en el periódico local que había llegado hacía poco. Parece como si el mundo entero se hubiese congregado en el Hotel Salomón. Un hotel excelente, y muy bien decorado.

Era indudable que Jefferson Cope estaba disfrutando. El doctor Gerard era un hombre que sabía ser simpático cuando le interesaba. Al cabo de un rato, se dirigieron juntos al bar.

Después de un par de *whiskies* con soda, Gerard preguntó:

—Dígame, ¿esa gente con la que estaba usted hablando es un ejemplo de la típica familia americana?

Jefferson Cope sorbía pensativo su bebida.

—Bueno, yo diría que no exactamente —dijo.

—¿No? Sin embargo, me pareció una familia muy unida.

—¿Quiere usted decir que todos parecen girar alrededor de la vieja? —murmuró Cope lentamente.

Es verdad. Es una anciana muy notable, ¿sabe?

—¿De veras?

El señor Cope no necesitaba que le empujasen demasiado. La leve invitación fue suficiente.

—Doctor Gerard, no tengo inconveniente en decirle que he pensado bastante en esa familia últimamente. En realidad he pensado mucho en ellos. Creo que sería un descanso para mi cerebro hablar con usted de este asunto, si no le aburro.

El doctor Gerard aseguró que no le aburría en absoluto. El señor Jefferson Cope prosiguió lentamente. Su pulcro y afeitado rostro reflejaba perplejidad.

—Le aseguro que estoy un poco preocupado. La señora Boynton, ¿sabe?, es una vieja amiga mía. No me refiero a la anciana señora Boynton, sino a la joven, a la señora de Lennox Boynton.

—¡Ah sí! Esa joven encantadora de pelo negro.

—Exacto. Esa es Nadine. Nadine Boynton es una persona encantadora, doctor. La conocí antes de que se casara. Entonces trabajaba en un hospital, preparándose para ser enfermera. Pasó unas vacaciones con los Boynton y se casó con Lennox.

—¿Sí?

El señor Jefferson Cope tomó otro sorbo de *whisky* con soda y prosiguió:

—Quisiera explicarle algo acerca de la historia familiar de los Boynton.

—Me interesa mucho.

—El último Elmer Boynton, un hombre de gran carisma y muy conocido, se casó dos veces. Su primera esposa murió cuando Carol y Raymond eran muy pequeños. Me han dicho que la segunda señora Boynton era muy hermosa aunque no demasiado joven cuando él se casó con ella. Resulta casi increíble que alguna vez haya sido hermosa, sobre todo viéndola ahora, pero quien me lo contó lo sabía de muy buena tinta. En cualquier caso, su marido la admiraba mucho y seguía todos sus consejos. Antes de morir estuvo varios años inválido y prácticamente fue ella quien dirigió el cotarro. Es una mujer muy capaz, con gran talento para los negocios. Y muy concienzuda también. Después de la muerte de Elmer, se entregó por entero al cuidado de los niños. La chica más joven, Ginebra, es su propia hija. Muy linda, con su pelo rojo dorado, pero algo delicada de salud. Pues bien, como le decía, la señora Boynton se dedicó por completo a su familia. Los apartó completamente del mundo exterior. No sé lo que opinará usted, doctor Gerard, pero no me parece un proceder muy sensato.

—Estoy de acuerdo con usted. Es muy perjudicial para el desarrollo mental.

—Exacto, yo no lo hubiera expresado mejor. La señora Boynton protegió a esos niños del mundo exterior y nunca les permitió ninguna relación externa. El resultado es que han crecido… bueno, bastante nerviosos. Son asustadizos… ya me entiende. Incapaces de trabar amistad con nadie. Eso es malo.

—Sí, muy malo.

—Estoy seguro de que la señora Boynton ha obrado de buena fe y de que todo se debe a un exceso de cariño por su parte.

—¿Viven todos en casa? —preguntó el doctor.

—Sí.

—¿Ninguno de los hijos trabaja?

—No. Elmer Boynton era un hombre rico. Dejó toda su fortuna a la señora Boynton mientras viviera, pero se sobreentendía que era para el sostén general de la familia.

—Entonces todos dependen económicamente de ella, ¿no es así?

—Así es. Ella ha hecho lo posible para que vivan en casa y no busquen ningún empleo fuera. Quizá sea lo correcto. Son lo bastante ricos para no necesitar trabajar; pero yo opino que, para el hombre al menos, el trabajo es un estímulo. Por otra parte, ninguno de ellos tiene aficiones. No juegan al golf. No pertenecen a ningún club de campo. No van a bailes ni hacen nada con otros jóvenes de su edad. Viven en una especie de cuartel lejos de todo lugar habitado, en pleno campo. Le aseguro, doctor, que todo eso me parece una equivocación.

—Estoy de acuerdo con usted —aseguró Gerard.

—Ninguno de ellos tiene el menor sentido social. El espíritu de comunidad… ¡Eso es lo que les falta! Puede que sean una familia muy unida, pero están totalmente encerrados en ellos mismos.

—¿Ninguno ha intentado independizarse nunca?

—Que yo sepa, no. Simplemente, se dejan llevar.

—¿Cree que la culpa es de ellos o de la señora Boynton?

Jefferson Cope se movió, inquieto.

—Bueno, en cierto sentido, creo que ella es más o menos responsable. Los ha educado mal. Sin embargo, cuando un joven llega a la madurez, depende de él el obrar según sus propios impulsos. Ningún muchacho debería permanecer ligado a las faldas de su madre. Debería elegir ser independiente.

—Eso podría resultarle imposible —murmuró pensativo el doctor Gerard.

—¿Imposible por qué?

—Existen medios de impedir el crecimiento de un árbol, señor Cope.

—Todos están muy sanos, doctor Gerard. —Cope lo miró

fijamente.

—La mente puede estar entorpecida y deformada lo mismo que el cuerpo.

—También son inteligentes —continuó Jefferson Cope—. No, doctor Gerard, créame. Un hombre tiene el dominio de su destino en sus propias manos. Un hombre que se respeta a sí mismo se independiza y hace algo con su vida. No se sienta alrededor de su madre a jugar con sus pulgares. Ninguna mujer debería respetar a un hombre que hiciera eso.

Gerard miró curiosamente a su compañero.

—Creo que se refiere particularmente al señor Lennox Boynton, ¿no es cierto? —preguntó.

—Sí, estaba pensando en Lennox. Raymond es sólo un muchacho. Pero Lennox tiene ya treinta años. Ya va siendo hora de que se muestre capaz de hacer algo.

—¿Tal vez es una vida difícil para su mujer?

—¡Claro que es una vida difícil para ella! Nadine es una muchacha excelente. La admiro mucho más de lo que puedo decir. Nunca se ha quejado ni lo más mínimo. Pero no es feliz, doctor Gerard. No podría ser más desgraciada.

—Sí, creo que tiene usted razón —asintió Gerard meneando la cabeza.

—¡No sé lo que piensa usted de esto, doctor Gerard, pero yo creo que el aguante de una mujer debería tener un límite! Si yo fuera Nadine, se lo dejaría claro a Lennox: o se pone a trabajar y demuestra de lo que está hecho o, de lo contrario…

—¿Cree usted que ella debería abandonarlo?

—Tiene derecho a vivir su propia vida, doctor Gerard. Si Lennox no sabe apreciarla como se merece, hay otros hombres que sí sabrían.

—¿Usted, por ejemplo?

El americano enrojeció. Después miró directamente al francés con sencilla dignidad.

—Es verdad —dijo—. No me avergüenzo de mis sentimientos hacia ella. La respeto y la aprecio profundamente. Todo cuanto deseo es su felicidad. Si fuese feliz con Lennox, yo desaparecería de escena.

—Pero tal como están las cosas…

—¡Tal como están las cosas, estoy cerca de ella! ¡Si me quiere, aquí me tiene!

—¡Es usted el *parfait* gentil caballero andante! —murmuró Gerard.

—¿Cómo dice?

—¡Mi querido amigo, hoy en día la caballería sólo permanece viva en los Estados Unidos! ¡Usted se siente satisfecho sirviendo a su dama sin esperar recompensa! ¡Es admirable! ¿Pero qué es exactamente lo que espera usted poder hacer por ella?

—Mi intención es permanecer a su lado por si me necesita.

—¿Puedo preguntarle cuál es la actitud de la vieja señora Boynton hacia usted?

Lentamente, Jefferson Cope replicó:

—Nunca se puede estar seguro de lo que piensa esa vieja dama. Como ya le he dicho, no le gusta mantener relaciones con extraños. Pero conmigo se comporta de manera diferente. Es siempre muy cordial y me trata casi como a uno de la familia.

—¿De hecho aprueba su amistad con la señora Lennox?

—Sí.

El doctor Gerard se encogió de hombros.

—¿No le parece un poco raro? —Secamente, Jefferson Cope respondió:

—Le aseguro, doctor Gerard, que no hay nada deshonesto en nuestra amistad. Es puramente platónica.

—Mi querido amigo, estoy completamente seguro de ello. Le repito, sin embargo, que es extraño que la señora Boynton apoye esa amistad. Verá, señor Cope, la señora Boynton me interesa, me interesa muchísimo.

—Sin duda es una mujer notable. Tiene un carácter y una personalidad muy fuertes. Ya le he dicho que Elmer Boynton hacía mucho caso de sus opiniones.

—Tanto que le pareció bien dejar a sus hijos a merced de ella desde el punto de vista económico. En mi país, señor Cope, es legalmente imposible hacer una cosa semejante.

El señor Cope se levantó.

—En América —dijo— creemos ciegamente en la libertad absoluta.

El doctor Gerard también se levantó. La observación de Cope no

le había causado ninguna impresión. La había oído en labios de otros muchos ciudadanos de distintas naciones. La ilusión de que la libertad es la prerrogativa de la raza de cada uno está bastante extendida.

El doctor Gerard era más sabio. Sabía que no podía considerarse libre a ninguna raza, país o individuo. Pero también sabía que hay grados muy diferentes de esclavitud.

Pensativo e interesado, subió a acostarse.

Capítulo VI

Sarah King se encontraba en el recinto del templo de Haramesh-Sherif, de espaldas a la Cúpula de la Roca. El chapoteo de las fuentes sonaba en sus oídos. Pequeños grupos de turistas pasaban por allí sin turbar la paz de aquella atmósfera oriental.

Resultaba extraño, pensó Sarah, que un jebuseo hubiera hecho de aquella cima rocosa una era y que David la hubiera comprado por seiscientos siclos de oro y la hubiera convenido en un Lugar Santo. Y ahora se escuchaba allí la cháchara de visitantes de todas las nacionalidades.

Se volvió para mirar hacia la mezquita que cubría el sepulcro y se preguntó si el templo de Salomón habría sido siquiera la mitad de hermoso.

Se oyó un ruido de pasos y un pequeño grupo salió del interior de la mezquita. Eran los Boynton, escoltados por un guía muy locuaz. La señora Boynton caminaba entre Lennox y Raymond, que la sostenían. Nadine y el señor Cope iban detrás. Carol venía la última. Mientras se alejaban, esta se fijó en Sarah. Vaciló. Después, con súbita decisión, dio media vuelta y atravesó presurosa el patio procurando no hacer ruido.

—Perdone —dijo casi sin aliento—. Quiero… Necesito hablar con usted.

—¿Sí? —dijo Sarah.

Carol temblaba violentamente. Estaba muy pálida.

—Se trata de… mi hermano. Ayer noche, cuando habló con él, debió usted de pensar que era muy grosero. Pero no se comportó así intencionadamente… es que… no pudo evitarlo. Por favor, créame.

Sarah tuvo la impresión de que aquella escena era completamente ridícula. Se sentía ofendida en su orgullo y en su buen gusto. ¿Por qué una muchacha desconocida habría de correr,

de pronto, a excusarse tontamente con ella por la descortesía de su hermano?

Una seca réplica vacilaba en sus labios… Pero rápidamente su humor cambió. En todo aquello había algo que se salía de lo corriente. Aquella chica hablaba completamente en serio. El sentimiento que había impulsado a Sarah a seguir la carrera de medicina reaccionó ante la necesidad de la muchacha. Su instinto le dijo que ocurría algo muy grave.

—Cuénteme lo que pasa —dijo en tono alentador.

—Él le habló en el tren, ¿verdad? —empezó Carol.

Sarah asintió con la cabeza.

—Sí. O, por lo menos, yo le hablé a él.

—Sí, claro. Tuvo que ser de ese modo. Pero, ayer noche, ¿sabe?, Ray estaba asustado…

Se detuvo.

—¿Asustado?

El pálido rostro de Carol enrojeció.

—Ya sé que suena absurdo, de locos. Es que mi madre… no está bien y no le gusta que hagamos amistades con gente de fuera. Pero yo sé que a Ray le gustaría ser amigo suyo.

Sarah estaba muy interesada por todo aquello. Antes de que pudiera decir nada, Carol prosiguió:

—Sé que todo lo que estoy diciendo suena muy tonto… pero es que somos una familia bastante extraña. —Lanzó una rápida mirada a su alrededor. Era una mirada de temor.

—No puedo entretenerme más. Podrían echarme de menos.

Sarah se decidió a decirle:

—¿Por qué no ha de quedarse si lo desea? Podemos volver juntas.

—¡Oh, no! —Carol retrocedió—. No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? —dijo Sarah.

—De verdad, no puedo. Mi madre se…

—Ya sé que a veces a los padres les cuesta mucho darse cuenta de que sus hijos han crecido —dijo pausadamente Sarah—. Por eso siguen intentando dirigir sus vidas. Sin embargo, es una lástima que los hijos se dejen vencer. Uno tiene que luchar por sus derechos.

—Usted no lo entiende… no lo entiende —murmuró Carol. Sus manos se retorcían nerviosamente.

—A veces, uno cede por temor a las peleas —prosiguió Sarah—. Las peleas familiares son siempre muy desagradables, pero yo creo que la libertad de acción es algo por lo que merece la pena luchar.

—¿Libertad? —Carol la miró fijamente—. Ninguno de nosotros ha sido nunca libre. Nunca lo seremos.

—¡Eso es una tontería! —declaró Sarah con sequedad.

Carol se inclinó hacia ella y tocó su brazo.

—Óigame. Quiero que comprenda —dijo—. Antes de casarse, mi madre, bueno, en realidad es mi madrastra, fue celadora en una cárcel. Mi padre era el gobernador y se casó con ella. Desde entonces, todo ha seguido igual. Ella ha continuado siendo una celadora, la nuestra. Por eso nuestra vida es como la de alguien que está en la cárcel.

Carol volvió a mirar a su alrededor.

—Se han dado cuenta de mi ausencia. Tengo que irme. —Sarah la agarró del brazo cuando se marchaba.

—Un momento. Tenemos que vernos otra vez y hablar.

—No puedo. Es imposible.

—¡Sí que puede! —dijo Sarah autoritariamente—. Vaya a mi habitación después de la hora de acostarse. Es la trescientos diecinueve. No lo olvide, trescientos diecinueve. —Soltó a la muchacha y Carol corrió a reunirse con su familia.

Sarah se quedó allí parada mirándola fijamente mientras se alejaba. Cuando salió de sus pensamientos, descubrió al doctor Gerard a su lado.

—Buenos días, señorita King. ¿Así que ha estado usted hablando con la señorita Carol Boynton?

—Sí, hemos sostenido la más extraordinaria conversación que pueda imaginarse. Déjeme que le cuente.

Repitió lo esencial de su charla con Carol. Al llegar a cierto punto, Gerard se sobresaltó.

—¿Ese viejo hipopótamo era celadora en una cárcel? Podría ser muy significativo.

—¿Quiere decir que de ahí procede su tiranía? —preguntó Sarah —. ¿La costumbre de su antigua profesión?

Gerard movió negativamente la cabeza.

—No. Eso es abordar la cuestión desde un ángulo equivocado. Esa mujer no ama la tiranía por haber sido celadora en una cárcel.

Sería mejor decir que se hizo celadora porque amaba la tiranía. Según mi teoría, fue el secreto deseo de ejercer su poder sobre otros seres humanos lo que la empujó a adoptar esa profesión.

Con suma gravedad, el doctor continuó:

—Hay cosas muy extrañas enterradas en el subconsciente. Ansia de poder, anhelos de crueldad, deseos salvajes de destrucción. Todo ello es la herencia del pasado más ancestral de nuestra raza. Todo está ahí, señorita King, la crueldad, el salvajismo, la lujuria… En nuestra vida consciente, cerramos la puerta a esas cosas y las negamos, pero a veces son demasiado fuertes.

Sarah se estremeció.

—Lo sé.

—Hoy en día podemos verlo mirando a nuestro alrededor —continuó Gerard—, en los credos políticos, en la conducta de las naciones. Asistimos a un retroceso, una reacción contra el humanitarismo, la piedad, el espíritu de hermandad. Los programas políticos suenan bien a veces, un régimen sabio, un gobierno benéfico, pero se imponen por la fuerza, sobre una base de crueldad y temor. ¡Esos apóstoles de la violencia están abriendo la puerta, están liberando el antiguo salvajismo, el viejo gusto por la crueldad gratuita! Es enormemente difícil. El hombre es un animal con un equilibrio muy precario. Tiene una necesidad primordial: sobrevivir. Avanzar con demasiada rapidez es tan fatal como quedarse atrás. ¡Tiene que sobrevivir! ¡Quizá está obligado a conservar algo de su antiguo salvajismo, pero definitivamente no debe divinizarlo!

Hizo una pausa. Entonces, Sarah dijo:

—¿Cree que la vieja señora Boynton es una especie de sádica?

—Estoy casi seguro de ello. Creo que disfruta haciendo daño. Pero no un daño físico, sino mental. Es un tipo de sadismo mucho más raro y mucho más difícil de tratar. Le gusta controlar a otros seres humanos y le gusta hacerles sufrir.

—¡Es detestable! —dijo Sarah.

Gerard contó a Sarah su conversación con Jefferson Cope.

—¿Y ese hombre no se da cuenta de lo que sucede? —preguntó pensativa.

—¿Cómo podría? No es un psicólogo.

—Cierto. ¡No posee nuestra desagradable inteligencia!

—Exactamente. Su temperamento es el propio de un americano normal, agradable, honrado y sentimental. Prefiere creer en el bien y no en el mal. Se da cuenta de que los Boynton viven en un ambiente equivocado, pero supone que la señora Boynton actúa guiada por un cariño mal entendido y no por maldad.

—Seguramente, eso la divierte.

—¡No es difícil imaginar que sí!

—¿Y por qué no rompen con ella? —preguntó Sarah con impaciencia—. Podrían hacerlo.

Gerard negó con la cabeza.

—No, en eso se equivoca. No pueden. ¿No ha visto nunca el viejo experimento del gallo? Se traza una raya en el suelo con tiza y se obliga al gallo a apoyar el pico sobre ella. El gallo cree que está atado. No puede levantar la cabeza. Lo mismo les pasa a esos desgraciados. Recuerde que esa mujer los ha manipulado desde que eran niños. Y su dominio ha sido mental. Los ha hipnotizado y les ha hecho creer que no pueden desobedecerla. Ya sé que muchos dirían que eso es una estupidez, pero usted y yo sabemos que no lo es. Les ha hecho creer que es inevitable que dependan de ella completamente. ¡Hace tanto tiempo que están en la cárcel, que si la puerta estuviese abierta ni siquiera se darían cuenta! ¡Uno de ellos al menos, ya ni siquiera desea ser libre! Y todos tendrían miedo de la libertad.

—¿Qué ocurrirá cuando ella muera? —preguntó Sarah con un gran sentido práctico.

Gerard se encogió de hombros.

—Depende de lo que tarde en ocurrir. Si sucediera ahora… quizá no fuese demasiado tarde. El chico y la chica todavía son jóvenes, impresionables. Creo que podrían volver a ser personas normales. Es posible que en el caso de Lennox la cosa haya ido ya demasiado lejos. Me parece un hombre que ha perdido ya la esperanza, que vive y aguanta embrutecido como una bestia.

Sarah replicó impaciente:

—¡Su mujer debería haber hecho algo! ¡Debería haberle sacado de esto!

—Quizá lo probó y fracasó.

—¿Cree usted que también es víctima del mismo hechizo? —Gerard movió negativamente la cabeza.

—No, no creo que la anciana tenga ningún poder sobre ella, y por ese motivo la odia, un odio amargo. Fíjese en sus ojos.

Sarah frunció el ceño.

—No acabo de entender a esa joven. ¿Sabe lo que está pasando?

—Creo que seguramente se la ha ocurrido pensarlo.

—¡A esa mujer habría que asesinarla! —dijo Sarah—. Yo le recetaría arsénico en el té del desayuno.

Después añadió bruscamente:

—¿Y qué pasa con la más joven? Me refiero a la del cabello rojo dorado y la fascinante y vacía sonrisa.

Gerard frunció el ceño.

—No sé. Ahí hay algo raro. Por supuesto, Ginebra Boynton es hija de la vieja, su propia hija.

—Sí. Eso debería variar las cosas, ¿o no? Muy despacio, Gerard replicó:

—No creo que cuando la manía por el poder (y el gusto por la crueldad) se han apoderado de un ser humano, este pueda dejar al margen a nadie. Ni siquiera a sus más allegados y queridos.

Permaneció en silencio durante un momento y después añadió:

—¿Es usted cristiana, *mademoiselle*?

—No lo sé —respondió Sarah con lentitud—. Solía pensar que no era creyente. Pero ahora, no estoy segura. Siento que si pudiera barrer todo esto —gesticuló violentamente—. Todos los templos y las sectas y las iglesias que luchan ferozmente las unas contra las otras, podría tal vez contemplar la serena figura de Cristo cabalgando sobre un burro hacia Jerusalén… y creer en Él.

En tono grave, el doctor Gerard dijo:

—Yo creo al menos en uno de los principales dogmas de la fe cristiana: conformarse con un lugar humilde. Soy doctor y sé que la ambición, el deseo de triunfar, de tener poder, es la causa de la mayor parte de los males que afectan al alma humana. Si el deseo se realiza, conduce a la arrogancia, a la violencia y a la saciedad; y si no se realiza a si no se realiza, entonces basta acudir a todos los asilos para enfermos mentales que existen. ¡Son el mejor testimonio de lo que sucede! Esos lugares están llenos de seres humanos que no pudieron resistir el saberse mediocres, insignificantes, inútiles, que inventaron vías para escapar de la realidad y ello hizo que los encerraran y los apartaran de la vida para siempre.

Abruptamente, Sarah replicó:

—Es una lástima que la vieja Boynton no esté en un manicomio.

—Gerard negó con la cabeza.

—No, su lugar no está entre los fracasados. Es mucho peor que eso. Ella ha triunfado. ¿No se da cuenta? Ha cumplido su sueño.

Sarah se estremeció y gritó apasionadamente:

—¡Estas cosas no deberían pasar!

Capítulo VII

Sarah estuvo preguntándose todo el día si Carol Boynton acudiría aquella noche a su cita.

Sospechaba que no. Temía que Carol reaccionase negativamente después de las confidencias que le había hecho por la mañana.

Sin embargo, se preparó para recibirla. Se vistió con una bata de satén azul, sacó su lamparilla de alcohol y puso agua a hervir.

Pasada la una de la madrugada, cuando estaba ya a punto de desistir de esperarla y de irse a la cama, alguien llamó a la puerta. La abrió y se retiró rápidamente para dejar entrar a Carol.

—Temía que se hubiera acostado —dijo la muchacha sin aliento.

—¡Oh, no! La estaba esperando. —En su actitud, Sarah mostraba una calculada naturalidad—. ¿Quiere tomar un poco de té? Es auténtico Lapsang Souchong. —Fue a buscar una taza. Carol estaba muy nerviosa e insegura, pero después de tomar el té y una galleta se calmó un poco.

—Es gracioso —dijo Sarah sonriendo.

Carol la miró un poco estupefacta.

—Sí —dijo sin gran convencimiento—. Supongo que lo es.

—Como las fiestas de medianoche que solíamos celebrar en el colegio —continuó Sarah—. Supongo que usted no debe de haber ido al colegio.

Carol negó con la cabeza.

—No. Nunca hemos salido de casa. Teníamos una institutriz. Varias institutrices. Nunca se quedaban demasiado tiempo.

—¿No salieron nunca para nada?

—No. Siempre hemos vivido en el mismo sitio. Este viaje es el primero que he hecho en mi vida.

Como sin darle importancia, Sarah aventuró:

—Debe de haber sido una aventura muy interesante para ustedes.

—¡Oh, sí! Ha sido todo como un sueño.

—¿Qué fue lo que decidió a su madrastra a venir al extranjero?

La sola mención del nombre de la señora Boynton alteró a Carol. Sarah dijo rápidamente:

—Estoy a punto de empezar a ejercer como médico, ¿sabe? Acabo de licenciarme. Su madre, o mejor dicho su madrastra, me interesa mucho, desde el punto de vista clínico. Yo diría que es un caso patológico.

Carol la miró fijamente. Aquel era sin duda un punto de vista desconcertante para ella. Sarah había hablado como lo hizo con una intención deliberada. Se daba cuenta de que para su familia la señora Boynton aparecía como una especie de ídolo obsceno y poderoso. La finalidad de Sarah era desposeerla de su aspecto más terrorífico.

—Sí —dijo—. Se trata de una especie de enfermedad, de delirio de grandeza que se apodera de algunas personas. Se vuelven autócratas e insisten en que todo se haga tal como ellas dicen. El trato con este tipo de enfermos es muy difícil.

Carol dejó la taza sobre la mesa.

—¡Estoy tan contenta de poder hablar con usted! —exclamó—. Realmente, creo que Ray y yo nos hemos vuelto un poco raros. Nos hemos resentido mucho de todas estas cosas…

—Hablar con un extraño es siempre bueno —dijo Sarah—. Dentro del círculo familiar se tiene tendencia a exagerar.

Después, como quien no quiere la cosa, preguntó:

—Si no son ustedes felices, ¿cómo no han pensado nunca en marcharse de casa?

Carol pareció sobresaltarse.

—No. ¿Cómo íbamos a pensarlo? Quiero decir que… mamá nunca nos lo permitiría.

—Pero ella no podría impedírselo —dijo Sarah suavemente—. Son ustedes mayores de edad.

—Yo tengo veintitrés años.

—Exactamente…

—Pero, aun así, no sabría cómo… Quiero decir que no sabría adónde ir ni qué hacer. —Parecía aturdida.

—No tenemos dinero, ¿sabe?

—¿No tienen amigos a quienes recurrir?

—¿Amigos? —Carol movió negativamente la cabeza—. No, no conocemos a nadie.

—¿Ninguno de ustedes ha pensado nunca en abandonar la casa?

—No, no lo creo. No podríamos.

Sarah cambió de tema. El desconcierto de la muchacha le parecía muy penoso.

—¿Quiere usted a su madrastra? —preguntó. Carol negó lentamente con la cabeza.

—La odio —susurró—. Lo mismo que Ray… A menudo hemos… hemos deseado que muriera.

Sarah volvió a cambiar de tema.

—Háble me de su hermano mayor.

—¿Lennox? No sé qué le ocurre. Ahora ya apenas habla. Va por el mundo como si estuviese dormido. Nadine está muy preocupada por él.

—¿Aprecia a su cuñada?

—Sí. Nadine es distinta. Siempre es buena. Pero es muy desgraciada.

—¿A causa de su hermano?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo que están casados?

—Cuatro años.

—¿Y siempre han vivido en la casa?

—Sí.

—¿Le gusta eso a su cuñada?

—No.

Hubo una pausa. Luego Carol explicó:

—Hace cuatro años hubo un gran lío. Como ya le he dicho, en casa ninguno de nosotros sale para nada. Paseamos por los jardines, pero eso es todo. Sin embargo, Lennox salía de noche. Iba a bailar a un sitio llamado Fountain Springs. Al enterarse mamá se enfureció terriblemente. Fue horroroso. Entonces pidió a Nadine que viniese y se quedase con nosotros. Nadine era prima lejana de papá. Era muy pobre y estudiaba para enfermera. Estuvo con nosotros un mes. ¡No puede imaginarse lo mucho que nos alegraba tener a alguien de fuera en casa! Ella y Lennox se enamoraron y mamá dijo que era mejor que se casaran en seguida y siguiesen viviendo con la familia.

—¿Y Nadine estuvo de acuerdo? —Carol vaciló.

—No creo que le entusiasmara la idea, pero en realidad no le importaba demasiado. Más tarde quiso marcharse, con Lennox, por supuesto…

—Pero no se fueron —dijo Sarah.

—No. Mamá no quiso ni oír hablar de ello. —Carol hizo una pausa y luego prosiguió:

—No creo que a mamá le siga gustando Nadine. Nadine es… rara. Nunca se sabe lo que está pensando. Trata de ayudar a Jinny y a mamá eso le desagrada.

—¿Jinny es su hermana menor?

—Sí. Su verdadero nombre es Ginebra.

—¿También ella es… desgraciada? —Carol movió dubitativamente la cabeza.

—Últimamente Jinny se ha portado de una forma muy rara. Siempre ha estado un poco delicada de salud y mamá la está fastidiando continuamente; eso empeora las cosas. Y ya le digo, Jinny ha estado muy rara estos últimos tiempos. A veces… me asusta. No siempre sabe lo que hace.

—¿La ha visitado algún médico?

—No. Nadine lo propuso pero mamá no lo permitió… y Jinny se puso histérica chillando que no quería ver a ningún doctor. Estoy muy preocupada por ella.

De pronto Carol se puso en pie.

—No quiero entretenerla más. Ha sido usted muy amable dejándome que le hablase de todo esto. Debe de considerarnos una familia muy extraña.

—Oh, en realidad, todo el mundo es extraño —replicó Sarah suavemente—. Vuelva otra noche. Y si quiere, traiga a su hermano.

—¿Me lo permite?

—Sí. Hablaremos y urdiremos algún plan secreto. Me gustaría que conocieran ustedes a un amigo mío, el doctor Gerard, un francés muy agradable.

La sangre afluyó a las mejillas de Carol.

—¡Es fantástico! —exclamó—. ¡Ojalá no se entere mamá de esto!

—¿Por qué habría de enterarse? —dijo Sarah y en seguida añadió—: ¿Qué le parece mañana por la noche a la misma hora?

—¡Oh, sí! Seguramente pasado mañana nos marcharemos.

—Entonces queda fijada la cita para mañana. Buenas noches.

—Buenas noches y muchas gracias.

Carol salió de la habitación de Sarah y se deslizó silenciosamente por el pasillo. Su dormitorio estaba situado en el piso superior. Cuando llegó, abrió la puerta y se quedó petrificada en el umbral. La señora Boynton estaba sentada en un sillón junto a la chimenea vestida con una bata roja. Un grito leve se escapó de la garganta de Carol Boynton.

—¡Oh!

Dos ojos negros taladraron los suyos.

—¿Dónde has estado, Carol?

—Yo…

—¿Dónde has estado?

Era una voz ronca y apagada, cargada de aquel tono amenazador que siempre hacía latir el corazón de Carol con un terror fuera de toda razón.

—He ido… a ver a la señorita King… Sarah King.

—¿La joven que habló con Raymond anoche?

—Sí, madre.

—¿Tienes intención de volver a verla?

Carol movió los labios sin que de ellos brotara ni una sola palabra. Al fin asintió con la cabeza. Era el pánico… verdadero pánico.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche.

—No irás. ¿Lo comprendes?

—Sí, madre.

—¿Lo prometes?

—Sí, sí…

La señora Boynton se incorporó trabajosamente. Maquinalmente, Carol se acercó a ella para ayudarla. La anciana cruzó despacio la habitación, apoyándose en el bastón. Al llegar a la puerta se detuvo y se volvió hacia la aterrorizada muchacha.

—A partir de ahora, ya no tienes nada que ver con la señorita King, ¿entendido?

—Sí, madre.

—Repítelo.

—Ya no tengo nada que ver con la señorita King.

—Bien.

La señora Boynton salió de la habitación y cerró la puerta tras ella.

Con cierta dificultad, Carol atravesó la habitación. Se sentía muy enferma. Todo su cuerpo parecía como de madera, irreal. Se desplomó sobre la cama y lloró convulsivamente.

Era como si un hermoso paisaje se hubiese abierto ante ella, un paisaje de sol, árboles y flores…

Y de nuevo los negros muros se habían cerrado a su alrededor.

Capítulo VIII

—¿Puedo hablar con usted un momento?

Nadine Boynton se volvió muy sorprendida y miró fijamente a la desconocida joven de rostro bronceado.

—Desde luego…

Pero mientras lo decía lanzó, casi inconscientemente, una rápida e inquieta mirada por encima de su hombro.

—Me llamo Sarah King —continuó la desconocida.

—¡Ah!

—Señora Boynton, voy a decirle algo que le parecerá muy extraño. La otra noche estuve un buen rato hablando con su cuñada.

Una ligera sombra pareció alterar la serenidad del rostro de Nadine Boynton.

—¿Habló usted con Ginebra?

—No, con Ginebra no. Con Carol. —La sombra desapareció.

—¡Oh… Carol!

Nadine Boynton pareció complacida, pero extrañada.

—¿Cómo lo consiguió?

—Vino a mi habitación —dijo Sarah—. Era bastante tarde.

Percibió claramente cómo las finas cejas de Nadine se arqueaban sobre su frente blanca.

—Estoy segura de que todo esto le parece muy raro —dijo Sarah con cierto embarazo.

—No —replicó Nadine Boynton—. Me alegra mucho. Mucho, de verdad. Es bueno que Carol tenga una amiga con quien hablar.

—Hicimos muy buenas migas. —Sarah procuró elegir cuidadosamente las palabras—. De hecho habíamos quedado en vernos otra vez a la noche siguiente.

—¿De veras?

—Pero Carol no acudió.

—¿No?

La voz de Nadine era fría y reflexiva. Su rostro, suave y sereno, no permitía a Sarah descubrir nada.

—No. Ayer me crucé con ella en el vestíbulo. Le hablé, pero no me contestó. Me miró, pero se fue a toda prisa.

—Comprendo.

Hubo una pausa. A Sarah le resultaba difícil seguir hablando. Nadine Boynton agregó:

—Lo siento mucho. Carol es una chica bastante… nerviosa. — Otra pausa. Sarah hizo acopio de valor.

—Verá, señora Boynton, estoy a punto de empezar a ejercer como médico. Creo que sería bueno para su cuñada no encerrarse lejos de la gente.

Nadine Boynton miró a Sarah con aire pensativo.

—Ya veo —dijo—. Usted es médico. Eso cambia las cosas.

—¿Comprende lo que quiero decir? —la apremió Sarah.

Nadine inclinó la cabeza. Continuaba pensativa.

—Tiene usted razón, desde luego —dijo al cabo de un par de minutos—. Pero existen algunas dificultades. Mi suegra está muy enferma y siente lo que podríamos llamar una repugnancia casi morbosa hacia todos los extraños que intentan introducirse en el círculo familiar.

—¡Pero Carol ya es una mujer! —protestó Sarah.

Nadine Boynton negó con la cabeza.

—¡Oh, no! —dijo—. En cuerpo, sí; pero no mentalmente. Si ha hablado con ella, lo habrá observado. En un caso de apuro, se comportaría siempre como una niña asustada.

—¿Cree que es eso lo que pasó? ¿Que se sintió asustada?

—Sospecho, señorita King, que mi suegra insistió en que Carol no volviera a hablar con usted.

—¿Y Carol accedió?

—¿La cree realmente capaz de hacer otra cosa? —dijo serenamente Nadine Boynton.

Las dos mujeres se miraron. Sarah tuvo la impresión de que tras la máscara de las palabras convencionales se comprendían muy bien la una a la otra. Nadine se daba cuenta de la situación, pero no estaba dispuesta a discutirla con ella.

Sarah se sintió desanimada. La noche anterior había creído que la mitad de la batalla estaba ganada. A través de aquellos

encuentros secretos pensaba imbuir en Carol el espíritu de la rebelión. Sí, y también en Raymond. Aunque honradamente, ¿acaso no había sido en Raymond en quien había pensado desde el principio? Y ahora, en el primer asalto del combate, había sido ignominiosamente derrotada por aquella masa de carne con ojos diabólicos. Carol había capitulado sin luchar.

—¡Todo es un gran error! —gritó Sarah.

Nadine no respondió. Algo en su silencio produjo en Sarah una gran aprensión, como si una mano fría se le hubiese posado sobre el corazón. «Esta mujer conoce lo irremediable de todo esto mucho mejor que yo —pensó—. Ha vivido con ello».

Las puertas del ascensor se abrieron. La anciana señora Boynton salió. Se apoyaba en un bastón y Raymond la sujetaba por el otro lado.

Sarah dio un leve respingo. Observó que la mirada de la vieja iba de ella a Nadine y otra vez a ella. Estaba preparada para encontrar aversión en aquellos ojos, incluso odio. Pero no lo estaba para lo que vio, una alegría triunfal y maliciosa. Sarah dio media vuelta y se alejó. Nadine avanzó y se reunió con su suegra y su cuñado.

—Así que estabas aquí, Nadine —dijo la señora Boynton—. Me sentaré a descansar un rato antes de salir.

La acomodaron en un sillón de respaldo alto. Nadine se sentó a su lado.

—¿Con quién hablabas, Nadine?

—Con la señorita King.

—¡Ah, sí! La chica que habló con Raymond la otra noche. ¿Por qué no vas a hablar con ella ahora, Ray? Está allí, en la mesa escritorio.

Al mirar a Raymond, la boca de la anciana se ensanchó en una sonrisa maliciosa. El joven enrojeció. Volvió la cabeza y murmuró algo ininteligible.

—¿Qué dices, hijo?

—No quiero hablar con ella.

—Claro que no. Eso pensaba. No hablarás con ella. ¡No podrías por mucho que lo desearas!

Tosió repentina y ruidosamente.

—Me estoy divirtiendo mucho en este viaje, Nadine —dijo—. No

me lo habría perdido por nada del mundo.

—¿No? —La voz de Nadine era totalmente inexpresiva.

—Ray.

—¿Sí, madre?

—Tráeme una hoja de papel para escribir… de aquella mesa de la esquina.

Raymond se alejó, obedientemente. Nadine levantó la cabeza. No miraba al chico, sino a la vieja. La señora Boynton se inclinaba hacia delante, con las aletas de la nariz dilatadas como si estuviera experimentando un gran placer. Ray pasó junto a Sarah. Esta levantó la vista, con una repentina esperanza escrita en su rostro. Pero la ilusión murió cuando el joven se apresuró a coger una hoja de papel de la casilla y, sin detenerse, volvió sobre sus pasos atravesando la habitación. Cuando llegó junto a las dos mujeres tenía la frente perlada de sudor y estaba pálido como un muerto.

Muy suavemente, observando con atención la cara del joven, la señora Boynton murmuró:

—¡Ah!

Luego vio que los ojos de Nadine estaban fijos en ella. Algo en aquella mirada hizo que la suya brillara con una súbita furia.

—¿Dónde está esta mañana el señor Cope? —le preguntó.

Nadine bajó nuevamente los ojos. Respondió con su suave e inexpresiva voz:

—No lo sé. No lo he visto.

—Me gusta ese hombre —dijo la anciana—. Me gusta mucho. Deberíamos verle a menudo. Eso te agradaría, ¿no?

—Sí —replicó Nadine—. También a mí me es muy simpático.

—¿Qué le pasa a Lennox últimamente? Está muy aburrido y apagado. ¿Algún problema entre vosotros?

—No. ¿Por qué tendría que haber algún problema?

—No sé. Los matrimonios no siempre se llevan bien. ¿Quizá seríais más felices viviendo en vuestra propia casa?

Nadine no respondió.

—Bueno, ¿qué te parece la idea? ¿No te atrae?

Sonriendo y moviendo negativamente la cabeza, Nadine replicó:

—No creo que a usted le gustara, madre.

La señora Boynton parpadeó. Aguda y venenosamente dijo:

—Siempre has estado en mi contra, Nadine. —En el mismo tono,

la joven replicó:

—Lamento que piense eso.

La mano de la anciana se cerró sobre el bastón. Su rostro pareció volverse de color púrpura. Cambiando el tono, dijo:

—He olvidado mis gotas. ¿Quieres hacer el favor de ir a buscarlas?

—Claro.

Nadine se levantó y cruzó el salón hacia el ascensor. La señora Boynton la siguió con la mirada. Raymond languidecía sentado en una silla; sus ojos reflejaban un gran abatimiento.

Nadine subió y recorrió el pasillo. Entró en la antesala de su *suite*. Lennox estaba sentado junto a la ventana. Tenía un libro en las manos, pero no leía. Cuando Nadine entró, el joven se levantó.

—Hola, Nadine.

—He venido a buscar las gotas de mamá. Se las olvidó.

Entró en el dormitorio de su suegra. Tomó una botella que estaba en un estante del lavabo y cuidadosamente vertió en un vasito la dosis adecuada. Después acabó de llenarlo con agua. Al cruzar de nuevo la salita de estar, se detuvo.

—Lennox.

Pasaron unos instantes antes de que su marido respondiera. Parecía como si el mensaje tuviera que recorrer una larga distancia.

—Perdona… ¿Qué dices? —dijo al fin.

Nadine Boynton dejó cuidadosamente el vaso sobre la mesa. Después se acercó a su marido y permaneció de pie junto a él.

—Lennox, mira qué sol hace fuera, mira la vida. Es hermosa. Deberíamos estar ahí disfrutando de ella, en vez de estar aquí mirando por la ventana.

Hubo una nueva pausa.

—Lo siento —murmuró al fin Lennox—. ¿Quieres salir?

—¡Sí! —replicó vivamente su mujer—. Quiero salir, contigo. Salir al sol y a la vida… y vivir, los dos juntos.

Lennox se hundió en su sillón. Tenía la mirada inquieta de un animal acosado.

—Nadine, cariño… ¿tenemos que volver a empezar otra vez con eso?

—Sí, tenemos que hacerlo. Vámonos de aquí y vivamos nuestra propia vida en cualquier otra parte.

—¿Cómo vamos a hacerlo? No tenemos dinero.

—Podemos ganarlo.

—¿Cómo? ¿Qué podríamos hacer? No tengo ninguna preparación. Miles de hombres, hombres cualificados y más preparados que yo, están sin trabajo. No lo conseguiríamos.

—Yo ganaría para mantenernos a los dos.

—Pero nenita, si ni siquiera has acabado tus estudios. No hay esperanza… Es imposible.

—No, donde no hay esperanza es en la vida que llevamos ahora.

—No sabes lo que estás diciendo. Mamá se porta bien con nosotros. Nos da todos los lujos.

—Excepto la libertad. Lennox, haz un esfuerzo. Ven conmigo ahora… hoy mismo…

—¡Estás loca, Nadine!

—No, estoy completamente cuerda. Quiero tener mi propia vida, contigo, a la luz del sol, no aquí ahogados, a la sombra de una vieja tirana que se complace en hacernos desgraciados.

—Quizá mamá sea un poco autocrática…

—¡Tu madre está loca! ¡Completamente desquiciada! — Débilmente, Lennox replicó:

—No es verdad. Tiene un gran talento para los negocios.

—Quizá.

—Y tienes que darte cuenta, Nadine, de que no vivirá para siempre. Se está haciendo vieja y su salud es muy mala. A su muerte, la fortuna de mi padre se repartirá a partes iguales entre todos. ¿Recuerdas que ella misma nos leyó el testamento?

—Cuando muera —murmuró Nadine—. Tal vez sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? ¿Para qué?

—Para la felicidad.

Lennox murmuró:

—Demasiado tarde para la felicidad.

Se estremeció de pronto. Nadine se acercó a él y apoyó la mano en su hombro.

—Lennox, yo te amo. Es una batalla entre tu madre y yo. ¿Vas a ponerte de su parte o de la mía?

—De la tuya… de la tuya.

—Entonces, haz lo que te pido.

—¡Es imposible!

—No, no es imposible. Piensa, Lennox, que podríamos tener hijos…

—Mamá quiere que los tengamos. Nos lo ha dicho muchas veces.

—Ya lo sé. Pero yo no traeré hijos al mundo para que vivan en la oscuridad en la que habéis crecido vosotros. Tu madre podrá tener influencia sobre vosotros, pero no tiene ningún poder sobre mí.

Lennox murmuró:

—A veces la haces enfadar, Nadine. Eso no es muy prudente.

—¡Se enfada porque se da cuenta de que no puede influir en mi mente ni dictar mis pensamientos!

—Ya sé que eres siempre cortés y amable con ella. Eres maravillosa, demasiado buena para mí. Siempre lo has sido. Cuando dijiste que te casarías conmigo, fue como un sueño increíble.

—Cometí un error casándome contigo —dijo Nadine serenamente.

—Sí…, lo cometiste —musitó Lennox desesperanzado.

—No me entiendes. Lo que quiero decir es que si entonces me hubiera marchado y te hubiese pedido que me siguieras, lo habrías hecho. Estoy casi segura… No fui lo bastante lista para comprender a tu madre y lo que pretendía.

Calló un momento y luego prosiguió.

—¿Te niegas a marcharte conmigo? Bien, no te puedo obligar. ¡Pero yo soy libre de irme! Y creo… creo que me iré.

Lennox levantó la vista hacia ella y la miró fijamente con incredulidad. Por primera vez, su réplica fue rápida, como si la lenta corriente de sus pensamientos se hubiera visto por fin acelerada.

—Pero… pero —tartamudeó—. No puedes hacer eso. Mamá… mamá no querría ni oír hablar de ello.

—No podría detenerme.

—No tienes dinero.

—Puedo ganarlo, mendigarlo, robarlo o pedirlo prestado. ¡Entiéndeme, Lennox! ¡Tu madre no tiene poder sobre mí! Puedo irme o quedarme a mi voluntad. Estoy empezando a pensar que ya he aguantado esta vida demasiado tiempo.

—Nadine, no me dejes… no me dejes…

Lo miró pensativa, con calma, con una expresión inescrutable.

—No me dejes, Nadine.

Hablaba como un niño. Nadine volvió la cabeza hacia otro lado, para que él no pudiera ver el súbito dolor que reflejaban sus ojos. Luego se arrodilló a su lado.

—Entonces ven conmigo. ¡Ven conmigo! Puedes hacerlo. ¡Puedes hacerlo sólo si tú quieres!

Él se apartó de ella.

—No puedo… no puedo. ¡Te lo juro! No tengo… ¡Oh Dios mío!… No tengo el suficiente valor…

Capítulo IX

El doctor Gerard entró en la oficina de los señores Castle, agentes de turismo, y encontró a Sarah King frente al mostrador. La joven lo miró.

—Buenos días. Estoy concretando los detalles de mi viaje a Petra. Me han dicho que al final usted viene también.

—Sí, he podido arreglarlo.

—¡Cuánto me alegro!

—¿Seremos muchos?

—Me han dicho que somos otras dos mujeres, usted y yo. Un coche completo.

—Será delicioso —dijo Gerard con una leve reverencia. Luego, a su vez, se dedicó a arreglar sus asuntos.

Más tarde, con el correo en su manos, se reunió con Sarah que salía en ese momento de la oficina. Era un día seco y soleado y el aire era un tanto fresco.

—¿Qué hay de nuestros amigos los Boynton? —preguntó el doctor Gerard—. He estado haciendo un recorrido de tres días por Belén y Nazaret.

Lentamente y de mala gana Sarah explicó sus frustrados intentos de establecer alguna relación con ellos.

—Así que he fracasado —concluyó—. Y hoy se marchan.

—¿Adónde van?

—No tengo ni idea.

Sarah continuó con tono de derrota:

—Tengo la sensación de haberme comportado como una idiota.

—¿En qué sentido?

—Al entrometerme en los asuntos de otras personas. —Gerard se encogió de hombros.

—Eso es cuestión de opiniones.

—¿Se refiere a si uno debe interferir o no en los problemas

ajenos?

—Sí.

—¿Usted…?

El francés parecía divertido.

—¿Quiere decir si es mi costumbre meterme en la vida de los demás? Francamente, le diré que no.

—¿Entonces cree que he hecho mal al entrometerme?

—No, no. Me malinterpreta usted. —Gerard hablaba rápida y enérgicamente—. A mi modo de ver, es una cuestión discutible. Si uno ve que se está cometiendo un error, ¿debe intervenir para corregirlo? Esta intromisión en los asuntos ajenos puede hacer un gran bien o un daño enorme. No es posible establecer ninguna regla en este sentido. Hay personas que poseen un verdadero sentido de la intromisión. ¡Lo hacen bien! Otras lo hacen con torpeza y, por lo tanto, sería mejor que se abstuvieran. Por otra parte, hay que considerar el tema de la edad. Los jóvenes tienen la valentía que les dan sus ideales y convicciones. Sus valores son más teóricos que prácticos. ¡Todavía no han podido comprobar por experiencia que los hechos suelen contradecir la teoría! ¡Si uno tiene confianza en sí mismo y está convencido de que lo que hace es lo correcto, puede llegar a lograr cosas que merecen verdaderamente la pena! (¡Y, de manera accidental, causar también bastante daño!). Por otra parte, la persona de mediana edad tiene experiencia, ha descubierto ya que, al tratar de interferir en los asuntos ajenos, las consecuencias pueden ser más dañinas que beneficiosas, y que de hecho lo son con más frecuencia. ¡Prudentemente, reprime su impulso de entrometerse! El resultado es obvio: el joven vehemente causa un daño y un beneficio. ¡La persona de mediana edad, con su cautela, no causa ni una cosa ni la otra!

—Todo eso no me es de mucha ayuda —objetó Sarah.

—¿Y cuándo puede una persona ayudar a otra? Es su problema, no el mío.

—¿Quiere decir que usted no piensa hacer nada con relación a los Boynton?

—No. No tendría ninguna posibilidad de éxito.

—¿Entonces, yo tampoco?

—Usted, tal vez sí.

—¿Por qué?

—Porque usted posee cualidades especiales. El atractivo de su juventud y de su sexo.

—¿Sexo? Ya veo.

—Siempre se acaba por volver al sexo, ¿verdad? Ha fracasado con la chica. Eso no significa que vaya a fracasar también con el hermano. Lo que me acaba de contar (lo que Carol le contó a usted) muestra con toda claridad qué es lo que amenaza la autocracia de la señora Boynton. Lennox, el hijo mayor, la desafió con la fuerza de su juventud y su hombría. Salió a escondidas de casa, fue a bailes. El deseo del hombre de tener una compañera fue más fuerte que el hechizo hipnótico. Pero la vieja conocía muy bien el poder del sexo (sin duda ha visto algo de eso a lo largo de su carrera). Trató el problema con mucha astucia. Llevó a la casa a una muchacha hermosa pero pobre, propició un matrimonio y de esa forma adquirió otra esclava.

Sarah negó con la cabeza.

—No creo que la joven señora Boynton sea una esclava.

—Quizá no —admitió Gerard—. Seguramente, como era una muchacha dócil y tranquila, la vieja señora Boynton subestimó su fuerza de voluntad y su carácter. Nadine Boynton era entonces demasiado joven e inexperta para darse cuenta de la verdadera situación. Ahora lo ve claro, pero es demasiado tarde.

—¿Cree usted que ha perdido la esperanza?

El doctor Gerard movió dubitativamente la cabeza.

—Si tuviera planes, nadie lo sabría. Hay alguna posibilidad y Cope tiene que ver con ello. El hombre es por naturaleza un animal celoso. Y los celos son una fuerza muy grande. Lennox Boynton podría aún ser arrancado de la inercia en la que se está hundiendo.

Con un tono deliberadamente neutro y profesional, Sarah preguntó:

—¿Y le parece que hay alguna posibilidad de que yo pudiera hacer algo con relación a Raymond?

—Sí.

Sarah suspiró.

—Supongo que debería haberlo intentado. En fin, de todos modos, ahora ya es demasiado tarde… y no me gusta la idea.

Gerard la miró divertido.

—¡Eso es porque es usted inglesa! Los ingleses tienen un

complejo con relación al sexo. Creen que «no es demasiado agradable».

La indignada respuesta de Sarah lo dejó indiferente.

—Sí, sí; ya sé que es usted muy moderna y que usa libremente en público las palabras más desagradables que puede encontrar en el diccionario, que es usted una profesional y que está completamente desinhibida. *Tout de même*, se lo repito, tiene los mismos rasgos que su madre y su abuela. Todavía es usted la misma señorita inglesa ruborosa. ¡Aunque ya no se ruborice!

—¡Nunca había oído tantas bobadas!

Guiñando un ojo y sin turbarse lo más mínimo, el doctor Gerard añadió:

—Y eso la hace muy atractiva.

Esta vez, Sarah se quedó sin habla. Precipitadamente, el doctor Gerard levantó su sombrero.

—Me marcho antes de que pueda empezar a decir todo lo que piensa —dijo, y salió disparado hacia el hotel.

Sarah lo siguió a paso más lento.

Había mucha actividad. Varios coches cargados con equipajes estaban a punto de partir. Lennox y Nadine Boynton y el señor Cope se encontraban de pie junto a un gran automóvil ultimando los preparativos. Un guía bastante gordo hablaba con Carol en un inglés casi ininteligible.

Sarah pasó de largo junto a ellos y entró en el hotel. La señora Boynton, envuelta en un grueso abrigo, estaba sentada en una silla, esperando el momento de partir. Al mirarla, Sarah sintió una extraña repugnancia. Aquella mujer se le aparecía como una figura siniestra, como una encarnación del mal.

Sin embargo, de pronto, vio a la vieja como una figura inútil y patética. ¡Haber nacido con semejante ansia de poder, semejante deseo de dominio, y haber alcanzado tan sólo una pequeña tiranía doméstica! ¡Si sus hijos pudieran verla como la veía Sarah en aquel momento, como un objeto de compasión, una vieja estúpida, maligna, patética y afectada!

Siguiendo un impulso, Sarah se acercó a ella.

—Adiós, señora Boynton —dijo—. Le deseo un buen viaje.

La anciana la miró. En aquellos ojos, la malicia luchaba con la ofensa.

—Ha procurado usted ser lo más grosera posible conmigo —continuó Sarah.

«¿Estaba loca?». —Se preguntó—. «¿Qué demonios era lo que la impulsaba a hablar de aquella manera?».

—Ha procurado evitar que su hijo y su hija hicieran amistad conmigo. ¿No le parece que todo eso es muy estúpido e infantil? Le gusta pasar por un ogro, pero en realidad es usted patética y bastante ridícula. Si yo fuera usted, dejaría de hacer todo este teatro. Supongo que me odiará por decirle todo esto, pero es lo que pienso y tal vez algo quedará. Todavía podría disfrutar de tantas cosas. Le aseguro que es mucho mejor ser amistoso y amable. Si lo intentara, podría serlo.

Hubo una pausa.

La señora Boynton parecía estar congelada, petrificada, inmóvil como un muerto. Al fin, se pasó la lengua por los labios secos y abrió la boca… pero durante unos instantes siguió sin pronunciar palabra.

—Hable —instó Sarah—. ¡Dígalo! No importa lo que sea. Tan sólo reflexione acerca de lo que yo le he dicho a usted.

Por fin, la señora Boynton habló con una voz apagada y ronca, pero penetrante. Sus ojos de basilisco miraban no a Sarah, sino por encima de su hombro, como si no se dirigiese a la joven, sino a algún espíritu familiar.

—Yo nunca olvido —dijo—. Recuérdelo. Nunca he olvidado nada. Ni una acción, ni un nombre, ni una cara…

No había nada en las palabras en sí; pero el veneno con el que fueron dichas hizo que Sarah retrocediese un paso. Y entonces, la señora Boynton se echó a reír. Era, sin lugar a dudas, una risa horrible.

Sarah se encogió de hombros.

—¡Pobre desgraciada! —dijo.

Dio media vuelta. Al dirigirse hacia el ascensor, tropezó con Raymond Boynton. Impulsivamente y con prisa, le habló:

—Adiós. Espero que se divierta. Quizá algún día volvamos a encontrarnos. —Le sonrió, una cálida y amistosa sonrisa, y luego siguió rápidamente su camino.

Raymond quedó como transformado en piedra. Estaba tan perdido en sus pensamientos que el hombrecillo con bigote negro

que intentaba salir del ascensor tuvo que repetirle varias veces:

—*Pardon*.

Al fin, Raymond lo oyó y se hizo a un lado.

—Perdone —se excusó—. Estaba… pensando.

Carol se acercó a él.

—Ray, ve a buscar a Jinny. Subió a su habitación. Estamos a punto de salir.

—Bien, le diré que baje enseguida. —Raymond entró en el ascensor.

Hércules Poirot se quedó parado un momento y lo siguió con la mirada. Tenía las cejas arqueadas y la cabeza ladeada, como si estuviera escuchando.

Al fin movió la cabeza como si asintiera y mientras atravesaba el comedor miró atentamente a Carol, que se había reunido con su madre.

Luego llamó al jefe de camareros, que pasaba por allí.

—*Pardon*. ¿Podría decirme quiénes son aquellas personas que están allí?

—Son los Boynton, señor. Americanos.

—Gracias —dijo Hércules Poirot.

En el tercer piso, el doctor Gerard, que se dirigía a su habitación, se cruzó con Ginebra y Raymond Boynton, que iban hacia el ascensor. Justo en el momento en que iban a entrar, Ginebra dijo:

—Un momento, Ray. Espérame en el ascensor.

Dio media vuelta y corrió por el pasillo. Al doblar la esquina, alcanzó al médico.

—Por favor… tengo que hablar con usted. —El doctor Gerard la miró asombrado.

La joven se acercó más a él y lo cogió por el brazo.

—¡Se me llevan! Quizá vayan a matarme… Yo no pertenezco a su familia, ¿sabe? Mi nombre de verdad no es Boynton…

Hablaba cada vez más deprisa. Las palabras se apelotonaban unas encima de otras.

—Le confiaré mi secreto. Soy… soy de una familia de sangre real. ¡De verdad! Soy la heredera de un trono. Por eso… siempre hay enemigos a mi alrededor. Intentan envenenarme… por todos los medios. ¡Si usted pudiese ayudarme… a huir!

Se interrumpió. Se oyeron pasos.

—¡Jinny!

Hermosa, con aquella súbita expresión de sobresalto, la muchacha se llevó un dedo a los labios, lanzó a Gerard una mirada suplicante y se alejó corriendo.

—¡Ya voy, Ray!

El doctor Gerard siguió su camino con las cejas muy arqueadas. Lentamente, meneó la cabeza y frunció el ceño.

Capítulo X

Era la mañana de la partida hacia Petra.

Sarah bajó y en la entrada principal se encontró con una corpulenta mujer de aspecto autoritario y cara de caballo, a quien ya había visto anteriormente en el hotel, que protestaba enérgicamente por las dimensiones del auto.

—¡Es demasiado pequeño! ¿Cuatro pasajeros? ¿Y un guía? Entonces, necesitamos un coche más grande. Tenga la bondad de llevárselo y volver con otro que sea del tamaño adecuado.

El representante de los señores Castle intentó en vano alzar su voz para explicarse. Aquel era el tipo de coche que se usaba habitualmente. Era muy cómodo. Un coche más grande no iba bien para viajar por el desierto. La fornida mujer lo arrolló como una apisonadora, metafóricamente hablando. Después desvió su atención hacia Sarah.

—¿Es usted la señorita King? Soy *lady* Westholme. Estoy segura de que usted también opina que este coche es demasiado pequeño.

—Bueno —dijo Sarah con cautela—. Creo que efectivamente uno más grande sería más cómodo.

El joven representante de la agencia Castle murmuró que un automóvil de mayores proporciones supondría un aumento en el precio.

—El precio está fijado —replicó *lady* Westholme—. Y desde luego no estoy dispuesta a pagar ningún suplemento. En el folleto dice claramente que el viaje se hará «en un coche amplio y confortable». Están obligados a cumplir lo que prometen.

Reconociéndose vencido, el empleado de la agencia se retiró murmurando que iba a ver si podía hacer algo al respecto.

Lady Westholme se volvió hacia Sarah y la miró con una sonrisa triunfante en su curtido rostro. Las rojas aletas de su nariz de caballo se dilataron exultantes. *Lady* Westholme era una figura muy

conocida en el ambiente político inglés. *Lord* Westholme, noble de mediana edad y notable ingenuidad, cuyos únicos intereses en la vida eran cazar, pescar y tirar al blanco, regresaba de los Estados Unidos y conoció, entre sus compañeros de viaje, a una tal señora Vansittart. Poco después, la señora Vansittart se convertía en *lady* Westholme. A menudo, aquel matrimonio era puesto como ejemplo de los peligros que entrañan los viajes transoceánicos. La nueva *lady* Westholme vestía siempre trajes de *tweed* y calzaba zapatones sólidos y fuertes, criaba perros, intimidaba a los lugareños y obligaba, implacable, a su marido a que se ocupara de la vida pública. Por fin, dándose cuenta de que la política no era precisamente el *métier* de *lord* Westholme en esta vida y que nunca lo sería, le permitió, graciosamente, dedicarse por entero a sus actividades deportivas y ella misma se presentó al Parlamento. Habiendo sido elegida por una inmensa mayoría, *lady* Westholme se lanzó con vigor a la vida política. Pronto empezaron a aparecer caricaturas de ella (lo cual es siempre una señal inequívoca de éxito). Como personaje público, defendía los anticuados valores de la familia y los trabajos de asistencia social entre las mujeres. Además daba entusiásticamente su apoyo a la Sociedad de las Naciones. Tenía puntos de vista muy claros en lo referente a cuestiones como la agricultura, la vivienda y los programas de demolición y reconstrucción de los barrios pobres. ¡Era muy respetada y casi universalmente odiada! Existía una gran probabilidad de que, cuando su partido volviera a gobernar, se la nombrara para una subsecretaría. En aquel momento, debido a una división en el gobierno nacional entre los laboristas y los conservadores, los liberales habían llegado inesperadamente al poder.

Lady Westholme miró con satisfacción el coche que se alejaba.

—Los hombres siempre se creen capaces de imponerse a las mujeres —dijo.

Sarah pensó que tendría que ser muy valiente el hombre que se creyera capaz de imponerse a *lady* Westholme. Le presentó al doctor Gerard, que acababa de salir del hotel.

—He oído hablar de usted —declaró *lady* Westholme estrechándole la mano—. Hace unos días, en París, estuve con el doctor Chantereau. Últimamente me he ocupado intensamente de la

cuestión de los locos indigentes. ¿Les parece que entremos mientras esperamos que venga otro coche?

Una menuda señora, de mediana edad y cabellos entrecano, que se encontraba por allí, resultó ser la señorita Annabel Pierce, el cuarto miembro de la expedición. También ella fue arrastrada al vestíbulo bajo el ala protectora de *lady* Westholme.

—¿Trabaja usted, señorita King?

—Sí, acabo de licenciarme en medicina.

—Bien —dijo *lady* Westholme en tono de aprobación—. Si algún logro ha de alcanzarse en este mundo, fíjese en lo que le digo, serán las mujeres las que lo consigan.

Incómoda por primera vez ante la conciencia de su sexo, Sarah siguió mansamente a *lady* Westholme. Se sentaron.

Mientras esperaban, *lady* Westholme explicó que había rechazado una invitación para alojarse en casa del embajador durante su estancia en Jerusalén.

—No quería que todo el protocolo oficial me estorbara. Deseaba ver las cosas por mí misma.

—«¿Qué cosas?» —se preguntó Sarah.

Lady Westholme siguió diciendo que se había hospedado en el Hotel Salomón para tener más libertad de movimientos. Y añadió que había hecho ya algunas sugerencias al director del establecimiento acerca de cómo podía mejorar su funcionamiento.

—¡Eficiencia! ¡Ese es mi lema! —dijo *lady* Westholme.

¡Verdaderamente, debía de serlo! Al cabo de un cuarto de hora, llegó un coche amplio y sumamente confortable y a su debido tiempo, después de que *lady* Westholme dispusiese cómo debía ser colocado el equipaje, la expedición partió.

La primera parada fue en el Mar Muerto. Comieron en Jericó. Después, *lady* Westholme, armada de un Baedeker, salió con la señorita Pierce, el doctor y el guía a hacer un recorrido por el viejo Jericó. Mientras tanto, Sarah permaneció en el jardín del hotel.

Le dolía un poco la cabeza y quería estar sola. Notaba cómo la invadía una profunda depresión, una depresión que no podía explicarse. Se sentía repentinamente inquieta y desinteresada, sin ganas de hacer turismo y aburrida por sus compañeros de viaje. En aquel momento deseó no haber iniciado nunca aquella excursión a Petra. ¡Iba a salirle muy cara y además estaba casi segura de que no

se lo pasaría bien! La atronadora voz de *lady* Westholme, los interminables gorjeos de la señorita Pierce y las protestas del guía contra los sionistas, estaban destrozando sus nervios. Casi el mismo disgusto le producía el doctor Gerard, con aquel aire de saber exactamente lo que ella sentía. Se preguntó dónde estarían los Boynton en aquel momento. Tal vez habían ido a Siria, a Baalbek o a Damasco. Raymond. Se preguntó qué estaría haciendo. Era extraño que recordara tan claramente su cara, su ansiedad, su timidez, su tensión nerviosa…

¡Qué diablos! ¿Para qué seguir pensando en gente a la que seguramente no volvería a ver? Recordó la escena que había tenido hacía unos días con la vieja. ¿Qué fue lo que se apoderó de ella en aquel momento para abordar a la anciana y soltarle todas aquellas tonterías? Seguramente alguien más oyó parte de aquella conversación. Se figuraba que *lady* Westholme debía de estar muy cerca cuando ocurrió el incidente. Sarah trató de recordar exactamente lo que había dicho. Seguramente debió de sonar como una serie de absurdos proferidos por una histérica. ¡Dios! ¡Vaya forma de ponerse en ridículo! Pero, en realidad, no era culpa suya sino de la señora Boynton. Había algo en aquella mujer que hacía que cualquiera perdiese el sentido de la proporción.

El doctor Gerard apareció y se dejó caer en una silla, al tiempo que se secaba la frente.

—¡Uf! ¡A esa mujer deberían envenenarla! —declaró.

Sarah se sobresaltó.

—¿A la señora Boynton?

—¡La señora Boynton! ¡No! ¡Quería decir a *lady* Westholme! Parece mentira que lleve tantos años casada y que su marido no lo haya hecho aún. ¿De qué debe de estar hecho ese hombre? —Sarah se echó a reír.

—Ya sabe, es uno de esos que sólo cazan y pescan —aclaró.

—Desde el punto de vista psicológico, hace muy bien. Calma sus ansias de matar en las llamadas criaturas inferiores.

—Creo que está muy orgulloso de las actividades de su mujer.

—¿Porque la retienen mucho tiempo fuera de casa, quizá? —sugirió el francés. Luego añadió—: ¿Qué dijo usted hace un instante? ¿Mencionó a la señora Boynton? Sin duda sería una gran idea envenenarla también. ¡La solución más sencilla para ese

problema familiar! De hecho son muchas las mujeres a quienes habría que envenenar. Todas las que se han hecho viejas y feas.

Subrayó sus palabras con una expresiva mueca. Sarah se echó a reír y le gritó:

—¡Ustedes, los franceses, son terribles! ¡No encuentran utilidad para ninguna mujer que no sea joven y atractiva!

Gerard se encogió de hombros.

—Lo que pasa es que somos más honestos que los demás. Tampoco los ingleses beben los vientos por las mujeres feas… no, no.

—¡Qué deprimente es la vida! —dijo Sarah con un suspiro.

—Usted no debe suspirar, *mademoiselle*.

—Pues hoy me siento totalmente con la moral por tierra.

—Es natural.

—¿Qué significa eso de que es natural? —replicó Sarah bruscamente.

—Usted misma podría encontrar la respuesta si examinara honestamente su estado de ánimo.

—Creo que son nuestras compañeras de viaje las que me deprimen —dijo Sarah—. Es horrible, ya lo sé, pero lo cierto es que odio a las mujeres. Cuando son inútiles y tontas como la señorita Pierce, me enfurecen, y cuando son inteligentes y capaces como *lady* Westholme, todavía me indignan más.

—Es inevitable que esas dos personas la molesten. *Lady* Westholme está hecha a medida para la vida que lleva. Tiene éxito y es completamente feliz. La señorita Pierce ha trabajado durante muchos años como institutriz y, de pronto, una inesperada herencia le ha permitido realizar el sueño de toda su vida, viajar. Hasta ahora, el viaje ha colmado sus expectativas. Por lo tanto, usted, que no ha conseguido lo que deseaba, siente antipatía por las personas que han tenido más suerte en la vida.

—Supongo que tiene razón —replicó sombríamente Sarah—. ¡Es usted terrible leyendo los pensamientos ajenos! Estoy tratando de engañarme a mí misma y usted no me lo permite.

En aquel momento, llegaron los otros. El guía parecía el más rendido de los tres. Estaba tan agotado, que durante el viaje hasta Amman apenas explicó nada. Ni siquiera mencionó a los judíos, lo cual representó un alivio para los demás viajeros. Su locuaz y

frenético relato acerca de las iniquidades de aquellos había sido, desde que partieran de Jerusalén, una verdadera prueba de resistencia para los nervios de todos. La carretera subía sinuosa desde el Jordán, serpenteando y cambiando constantemente de dirección. A ambos lados se veían matas de adelfas repletas de flores rosas.

Llegaron a Amman a última hora de la tarde y, después de una corta visita al teatro grecorromano, se fueron a dormir pronto. Tenían que salir muy temprano al día siguiente, ya que les quedaba por delante toda una jornada de viaje a través del desierto hasta llegar a Maan.

Partieron poco después de las ocho. Todos los pasajeros estaban muy silenciosos. Era un día caluroso y sin viento. A mediodía, cuando pararon para comer, hacía un calor verdaderamente sofocante. Las altas temperaturas y la necesidad de permanecer hacinados dentro del coche durante largo tiempo alteraron un poco los nervios de todos.

Lady Westholme y el doctor Gerard sostuvieron un violento altercado acerca de la Sociedad de las Naciones. *Lady* Westholme apoyaba con fervor esta institución. El francés, por su parte, decidió ejercitar su ingenio y su gracia a expensas de la misma. De la actitud de la Sociedad en relación con Abisinia y España, pasaron a la disputa por las fronteras de Lituania, de la cual Sarah no había oído hablar jamás, y de ahí a las actividades de la Sociedad contra las mafias de la droga.

—¡Tiene que admitir que han hecho un estupendo trabajo! ¡Estupendo! —dijo *lady* Westholme con tono irritado.

El doctor Gerard se encogió de hombros.

—Tal vez sí. ¡Y un estupendo gasto también!

—Es un asunto muy serio. Según la Ley de Drogas Peligrosas… —La disputa continuó.

—Es muy interesante viajar con *lady* Westholme —dijo la señorita Pierce a Sarah, con su vocecilla vacilante.

—¿Usted cree? —replicó agriamente su interlocutora.

Pero la señorita Pierce no percibió su tono y continuó con la misma ingenuidad:

—He visto tantas veces su nombre en los periódicos. Hay que ser una mujer muy inteligente para entrar en la vida pública y

mantenerse sin ayuda de nadie. ¡Siempre estoy contenta cuando una mujer logra alcanzar alguna meta!

—¿Por qué? —preguntó Sarah furiosamente.

La señorita Pierce se quedó con la boca abierta y tartamudeó un poco.

—Bueno, porque… quiero decir… sólo porque… bueno… ¡Es tan agradable cuando la mujeres demuestran que son capaces de hacer cosas!

—No estoy de acuerdo —dijo Sarah—. ¡Es agradable cuando cualquier ser humano es capaz de hacer algo que valga la pena! No importa lo más mínimo si es un hombre o una mujer. ¿Por qué tendría que importar?

—Bueno, claro —dijo la señorita Pierce—. Sí, confieso que… por supuesto, mirándolo desde ese punto de vista…

Pero parecía un poco triste. En un tono más cortés, Sarah dijo:

—Lo siento, pero es que yo odio esa diferenciación entre los sexos: «las muchachas modernas tienen una actitud totalmente práctica ante la vida» y ese tipo de cosas. ¡No es en absoluto verdad! Algunas chicas son prácticas y otras no lo son. Algunos hombres son sentimentales y atolondrados, otros son serenos y lógicos. Hay solamente cerebros de diferentes clases. El sexo sólo importa allí donde está directamente implicado.

La señorita Pierce enrojeció ligeramente ante la mención de la palabra «sexo» y hábilmente cambió de tema.

—Uno no puede evitar el pensar que ojalá hubiera un poco de sombra —murmuró—. Pero, sinceramente, pienso que todo este vacío es tan hermoso, ¿no le parece? —Sarah asintió.

Sí, pensaba, el vacío era maravilloso. Curativo, pacificador. Nadie que pudiera perturbarla con agotadoras relaciones interpersonales. ¡Ningún ardiente problema íntimo! En ese momento, por fin, se sentía libre de los Boynton. Libre de aquel extraño y compulsivo deseo de interferir en las vidas de personas cuya órbita no tocaba la suya ni siquiera remotamente. Se sintió tranquila y pacificada. Allí estaba la soledad, el vacío, el espacio… En definitiva, la paz.

Sólo que, por supuesto, no estaba sola para disfrutarla. *Lady* Westholme y el doctor Gerard habían acabado con las drogas y, en ese momento, discutían acerca de las muchachas inocentes que eran

exportadas clandestinamente a los *cabarets* de Argentina. A lo largo de la conversación, el doctor Gerard había hecho gala de una frivolidad que *lady* Westholme, carente de todo sentido del humor, como verdadera mujer de la política que era, encontró absolutamente deplorable.

—¿Seguimos adelante? —sugirió el guía, y volvió a empezar con las iniquidades de los judíos.

Faltaba aproximadamente una hora para el crepúsculo cuando, por fin, llegaron a Maan. Extraños hombres de expresión feroz formaron una multitud alrededor del coche. Después de un breve alto en el camino, continuaron el viaje. Observando el llano y desértico paisaje, Sarah se sentía perpleja y se preguntaba dónde podría estar la rocosa fortaleza de Petra. Se divisaban kilómetros y kilómetros a su alrededor. No había montañas ni colinas por ninguna parte. ¿Faltaba mucho todavía para el final del viaje?

Llegaron al poblado de Ain Musa, donde debían dejar los coches. Había unos caballos aguardándolos, unos animales delgados y de aspecto lastimoso. Lo inadecuado de su vestido supuso una gran molestia para la señorita Pierce. *Lady* Westholme iba ataviada con pantalones de montar, que si bien no embellecían precisamente su figura, eran sin lugar a dudas muy prácticos.

Guiaron a los caballos fuera del poblado por un camino resbaladizo lleno de cantos rodados. La tierra se desprendía y los caballos bajaban haciendo zigzag. El sol estaba a punto de ponerse.

Sarah estaba muy cansada, después del largo y caluroso viaje en coche. Sus sentidos estaban aturdidos. La cabalgada fue como un sueño. Parecía como si lo más profundo del infierno se abriera bajo sus pies. El camino descendía sinuosamente, penetrando en el suelo. Las siluetas de las rocas se alzaban a su alrededor, mientras ellos bajaban hacia las entrañas de la tierra, a través de un laberinto de precipicios rojos. En aquel momento, los riscos se encumbraban a ambos lados, formando un pasillo. Sarah se sintió ahogada, amenazada por aquella garganta que se hacía cada vez más estrecha.

Confusamente, pensó: «Estamos descendiendo hacia el valle de la muerte… el valle de la muerte».

Siguieron avanzando. Se hizo de noche. El vivo color rojo de las paredes palideció. Y todavía no se detenían. Cabalgaban siguiendo

los meandros del camino, aprisionados, perdidos en las entrañas de la tierra.

«Es fantástico e increíble —pensó Sarah—. Una ciudad muerta». Y de nuevo, como un estribillo, volvían a su mente las mismas palabras: el valle de la muerte…

Encendieron linternas. Los caballos siguieron avanzando por los sinuosos y estrechos pasos. De repente, llegaron a un espacio abierto. Los riscos descendieron.

Frente a ellos, a lo lejos, divisaron un conjunto de luces.

—¡Es un campamento! —dijo el guía.

Los caballos aceleraron el paso. No mucho, porque estaban demasiado hambrientos y abatidos. Sin embargo, mostraron un leve entusiasmo. El camino discurría ya a lo largo de un lecho de agua. Las luces fueron aproximándose.

Vieron un agrupamiento de tiendas de campaña. Una hilera más elevada se encontraba instalada de cara a un elevado risco. También se veían cuevas abiertas en la roca.

Estaban llegando. Unos beduinos acudieron a su encuentro. Sarah elevó la vista hacia una de las cuevas. En ella se distinguía una figura sentada. ¿Qué era aquello? ¿Un ídolo? ¿Una gigantesca imagen?

No. Eran las luces oscilantes las que hacían que pareciese tan grande. Pero tenía que ser un ídolo de alguna clase, sentado allí, inmóvil, desplegando su influjo sobre aquel lugar…

De pronto, Sarah reconoció la figura y sintió cómo su corazón daba un vuelco. La sensación de paz y de huida que el desierto le había producido desapareció en aquel instante. De la libertad, había sido conducida nuevamente al cautiverio. Había descendido cabalgando hasta aquel oscuro y sinuoso valle, y allí, como una sacerdotisa de algún culto olvidado, como un Buda femenino, monstruoso y abultado, aparecía la señora Boynton.

Capítulo XI

¡La señora Boynton estaba allí! ¡En Petra!

Sarah contestó maquinalmente a las preguntas que le iban formulando. ¿Quería cenar en seguida? La cena estaba servida. ¿Prefería lavarse antes? ¿Quería dormir en una tienda o en una cueva?

La respuesta a esta última pregunta fue inmediata. Una tienda. Sólo de pensar en dormir en una cueva, se estremeció y recordó la imagen de aquella monstruosa figura sedentaria que había divisado. ¿Por qué sería que había algo en aquella mujer que no parecía humano?

Al fin, siguió a uno de los criados indígenas. Llevaba unos pantalones de montar color caqui con unas espinilleras remendadas y descuidadas y una chaqueta raída que tendría que haber sido desechada hacía tiempo. Sobre su cabeza, el típico tocado nativo, el *cheffiyah*, dotado de largos pliegues que protegían el cuello y fijado por medio de una trenza negra de seda fuertemente ajustada en la coronilla. Sarah se quedó admirada ante su relajada y rítmica forma de andar, el modo descuidado pero altivo de llevar la cabeza. Sólo la parte europea de su vestimenta parecía ridícula e inadecuada. «La civilización es un error —pensó Sarah—. ¡Un completo error! ¡Si no fuera por la civilización no existiría una señora Boynton! ¡En una tribu salvaje probablemente la habrían matado y se la habrían comido hace años!».

Se dio cuenta, con cierto humor, de que estaba extremadamente cansada, al límite de sus fuerzas. Después de lavarse con agua caliente y empolvarse la cara, volvió a sentirse ella misma, fría, serena y avergonzada por su reciente pánico.

Se pasó el peine por la espesa y negra melena, haciendo esfuerzos con la vista para poder ver su propio reflejo en un espejo del todo inadecuado, a la luz oscilante de una pequeña lámpara de

petróleo.

Después, apartando el toldo que cubría la entrada de su tienda, salió y se hundió en la oscuridad, preparada para descender hasta la gran carpa que se encontraba más abajo.

—¿Usted… aquí?

Fue como un grito apagado, desconcertado, incrédulo.

Se volvió y encontró frente a ella los ojos de Raymond Boynton. ¡Cuánta perplejidad había en ellos! Algo que la mantuvo silenciosa y casi asustada. Algo como una increíble alegría. Era como si estuviera teniendo una visión del Paraíso: su expresión era de sorpresa, aturdimiento, gratitud y humildad. Nunca en toda su vida olvidaría Sarah aquella mirada. De ese modo debían de alzar la vista los condenados para ver el Paraíso…

—Usted… —repitió.

Aquel tono bajo y vibrante removió algo en el interior de Sarah. Hizo que su corazón diera un vuelco dentro del pecho. Se sintió avergonzada, asustada, humilde y, casi al mismo tiempo, contenta, con arrogancia. Contestó simplemente:

—Sí.

Él se le acercó, todavía perplejo, todavía sin acabárselo de creer. Entonces, inesperadamente, tomó su mano.

—Es usted —dijo—. Es real. Al principio creí que era un fantasma, porque he estado pensando mucho en usted —calló un momento y después agregó—: La amo, ¿sabe? La amé desde el momento en que la vi en el tren. Ahora lo sé. Y quiero que usted lo sepa también, para que… para que comprenda que no soy yo, mi verdadero yo, el que… el que se comporta como un canalla. Ni siquiera ahora puedo responder de mí mismo. ¡Podría hacer… cualquier cosa! Podría pasar de largo junto a usted o fingir que no la veo, pero quiero que comprenda que no soy yo el responsable, yo mismo, el de verdad. Es culpa de mis reflejos. No puedo fiarme de ellos… ¡Cuando ella me dice que haga algo, lo hago! ¡Mis reflejos lo hacen! ¿Lo entiende, verdad? Desprécieme si quiere…

Sarah lo interrumpió. En voz baja y con inesperada dulzura, le dijo:

—No le desprecio.

—¡De todas maneras, soy despreciable! Debería… ser capaz de portarme como un hombre.

En parte como un eco del consejo de Gerard, pero sobre todo a causa de sus propios conocimientos y sus propias esperanzas, Sarah contestó:

—A partir de ahora lo será —detrás de la dulzura de su voz, resonaba la certeza y un autoritarismo consciente.

—¿De veras? —La voz de él era triste—. Quizá…

—Estoy segura de que de ahora en adelante tendrá el valor suficiente. —Raymond se levantó y echó hacia atrás la cabeza.

—¿Valor? Sí, eso es todo lo que necesito. ¡Valor!

De pronto, se inclinó hacia ella y rozó su mano con los labios. Un minuto después se había marchado.

Capítulo XII

Sarah bajó a la carpa. Allí encontró a sus tres compañeros de viaje. Estaban sentados a la mesa, comiendo. El guía estaba explicando que había allí otro grupo de excursionistas.

—Llegaron hace dos días. Marchan pasado mañana. Americanos. ¡La madre, muy gorda, muy difícil llegar hasta aquí! Cargada en silla por porteadores… dijeron trabajo muy duro… mucho calor… sí.

Sarah soltó una carcajada. Desde luego, bien mirado, la cosa no dejaba de tener gracia.

El rechoncho guía la miró agradecido. Aquel trabajo no le resultaba demasiado fácil. *Lady* Westholme le había llevado la contraria tres veces aquel día, con el Baedeker en la mano, y, al llegar, había protestado por la cama que le habían asignado. Menos mal que uno de los miembros del grupo parecía estar de buen humor.

—¡Ja! —exclamó *lady* Westholme—. Creo que esa gente estaba en el Salomón. He reconocido a la madre en cuanto hemos llegado. Me parece que la vi hablar con ella en el hotel, señorita King.

Sarah se sonrojó culpablemente, esperando que *lady* Westholme no hubiera escuchado aquella conversación.

«¡Verdaderamente, no sé lo que se apoderó de mí!» —pensó angustiada.

Mientras tanto, *lady* Westholme había dado su veredicto:

—Gente sin ningún interés. Muy provincianos —dijo.

La señorita Pierce la animó con adulaciones y *lady* Westholme se embarcó en un relato acerca de la historia de ciertos americanos prominentes e interesantes que había conocido hacía poco tiempo.

Como el tiempo era muy caluroso, demasiado para la época del año, decidieron reanudar la marcha por la mañana temprano.

Los cuatro se reunieron para desayunar a las seis en punto. No

se veía ni rastro de ninguno de los Boynton. Después de que *lady* Westholme protestase porque no había fruta, tomaron té, leche condensada y huevos fritos, los cuales nadaban en una buena cantidad de manteca y estaban rodeados de tocino salado.

Luego iniciaron la excursión. *Lady* Westholme y el doctor Gerard discutían, animadamente por parte de aquella, el valor exacto de las vitaminas en la dieta y el tipo de nutrición apropiada para las clases trabajadoras.

De pronto, oyeron una llamada procedente del campamento y se detuvieron para esperar que otra persona se uniese a la expedición. Era el señor Jefferson Cope, que corría hacia ellos con la cara roja y sofocada a causa del esfuerzo.

—Si nos les importa, me gustaría ir con ustedes esta mañana. Buenos días, señorita King. ¡Qué sorpresa encontrarles a usted y al doctor Gerard aquí! ¿Qué les parece todo esto?

Con un ademán señaló las fantásticas rocas rojas que se extendían por todas partes.

—Me parece maravilloso y también un poco horrible —dijo Sarah—. Siempre me lo había imaginado como un lugar romántico y de ensueño: la Ciudad Rosa. Pero es mucho más real de lo que pensaba. Tan real como… un filete de ternera crudo.

—Ese es justamente el color que tiene —confirmó el señor Cope.

—Pero, de todas maneras, es maravilloso —admitió Sarah.

El grupo comenzó a escalar. Dos guías beduinos los acompañaban. Ambos eran altos y de andar ágil. Subían balanceándose con gran despreocupación, calzados con unas botas de clavos que les permitían fijar completamente los pies en el resbaladizo suelo de la falda de la montaña. Pronto empezaron las dificultades. Sarah y el doctor Gerard resistían bien las alturas, pero el señor Cope y *lady* Westholme no se sentían muy felices y a la pobre señorita Pierce tuvieron casi que llevarla en brazos por los lugares más peligrosos, mientras ella, con los ojos cerrados y la cara verde, gemía sin cesar.

—Nunca he podido mirar hacia abajo desde las alturas… Nunca. ¡Desde que era una niña!

En una ocasión dijo que quería volver atrás, pero cuando se volvió a mirar el descenso, su piel se volvió aún más verde y de mala gana decidió que lo único que podía hacer era seguir adelante.

El doctor Gerard se mostró amable y tranquilizador. Se colocó detrás de la señorita.

Pierce aguantando un bastón entre ella y la escarpada pendiente a modo de barandilla. La mujer confesó que la ilusión de ir andando por un raíl la había ayudado mucho a vencer la sensación de vértigo.

Sarah, jadeando un poco, se dirigió al guía, Mahmoud, quien, a pesar de su corpulencia, no manifestaba signos de agotamiento, y le preguntó:

—¿Nunca tienen problemas para traer a la gente aquí arriba? A la gente mayor, quiero decir.

—Siempre… siempre tenemos problemas —admitió Mahmoud serenamente.

—¿Y siempre los traen?

Mahmoud se encogió de hombros.

—Les gusta venir. Han pagado dinero para ver estas cosas. Desean verlas. Los guías beduinos son muy listos… saben dónde pisan… siempre se las arreglan.

Por fin llegaron a la cima. Sarah respiró hondo.

Por todas partes, a sus pies y alrededor, se extendían las rocas de color rojo sangre. Un paisaje extraño e increíble sin igual en ningún otro lugar del mundo. Allí, sumidos en el aire puro de la mañana, permanecieron de pie, como dioses, observando un mundo inferior, un mundo de resplandeciente violencia.

Aquel era, según les explicó el guía, el «Lugar del Sacrificio», el «Lugar Elevado». Les enseñó el corte abierto a sus pies, en la roca plana.

Sarah se separó de los otros, de las tópicas frases que brotaban con tanta facilidad de los labios del guía. Se sentó en una roca; introdujo los dedos en su espesa y negra melena y contempló el mundo a sus pies. Al cabo de un rato, notó la presencia de alguien a su lado. La voz del doctor Gerard dijo:

—¿Se da usted cuenta de lo apropiada que fue la tentación del demonio en el Nuevo Testamento? Satán llevó a Nuestro Señor a la cumbre de una montaña y le enseñó el mundo. «Todo esto te daré si de hinojos me adorares». ¡Cuánto mayor no es la tentación de ser el dios del poder material cuando se está en un lugar elevado! —Sarah asintió, pero sus pensamientos estaban claramente en otro lugar y

Gerard la observó con cierta sorpresa.

—Está usted meditando muy profundamente —dijo.

—Sí, así es. —Se volvió hacia él con cara de perplejidad—. Es una idea maravillosa… tener un lugar para sacrificios aquí arriba. A veces pienso que el sacrificio es necesario… ¿No le parece? Quiero decir que se puede llegar a tener demasiado respeto por la vida. La muerte no es en realidad tan importante como nosotros pretendemos.

—Si es eso lo que piensa, señorita King, no debería haber adoptado nuestra profesión. Para nosotros, la muerte es y debe ser siempre el enemigo.

Sarah se estremeció.

—Sí, supongo que tiene razón. No obstante, a menudo la muerte puede resolver un problema. Puede llegar a significar, incluso, una vida más completa para alguien…

—¡Es conveniente para nosotros que un hombre muera por el pueblo! —citó Gerard gravemente.

—Yo no quería decir… —se interrumpió. Jefferson Cope venía hacia ellos.

—Este es verdaderamente un sitio muy notable —declaró el americano—. Muy notable. Me alegro enormemente de no habérmelo perdido. No me importa confesar que, aunque la señora Boynton es ciertamente una mujer extraordinaria y, sinceramente, admiro su ánimo al decidirse a venir aquí, viajar con ella complica mucho las cosas. Su salud es mala y supongo que eso la hace ser un poco desconsiderada con los sentimientos de las otras personas, pero lo cierto es que no se le ocurre pensar que a su familia tal vez podría apetecerle salir de excursión sin ella. Está tan acostumbrada a tenerlos a todos a su alrededor, que supongo que no piensa…

El señor Cope se interrumpió. Su afable rostro expresó cierto malestar y turbación.

—¿Saben? —dijo—. Me ha llegado cierta información acerca de la señora Boynton que me ha afectado mucho.

Sarah volvía a estar perdida en sus propios pensamientos. La voz del señor Cope flotaba apaciblemente en sus oídos como el murmullo agradable de una lejana corriente de agua. En cambio, el doctor Gerard dijo:

—¿De veras? ¿De qué se trata?

—Mi informadora es una dama a quien conocí en el hotel de Tiberíades. Tiene que ver con una sirvienta que estuvo empleada en casa de la señora Boynton. La chica, se lo resumo, estaba… había…

El señor Cope hizo una pausa, dirigió una leve mirada a Sarah y bajó la voz:

—Iba a tener un niño. Por lo visto, la vieja señora lo descubrió, pero aparentemente se portó muy bien con la muchacha. Luego, pocas semanas antes de que naciera el niño, la despidió y la echó de la casa.

El doctor Gerard arqueó las cejas.

—¡Ah! —murmuró pensativo.

—La persona que me lo contó estaba muy bien informada de los hechos. No sé si usted estará de acuerdo conmigo, pero a mí me parece que hacer una cosa así es una crueldad, es no tener corazón. No puedo entenderlo…

El doctor Gerard lo interrumpió.

—Tendría que intentarlo. Ese incidente, no me cabe la menor duda, proporcionó a la señora Boynton un gran placer.

El señor Cope lo miró estupefacto.

—¡No señor! —dijo con énfasis—. No puedo creerlo. Es algo inconcebible.

Suavemente, el doctor Gerard citó:

> *«De modo que volví y consideré todas las opresiones perpetradas bajo el sol. Y había llantos y lamentaciones por parte de aquellos que estaban oprimidos y no tenían consuelo, pues con sus opresores estaba el poder, de manera que nadie pudiese venir a confortarlos. Y alabé verdaderamente a los muertos porque ya están muertos, sí, más que a los vivos que todavía permanecen en la vida; sí, aquel que no es, está mejor que si estuviera muerto o vivo, pues no sabe nada acerca del mal que se ha establecido para siempre en la tierra…».*

Se interrumpió y dijo:

—Mi querido amigo, he dedicado toda mi vida a estudiar las cosas extrañas que suceden en la mente humana. No es bueno considerar tan sólo la parte clara y justa de la vida. Bajo la decencia

y las convenciones de la vida cotidiana, yace un amplio contingente de cosas extrañas. Existe, por ejemplo, el placer de la crueldad por la crueldad. Pero cuando ya se ha encontrado eso, todavía queda algo más profundo. El deseo, íntimo y penoso, de ser apreciado. Si eso se ve frustrado, si debido a su desagradable personalidad un ser humano es incapaz de obtener la respuesta que necesita, recurre a otros métodos (tiene que ser sentido, tiene que ser considerado), y por lo tanto desarrolla innumerables y extrañas perversiones. El hábito de la crueldad, como cualquier otro, puede ser cultivado, puede agarrar a uno…

El señor Cope tosió.

—Creo que exagera usted un poco, doctor Gerard. Verdaderamente, el aire aquí arriba es demasiado maravilloso…

Se alejó. Gerard sonrió levemente. Volvió a mirar a Sarah. Tenía el ceño fruncido, su cara tenía una expresión de juvenil severidad. Parecía, pensó Gerard, un joven juez deliberando acerca de una sentencia…

Se volvió al tiempo que la señorita Pierce se le acercaba tropezando.

—Vamos a bajar —anunció—. ¡Oh, Dios mío! Estoy segura de que nunca lo conseguiré, pero el guía dice que el camino de bajada va por otro lado y es más fácil. Espero que así sea, porque desde que era pequeña nunca he sido capaz de mirar hacia abajo desde las alturas…

El descenso se llevó a cabo siguiendo una cascada. Aunque había muchas piedras sueltas que podían provocar torceduras de tobillo, el camino no ofrecía vistas que pudiesen producir vértigo.

El grupo llegó al campamento cansado, pero de muy buen humor y con mucho apetito. Pasaban de las dos.

Los Boynton estaban en la carpa, sentados a la mesa. En ese momento terminaban de comer.

Lady Westholme se dignó dedicarles un comentario en su tono más condescendiente.

—Ha sido una mañana de lo más interesante —dijo—. Petra es un lugar maravilloso. —Estas palabras parecían dirigidas a Carol, que lanzó una rápida mirada a su madre y murmuró:

—¡Oh, sí, sí!

Después volvió a hundirse en el silencio.

Lady Westholme, sintiendo que ya había cumplido con su obligación, concentró su atención en la comida.

Mientras comían, los cuatro estuvieron haciendo planes para la tarde.

—Creo que yo me quedaré descansando —dijo la señorita Pierce —. Es importante no excederse.

—Yo iré a dar un paseo y a explorar un poco —dijo Sarah—. ¿Qué piensa hacer usted, doctor Gerard?

—La acompañaré.

La señora Boynton dejó caer sonoramente una cuchara y todo el mundo se sobresaltó.

—Me parece —dijo *lady* Westholme— que yo seguiré su ejemplo, señorita Pierce. Leeré un rato y después dormiré por lo menos una hora. Más tarde, quizá dé un corto paseo.

Lentamente, con la ayuda de Lennox, la señora Boynton se incorporó. Permaneció inmóvil por un momento y luego habló:

—Será mejor que esta tarde vayáis todos a dar una vuelta —dijo con inesperada amabilidad.

Resultaba algo cómico ver las perplejas caras de los miembros de su familia.

—Pero, madre, ¿y tú?

—No os necesito, a ninguno de vosotros. Quiero estar sola y leer. Es mejor que Jinny no vaya. Que se acueste un poco y duerma.

—¡Mamá! No estoy cansada. Quiero ir con ellos.

—Estás cansada. Tienes dolor de cabeza. Tienes que cuidarte. Vete a dormir. Yo sé lo que es mejor para ti.

—Pero…

Con la cabeza hacia atrás, la muchacha miró a su madre fijamente con aire de rebeldía. Después bajó los ojos en señal de derrota…

—¡Estúpida niña! —dijo la señora Boynton—. Ve a tu tienda.

Salió cojeando de la carpa. Los demás la siguieron.

—¡Madre mía! —exclamó la señorita Pierce—. ¡Qué gente tan rara! ¡Y qué extraño color tiene la madre! Casi púrpura. Seguro que es el corazón. Este calor debe de ser terrible para ella.

Sarah pensó: «Esta tarde los deja libres. Sabe que Raymond quiere estar conmigo. ¿Por qué? ¿Es una trampa?».

Después de comer y de haber ido a su tienda para cambiarse y

ponerse un fresco traje de hilo, aquel pensamiento aún la preocupaba. Desde la noche anterior, sus sentimientos hacia Raymond habían derivado hacia una pasión y una ternura protectoras. Así pues, eso era el amor, esa agonía que se siente por otra persona, ese deseo de evitar a toda costa cualquier dolor al ser amado… Sí, amaba a Raymond Boynton. Era como san Jorge y el dragón, pero al revés. Era ella quien tenía que rescatarlo y Raymond quien se hallaba encadenado.

Y la señora Boynton era el dragón. Un dragón cuya repentina amabilidad resultaba, a juicio de la suspicazmente de Sarah, definitivamente siniestra.

Eran aproximadamente las tres y cuarto cuando Sarah bajó a la carpa. *Lady* Westholme estaba sentada en un sillón. A pesar del calor que hacía, llevaba puesta todavía su práctica falda de *tweed*. En el regazo tenía un informe de la Comisión Real. El doctor Gerard estaba hablando con la señorita Pierce, que se encontraba de pie junto a su tienda sosteniendo un libro, cuyo título era La búsqueda del amor, descrito en la contraportada como un emocionante relato de pasión e incomprensión.

—No es bueno acostarse enseguida después de comer —explicaba la señorita Pierce—. Es malo para la digestión. Se está muy bien y muy fresco a la sombra de la carpa. ¡Oh, Dios mío! ¿Cree usted que esa anciana sabe lo que hace poniéndose al sol ahí arriba?

Todos alzaron la vista hacia el promontorio que tenían frente a ellos. Como la noche anterior, la señora Boynton estaba sentada allí, como un Buda inmóvil, a la entrada de su cueva. No se veía a ningún otro ser viviente. Todo el personal del campamento estaba durmiendo. A poca distancia, siguiendo la línea del valle, se divisaba un pequeño grupo de personas que caminaban juntas.

—Por una vez —dijo el doctor Gerard—, la buena mamá permite que se diviertan sin ella. ¿Será alguna nueva diablura?

—¿Sabe? Es exactamente lo mismo que he pensado yo —dijo Sarah.

—¡Vaya par de mentes suspicaces las nuestras! Vamos, reunámonos con los fugitivos.

Dejando a la señorita Pierce entregada a su apasionante lectura, se marcharon. Una vez que hubieron llegado a la curva que

dibujaba el valle, alcanzaron al otro grupo, que caminaba despacio. Por una vez, los Boynton parecían felices y despreocupados.

Al poco rato, Lennox y Nadine, Carol y Raymond, el señor Cope, que lucía una amplia sonrisa, y los recién llegados, Gerard y Sarah, reían y charlaban animosamente.

Se apoderó de ellos una súbita hilaridad. En la mente de todos estaba la idea de que aquel era un placer cogido al vuelo, un deleite robado que había que disfrutar completamente. Sarah y Raymond no se apartaron de los otros. Por el contrario, Sarah iba con Carol y Lennox. Muy cerca, detrás de ellos, el doctor Gerard charlaba con Raymond. Nadine y Jefferson Cope caminaban un poco más alejados.

Fue el francés quien deshizo la comitiva. Desde hacía un rato, notaba ciertos espasmos. De pronto se paró.

—Les pido mil perdones. Me temo que debo volver.

Sarah lo miró.

—¿Le ocurre algo?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, fiebre. Me ha ido subiendo desde que terminamos de comer.

Sarah lo examinó escrutadoramente.

—¿Malaria?

—Sí. Tomaré una dosis de quinina. Espero que no sea muy grave. Un recuerdo de mi visita al Congo.

—¿Quiere que lo acompañe? —preguntó Sarah.

—No, no. He traído conmigo el maletín con las medicinas. ¡Condenada fiebre! Vayan, vayan. Todos ustedes.

Se alejó rápidamente en dirección al campamento.

Durante un minuto, Sarah lo miró alejarse indecisa. Después se encontró con los ojos de Raymond, le sonrió y se olvidó del francés.

Durante un rato, los seis, Carol, Lennox, el señor Cope, Nadine, Raymond y ella, permanecieron juntos. Después, como quien no quiere la cosa, Raymond y Sarah siguieron por su lado. Caminaron un poco más, escalaron por unas rocas, bordearon unos salientes y, por fin, se pararon en un lugar sombreado.

Hubo un largo silencio. Después, Raymond preguntó:

—¿Cómo te llamas? Ya sé que tu apellido es King, pero ¿cuál es tu nombre?

—Sarah.

—Sarah. ¿Puedo llamarte así?

—Por supuesto.

—Sarah. ¿Por qué no me cuentas algo acerca de ti misma?

Recostándose contra las rocas, le contó su vida en Yorkshire, donde estaba su casa, le habló de sus perros y de la tía que la había criado.

Luego, a su vez, Raymond le contó algo de su propia vida, de un modo muy inconexo.

Después de eso hubo un largo silencio. Tenían las manos unidas. Estaban allí sentados, como niños, cogidos de las manos y extrañamente contentos.

Entonces, al tiempo que el sol empezaba a declinar, Raymond se agitó:

—Voy a regresar ahora —dijo—. No, no contigo. Quiero volver solo. Hay algo que tengo que decir y hacer. Cuando lo haya hecho, cuando me haya probado a mí mismo que no soy un cobarde, entonces… entonces… no me avergonzaré de venir a ti y pedirte que me ayudes. Voy a necesitar de verdad tu ayuda. Es probable que tenga que pedirte dinero prestado.

Sarah sonrió.

—Me alegro de que seas realista. Puedes contar conmigo.

—Pero primero tengo que hacer esto yo solo.

—¿Hacer qué?

La cara infantil de Raymond se endureció súbitamente.

—Tengo que poner a prueba mi coraje. Es ahora o nunca —dijo.

Luego, bruscamente, dio media vuelta y se marchó.

Sarah apoyó la espalda contra la roca y miró cómo se perdía su figura. Algo en sus palabras la había alarmado ligeramente. Raymond parecía tan tenso, parecía hablar tan en serio. Por un momento, deseó haberlo acompañado…

Pero se reprendió a sí misma severamente por ese deseo. Raymond había querido estar solo para probar su recién adquirido valor. Era su derecho.

No obstante, ella rogó con toda su alma que aquel valor no le fallase…

El sol se ponía cuando Sarah avistó de nuevo el campamento. A medida que se acercaba, pudo distinguir, en medio de la pálida luz,

la inexorable figura de la señora Boynton, todavía sentada en la boca de la cueva. Sarah se estremeció un poco ante la visión de aquella imagen inmóvil…

Al pasar por el camino que quedaba justo debajo, se apresuró y llegó a la carpa iluminada.

Lady Westholme estaba sentada tejiendo un jersey azul marino, con una madeja de lana colgada alrededor del cuello. La señorita Pierce bordaba unos anémicos nomeolvides en un mantel, a la vez que era informada de cómo deberían reformarse debidamente las leyes del divorcio.

Los criados entraban y salían preparándolo todo para la cena. Los Boynton estaban sentados en unas tumbonas leyendo, en el otro extremo de la carpa. Mahmoud apareció, gordo y digno, y los llenó de reproches: «Muy agradable paseo después del té había sido arreglado para tener lugar, pero todos ausentes del campamento… El programa totalmente arruinado… Muy instructiva visita a arquitectura nabatea…».

Sarah se apresuró a decir que se habían divertido mucho.

Salió hacia su tienda para lavarse antes de la cena. Cuando volvía a la carpa, se detuvo junto a la tienda del doctor Gerard y lo llamó en voz baja.

—Doctor Gerard.

No hubo respuesta. Levantó el toldo y miró dentro. El doctor estaba tendido en la cama y no se movía. Sarah se retiró sin hacer ruido, con la esperanza de que estuviese dormido.

Un criado se le acercó, señalando hacia la carpa. La cena estaba lista. Bajó. Todo el mundo estaba reunido allí, alrededor de la mesa, con excepción del doctor Gerard y de la señora Boynton. Enviaron a uno de los sirvientes para que anunciase a la anciana que la cena estaba servida. Entonces, hubo una repentina conmoción afuera. Dos criados muertos de miedo entraron corriendo y, visiblemente excitados, le dijeron algo en árabe al guía.

Mahmoud dirigió una inquieta mirada a su alrededor y salió. Impulsivamente, Sarah fue detrás de él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—La vieja señora —replicó—. Abdul dice está enferma… no puede mover.

—Echaré un vistazo.

Sarah aceleró el paso. Siguiendo a Mahmoud, escaló por la roca y caminó hasta que llegó junto a la voluminosa figura de la señora Boynton. Cogió una de sus fláccidas manos y le tomó el pulso. No lo encontró. Se inclinó sobre ella…

Cuando se incorporó, estaba muy pálida. Volvió sobre sus pasos hasta la carpa. Antes de entrar, se detuvo un momento, contemplando el grupo reunido al otro extremo de la mesa. Cuando habló, su propia voz le sonó brusca y artificial.

—Lo siento mucho —dijo, esforzándose por dirigir sus palabras al cabeza de familia, Lennox—. Su madre ha muerto, señor Boynton.

Y curiosamente, como si los viera desde una gran distancia, contempló los rostros de cinco personas para las que aquel anuncio significaba la libertad.

Segunda Parte

Capítulo I

El coronel Carbury sonrió a su invitado, sentado al otro lado de la mesa, y levantó la copa.

—Brindemos por el crimen.

Los ojos de Hércules Poirot centellearon reconociendo lo apropiado del brindis. Había ido a Amman con una carta de presentación del coronel Race para el coronel Carbury.

Carbury se había interesado por conocer a aquella persona mundialmente famosa, cuyas dotes le eran alabadas por su viejo amigo y aliado en el Servicio de Inteligencia. «¡La más escrupulosa deducción psicológica que haya visto jamás!». (Había escrito Race a propósito de la solución del asesinato de Shaitana).

—Hemos de enseñarle todo lo que podamos del vecindario —dijo Carbury, retorciendo un bigote manchado y algo desigual.

Era un hombre rechoncho y poco pulido, de mediana estatura, semi calvo y con unos vagos y mansos ojos azules.

No tenía en absoluto la apariencia de un soldado. Tampoco parecía muy despierto ni respondía a la idea que uno se hace de un ordenancista. Sin embargo, en Transjordania era un poder.

—Está Jerash —dijo. ¿Le interesan esas de cosas?

—¡Me interesa todo!

—Sí —dijo Carbury—. Es la única manera de reaccionar ante la vida.

Hizo una pausa.

—Dígame, ¿alguna vez ha observado que su peculiar oficio, de algún modo, le persigue?

—¿*Pardon*?

—Quiero decir si, habiendo decidido tomarse unas vacaciones lejos del crimen, se ha encontrado, al llegar a cualquier sitio, que los cadáveres surgían a montones a su alrededor.

—Me ha ocurrido, sí. Más de una vez.

—¡Hum! —musitó el coronel Carbury, y se sumió en la abstracción.

Luego se puso en pie de un salto.

—En estos momentos, tengo un cadáver que no me gusta nada —dijo.

—¿De veras?

—Sí. Aquí en Amman. Se trata de una vieja norteamericana. Fue a Petra con su familia. Un viaje agotador, un calor excesivo para la época del año, la propia anciana, que padecía una afección cardíaca, y las dificultades del viaje, más duro para ella de lo que había imaginado, obligaron a su corazón a hacer un esfuerzo excesivo. ¡Y estiró la pata!

—¿Aquí, en Amman?

—No, en Petra. Hoy han traído el cuerpo.

—¡Ah!

—Todo parece muy natural. Perfectamente posible. No podía suceder nada más lógico. Pero…

—Pero ¿qué?

El coronel Carbury se rascó la calva.

—¡Tengo la sospecha —dijo— de que su familia se la cargó!

—¿Y qué le hace pensar eso?

El coronel Carbury no contestó directamente a la pregunta.

—Parece que se trataba de una vieja muy desagradable. Nadie ha lamentado su muerte. Todos opinan que era lo mejor que podía ocurrir. De todos modos, va a ser muy difícil probar nada si la familia se mantiene unida y se apoyan unos a otros en las mentiras, llegado el caso. Uno no quiere complicaciones y menos aún incidentes internacionales. Lo más fácil sería dejar correr el asunto. En realidad, no hay donde agarrarse. Una vez conocí a un doctor. Me contó que a menudo tenía sospechas en casos relacionados con sus pacientes. ¡Se fue al otro mundo un poco antes de tiempo! Él decía que lo mejor es quedarse quieto, a menos que verdaderamente tengas algo condenadamente bueno para meterte de lleno. De lo contrario, se puede armar un lío tremendo, no se prueba nada y el resultado es una mancha en el historial de un médico honrado y trabajador. Algo así me decía. De todos modos —se rascó otra vez la cabeza—, yo soy un hombre muy ordenado —dijo inesperadamente.

El nudo de la corbata del coronel Carbury estaba casi debajo de

su oreja izquierda; llevaba los calcetines caídos, su traje estaba lleno de manchas. Sin embargo, Hércules Poirot no sonrió. Veía, con la suficiente claridad, la escrupulosidad interior de la mente del coronel Carbury, sus hechos rigurosamente certificados, sus impresiones cuidadosamente ordenadas.

—Sí, soy un hombre ordenado —dijo Carbury e hizo un gesto con la mano—. No me gustan las cosas enredadas. Cuando me encuentro con un enredo, me gusta deshacerlo, ¿comprende?

Poirot asintió con la cabeza. Comprendía.

—¿No había ningún médico? —preguntó.

—Sí, dos. Pero uno de ellos estaba con malaria. El otro es una muchacha recién graduada, aunque conoce bien su oficio, supongo. La vieja tenía el corazón enfermo. Tomaba desde hacía tiempo una medicina para eso. Que la palmase tan de repente no tiene nada de particular.

—Entonces, amigo mío, ¿qué es lo que le preocupa? —preguntó gentilmente Poirot.

El coronel Carbury dirigió una inquieta mirada a su visitante.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un francés llamado Gerard? ¿Theodore Gerard?

—Sí, un hombre muy distinguido en su especialidad.

—Un loquero —confirmó el coronel Carbury—. Si sientes una pasión por la mujer de la limpieza cuando tienes cuatro años, a los treinta y ocho empezarás a decir que eres el arzobispo de Canterbury. No sé por qué, y nunca lo he sabido, pero esos tipos lo explican de un modo muy convincente.

—El doctor Gerard es una autoridad en ciertas formas de neurosis profunda —aclaró Poirot con una sonrisa—. ¿Sus opiniones acerca de lo ocurrido en Petra se basan en esa línea de argumentación?

El coronel Carbury negó vigorosamente con la cabeza.

—No, no. ¡No me habría preocupado si hubiese sido así! Entiéndame, no es que no me lo crea. Es sólo que no puedo comprenderlo, como cuando uno de mis beduinos salta del coche en mitad del desierto, toca el suelo con las manos y te dice dónde estás dentro de un radio de una milla o dos. No es magia, pero lo parece. No, la historia del doctor Gerard es bastante prosaica. Meros hechos. Supongo que le interesa… ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Estupendo. Entonces creo que llamaré a Gerard y lo haré venir aquí. Así podrá oír su historia de sus propios labios.

Después de que el coronel enviase a un ordenanza con el recado, Poirot preguntó:

—¿Quiénes forman esa familia?

—Su nombre es Boynton. Dos hijos varones, uno de ellos casado. Su mujer es una joven atractiva y agradable, del tipo tranquilo y sensible. Y dos hijas. Ambas muy guapas, pero con estilos totalmente diferentes. La más joven es un poco nerviosa, pero puede que sea tan sólo por la impresión.

—Boynton —dijo Poirot arqueando las cejas—. Curioso… muy curioso.

Carbury lo miró inquisitivamente, guiñando un ojo. Pero como Poirot no agregó nada, prosiguió él mismo:

—¡Parece ser que la madre era insoportable! Había que servirla en todo y tenía a la familia entera bailando a su alrededor. Y también tenía las cuerdas de la bolsa. Ninguno de ellos poseía un penique que fuera suyo.

—¡Muy interesante! ¿Sabe a quién va a parar la fortuna?

—Lo pregunté, como sin darle importancia. La dividirán a partes iguales entre todos.

Poirot asintió con la cabeza. Después preguntó:

—¿Cree usted que todos están implicados?

—No sé. Ahí está el problema. ¿Se trata de un plan fraguado de común acuerdo o fue la idea brillante de uno de ellos? No lo sé. ¡A lo mejor todo es una lucubración mía! En definitiva, me gustaría conocer su opinión como profesional. ¡Ah, aquí llega Gerard!

Capítulo II

El francés entró con paso ligero, aunque no precipitado. Mientras estrechaba la mano del coronel Carbury dirigió a Poirot una aguda mirada de curiosidad.

—Le presento al señor Hércules Poirot —dijo Carbury—. Es mi invitado. Le he estado hablando del asunto de Petra.

—¿Ah, sí? —Los veloces ojos de Gerard miraron a Poirot de arriba abajo—. ¿Le interesa?

Hércules Poirot levantó las manos.

—¡Ay! Irremediablemente, a uno siempre le interesa lo que tiene que ver con su trabajo.

—Es verdad —admitió Gerard.

—¿Quiere beber algo? —preguntó Carbury.

Sirvió un *whisky* con soda y lo colocó en la mesa, junto a Gerard. Luego levantó la jarra con gesto interrogante, pero Poirot negó con la cabeza. El coronel Carbury volvió a dejarla en la mesa y acercó un poco su silla.

—Bueno —dijo—. ¿Por dónde íbamos?

—Me parece —dijo Poirot dirigiéndose a Gerard— que el coronel Carbury no está satisfecho.

Gerard hizo un expresivo gesto.

—¡Y todo por mi culpa! —replicó—. Pero tal vez me equivoque. Recuérdelo, coronel Carbury, puedo estar completamente equivocado.

Carbury lanzó un gruñido.

—Explíquele al señor Poirot los hechos —indicó.

El doctor Gerard comenzó con una breve recapitulación de los acontecimientos precedentes al viaje a Petra. Hizo un breve esbozo de los distintos miembros de la familia Boynton y describió el estado de tensión emocional en el que se encontraban. Poirot escuchaba con interés.

Luego, Gerard procedió a relatar los hechos ocurridos en su primer día de estancia en Petra y explicó cómo él había vuelto al campamento.

—Tenía un ataque de malaria, del tipo cerebral, y era bastante fuerte —explicó—. Por ello decidí administrarme una inyección intravenosa de quinina. Es lo habitual en esos casos.

Poirot asintió comprensivamente.

—La fiebre me dominaba. Fui tambaleándome hasta mi tienda. Al principio no pude encontrar mi botiquín. Alguien lo había cambiado de lugar y no estaba donde yo lo había dejado. Cuando por fin di con él, no encontraba la aguja hipodérmica. La busqué durante un rato. Luego renuncié, me bebí una fuerte dosis de quinina y me dejé caer en la cama.

Gerard hizo una pausa y luego prosiguió:

—La muerte de la señora Boynton no fue descubierta hasta después de la puesta de sol. Debido al modo en que estaba sentada, el respaldo del sillón sostenía su cuerpo y, por lo tanto, no cambió de posición. Sólo se dieron cuenta de que algo no iba bien cuando uno de los sirvientes fue a avisarla para la cena, a las seis y media.

Describió con todo detalle la situación de la cueva y la distancia que la separaba de la gran carpa.

—La señorita King, que es un médico cualificado, examinó el cuerpo. No me molestó, porque sabía que yo estaba con fiebre. De todos modos, no se podía hacer nada. La señora Boynton estaba muerta y hacía ya un buen rato de ello.

—¿Cuánto tiempo exactamente? —murmuró Poirot.

Gerard respondió lentamente:

—No creo que la señorita King prestara mucha atención a ese detalle. Presumo que no le dio demasiada importancia.

—¿Por lo menos se sabe cuándo fue vista con vida por última vez? —preguntó Poirot.

El coronel Carbury se aclaró la garganta y consultó un documento de apariencia oficial.

—La señora Boynton estuvo hablando con *lady* Westholme y la señorita Pierce poco después de las cuatro de la tarde. Lennox Boynton habló con su madre hacia las cuatro y media. La señora Lennox Boynton tuvo una larga conversación con ella aproximadamente cinco minutos después. Carol Boynton también

habló con su madre, pero no es capaz de precisar exactamente la hora, aunque, por los indicios que se tienen, se supone que fue hacia las cinco y diez. Jefferson Cope, un americano, amigo de la familia, la vio dormida cuando regresaba al campamento con *lady* Westholme y la señorita Pierce. No habló con ella. Eso fue hacia las seis menos veinte. Raymond Boynton, el hijo más joven, parece haber sido la última persona que la vio con vida. Cuando regresaba de dar un paseo, fue a verla y habló con ella, hacia las seis menos diez. El cadáver fue descubierto a las seis y media, cuando el criado fue a avisarla para la cena.

—¿Se le acercó alguien entre la hora en que Raymond Boynton habló con ella y las seis y media? —preguntó Poirot.

—Creo que no.

—¿Pero alguien pudo haberlo hecho? —insistió el detective.

—No lo creo. Desde poco antes de las seis hasta las seis y media, los criados estuvieron yendo de un lado a otro del campamento y los viajeros entraban y salían de sus tiendas. No hemos encontrado a nadie que viera a alguien acercándose a la anciana.

—Entonces Raymond Boynton es definitivamente la última persona que vio a su madre con vida, ¿no? —dijo Poirot.

El doctor Gerard y el coronel Carbury cambiaron una rápida mirada. El militar tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Ahí es donde empezamos a meternos en aguas profundas —dijo—. Continúe, Gerard. Es todo suyo.

—Como ya le he dicho, Sarah King no vio ninguna razón, cuando examinó a la señora Boynton, para determinar la hora exacta de la muerte. Lo único que dijo fue que la señora Boynton llevaba muerta «poco tiempo». Sin embargo, cuando al día siguiente, por razones personales, intenté conocer los detalles y mencioné de pasada que la señora Boynton había sido vista con vida por última vez poco antes de las seis por su hijo Raymond, la señorita King, con gran sorpresa de mi parte, afirmó rotundamente que eso era imposible, que a esa hora la señora Boynton tenía que estar ya muerta.

Poirot arqueó las cejas.

—Extraño, muy extraño. ¿Y qué dice a eso el señor Raymond Boynton?

El coronel Carbury intervino abruptamente:

—Jura que su madre estaba viva. Subió a verla y le dijo: «Ya he vuelto. ¿Has pasado una buena tarde?», o algo por el estilo. Dice que ella le respondió con un gruñido y le dijo que «estupendamente». Y entonces el joven se fue a su tienda. Poirot, perplejo, frunció el ceño.

—Curioso —dijo—. Muy curioso. Dígame, ¿anochecía?

—Sí, el sol se estaba poniendo.

—Curioso —repitió Poirot—. ¿Y usted, doctor Gerard, cuándo vio el cadáver?

—No lo vi hasta el día siguiente. A las nueve de la mañana, para ser exactos.

—Y, según usted, ¿a qué hora debió de ocurrir la muerte?

El francés se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo con precisión después de tanto tiempo. Forzosamente tiene que haber un margen de varias horas. Si tuviera que declarar bajo juramento, lo único que podría decir es que la muerte había ocurrido como mínimo doce horas antes y como máximo dieciocho. Como ve, eso no puede serle de ninguna ayuda.

—Siga, Gerard —dijo el coronel Carbury—. Cuéntele todo lo demás.

—Por la mañana, al levantarme —dijo Gerard—, encontré la aguja hipodérmica. Estaba detrás de una caja de botellas, encima de mi mesita de noche.

Se inclinó hacia delante.

—Usted puede pensar, si quiere, que el día anterior la había pasado por alto. Me encontraba en un estado penoso debido a la fiebre y el abatimiento, temblando de la cabeza a los pies, y no sería la primera vez que uno es incapaz de encontrar una cosa que está allí todo el tiempo. Sólo puedo decir que estoy bastante convencido de que la aguja no estaba allí entonces.

—Todavía hay algo más —dijo Carbury.

—Sí, dos hechos de gran importancia y muy significativos. Había una marca en la muñeca de la muerta, una marca como la que causaría la inserción de una aguja hipodérmica. Su hija lo explica como el pinchazo de un alfiler.

—¿Qué hija? —preguntó Poirot.

—Su hija Carol.

—Sí. Siga, por favor.

—Y queda el último hecho. Al examinar mi botiquín, eché de menos una importante cantidad de digitoxín.

—El digitoxín —dijo Poirot— es un tóxico para el corazón, ¿no?

—Sí. Se obtiene de la *digitalis purpurea*, la dedalera común. Hay en ella cuatro principios activos: el digitalín, el digitonín, la digitaleína y el digitoxín. De estos, el digitoxín es considerado como el constituyente más tóxico de las hojas de la *digitalis*. Según los experimentos de Kopp, es de seis a diez veces más fuerte que el digitalín o la digitaleína. En Francia está autorizado, pero no en la farmacopea británica.

—¿Y una dosis elevada de digitoxín…?

El doctor Gerard dijo con gravedad:

—Una dosis elevada de digitoxín administrada de golpe por vía intravenosa causaría la muerte instantánea por paro cardíaco. Se estima que cuatro miligramos podrían ser letales para un hombre adulto.

—Y la señora Boynton padecía ya una dolencia cardíaca, ¿no es así?

—Sí. De hecho, estaba tomando ya una medicina que contenía digitalín.

—Eso —dijo Poirot— es enormemente interesante.

—¿Quiere decir que su muerte podría ser atribuida a una dosis excesiva de su propia medicina? —preguntó el coronel Carbury.

—Sí, eso. Pero pretendía ir más allá.

—En cierto sentido —dijo el doctor Gerard—, el digitalín puede ser considerado como una droga acumulativa. Además, por lo que se refiere a la apariencia *post mortem*, los principios activos de la *digitalis* pueden matar sin dejar ninguna señal visible.

Poirot asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, es muy inteligente. Mucho. Casi imposible demostrar nada delante de un jurado. Déjenme que les diga, caballeros, que si esto es un crimen, es un crimen muy astuto. La aguja hipodérmica devuelta a su lugar, el veneno utilizado, el mismo que la víctima ya estaba tomando…, las posibilidades de que se trate de un error, o de un accidente, son enormes. Sí señor, aquí hay un cerebro. Hay pensamiento, meticulosidad, genio.

Durante un momento permaneció sentado en silencio. Luego alzó la cabeza.

—Y, sin embargo, hay algo que me desconcierta.

—¿De qué se trata?

—El robo de la jeringuilla.

—Alguien se la llevó —dijo rápidamente el doctor Gerard.

—Se la llevó… ¿y la devolvió?

—Sí.

—Curioso —dijo Poirot—. Muy curioso. Por lo demás, todo encaja perfectamente…

El coronel Carbury lo miró con curiosidad.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Cuál es su opinión como experto? ¿Fue un asesinato o no lo fue?

Poirot levantó una mano.

—Un momento. Aún no hemos llegado a ese punto. Debemos considerar aún otras pruebas.

—¿Qué pruebas? Ya se lo hemos contado todo.

—¡Ah! Pero esta es una prueba que yo, Hércules Poirot, aporto al caso.

Meneó la cabeza y sonrió levemente ante los rostros atónitos de los otros dos.

—Sí, es muy divertido que yo, a quien ustedes han contado la historia, les regale una prueba de la cual no sabían nada. La cosa fue así. Una noche, en el Hotel Salomón, me acerco a la ventana para asegurarme de que está cerrada.

—¿Cerrada o abierta? —preguntó Carbury.

—Cerrada —replicó firmemente Poirot—. Estaba abierta, así que naturalmente voy a cerrarla. Pero antes de hacerlo, cuando ya tengo la mano en el tirador, oigo una voz que habla, una voz agradable, suave y clara, en la que se percibe un cierto temblor propio de la excitación nerviosa. Me digo a mí mismo que es una voz que podría reconocer si la escuchara de nuevo. ¿Y qué es lo que dice esa voz? Dice estas palabras: «Lo ves, ¿verdad? Hay que matarla». En ese momento, *naturellement*, no las interpreto como una referencia a un verdadero asesinato. Pienso que es un novelista o quizá un dramaturgo quien habla. Pero ahora, no estoy tan seguro. Mejor dicho, estoy seguro de que no se trataba de nada de eso.

Hizo una nueva pausa antes de decir:

—*Messieurs*, les diré una cosa: hasta donde alcanzan mi saber y mi convencimiento, aquellas palabras fueron pronunciadas por un

joven a quien más tarde tuve ocasión de ver en el vestíbulo del hotel y cuyo nombre, según me dijeron, es Raymond Boynton.

Capítulo III

—¡Raymond Boynton dijo eso!

La exclamación partió de Gerard.

—¿Lo cree usted improbable, hablando desde el punto de vista psicológico? —inquirió plácidamente Poirot.

Gerard negó con la cabeza.

—No, no diría eso. Me sorprende, porque Raymond Boynton es el más indicado para que recaigan sobre él las sospechas.

El coronel Carbury suspiró. Su mirada parecía decir: «¡Estos psicólogos!».

—La cuestión es —murmuró— qué vamos a hacer al respecto.

Gerard se encogió de hombros.

—No veo qué pueda hacerse —confesó—. No hay pruebas concluyentes. Tal vez usted sepa que se ha cometido un crimen, pero será muy difícil probarlo.

—Ya veo —dijo el coronel Carbury—. Sospechamos que ha habido un asesinato y simplemente nos sentamos a jugar con nuestros pulgares. ¡No me gusta!

Añadió, en tono fatigado, su anterior y curiosa declaración:

—Soy un hombre muy ordenado.

—Lo sé, lo sé —dijo Poirot meneando la cabeza con simpatía—. A usted le gustaría aclarar este asunto y saber exactamente qué sucedió y cómo. ¿Y usted, doctor Gerard? Ha dicho que no se puede hacer nada. Que las pruebas no son concluyentes. Tal vez sea verdad. Pero ¿estará usted satisfecho si las cosas se quedan como están?

—Tenía una calidad de vida muy mala —dijo el doctor Gerard lentamente—. En cualquier caso, hubiera podido morir dentro de poco tiempo. Quizá hubiera durado una semana, un mes, un año.

—¿De modo que se da usted por satisfecho? —insistió Poirot.

Gerard prosiguió:

—No cabe duda de que su muerte ha sido, ¿cómo lo diría?, beneficiosa para la comunidad. Ha dado la libertad a su familia: Ahora tendrán la posibilidad de desarrollarse. Todos ellos son, en mi opinión, personas inteligentes y de buen carácter. ¡Ahora podrán ser útiles a la sociedad! Tal como yo lo veo, de la muerte de la señora Boynton resultan tan sólo cosas buenas.

—Entonces, ¿está usted satisfecho? —preguntó Poirot por tercera vez.

—No. —Gerard descargó un puñetazo sobre la mesa—. No estoy «satisfecho», como usted dice. Mi instinto me empuja a salvar vidas, no a acelerar la muerte. Por lo tanto, aunque, conscientemente, mi razón me dice que la muerte de esa mujer ha sido un bien, mi inconsciente se rebela contra ella. No es justo, caballeros, que un ser humano muera antes de que haya llegado su hora.

Poirot sonrió. Se echó hacia atrás, contento con esta respuesta, que, con tanta paciencia, había conseguido obtener.

El coronel Carbury dijo en tono indiferente:

—¡A él no le gusta el crimen! ¡Estupendo! ¡A mí tampoco!

Se levantó y se sirvió un *whisky* con soda. Los vasos de sus invitados todavía estaban llenos.

—Y ahora —dijo, volviendo sobre el tema—, vayamos al grano. ¿Hay algo que podamos hacer? ¡A ninguno de nosotros nos gusta este asunto! ¡Pero tendremos que soportarlo! ¡No sirve de nada remover las cosas si no se puede sacar algo en claro!

Gerard se inclinó hacia delante.

—¿Cuál es su opinión profesional, señor Poirot? Usted es un experto.

Poirot se tomó su tiempo antes de responder. Metódicamente dispuso sobre la mesa un par de ceniceros e hizo un pequeño montón con las cerillas usadas. Entonces, dijo:

—Usted desea saber quién mató a la señora Boynton, ¿no es así, coronel Carbury? (Es decir, si fue asesinada, en vez de fallecer de muerte natural). Exactamente cómo y cuándo la mataron y, en definitiva, toda la verdad de este asunto.

—En efecto. Eso es lo que quiero saber —declaro, impasible, Carbury.

—No veo ninguna razón por la cual no vaya usted a saberlo —dijo lentamente Hércules Poirot.

El doctor Gerard parecía incrédulo. El coronel Carbury, discretamente interesado.

—¡Oh! —dijo—. ¿De veras? Interesante. ¿Y por dónde se propone empezar?

—Por un metódico examen de las evidencias, por un proceso de razonamiento.

—Me gusta —dijo el coronel Carbury.

—Y por un estudio de las posibilidades psicológicas.

—Eso le gustará al doctor Gerard, espero —dijo Carbury—. Y después de todo eso, después de haber examinado las pruebas, de haber razonado y haber chapoteado en la psicología, ¿cree que por el hilo podrá sacar el ovillo?

—Me sorprendería mucho no poder hacerlo —dijo Poirot con toda tranquilidad.

El coronel Carbury lo miró fijamente por encima del borde de su vaso. Sólo por un momento, aquellos ojos indefinidos dejaron de serlo y examinaron y midieron al detective.

Con un gruñido, dejó el vaso sobre la mesa.

—¿Qué dice usted a eso, doctor Gerard?

—Admito que soy un poco escéptico con relación a nuestras posibilidades de éxito… Sí, ya sé que el señor Poirot tiene excelentes facultades…

—Estoy bien dotado, es cierto —dijo el hombrecillo y sonrió modestamente. El coronel Carbury volvió la cabeza y tosió.

Poirot dijo:

—Lo primero que hay que hacer es determinar si se trata de un crimen colectivo, es decir, si fue planeado y llevado a cabo por la familia Boynton al completo, o si es obra tan sólo de uno de ellos. Si fuera este el caso, habría que decidir cuál es el miembro de la familia que tiene más probabilidades de haberlo cometido.

—Tenemos la prueba que usted aportó —dijo el doctor Gerard —. Yo creo que el principal sospechoso es Raymond Boynton.

—De acuerdo —dijo Poirot—. Las palabras que yo escuché y las discrepancias entre su declaración y la de la joven doctora lo colocan a la cabeza de los posibles sospechosos. Fue la última persona que vio a la señora Boynton con vida, según su propia versión de los hechos. Sarah King lo contradice. Dígame, doctor Gerard, ¿existe… eh… ya sabe lo que quiero decir… cierta *tendresse*

entre ellos?

El francés asintió.

—Sí, sin ningún género de dudas.

—¡Ajá! Ella es una morenita con melena larga peinada hacia atrás desde la frente, ojos grandes de color avellana y temperamento decidido, ¿verdad?

El doctor Gerard parecía un tanto sorprendido.

—Sí. La ha descrito usted perfectamente.

—Me parece que la vi en el Hotel Salomón. Estaba hablando con el tal Raymond Boynton y después él se quedó plantado… como en un sueño, bloqueando la salida del ascensor. Tuve que decir tres veces *pardon* antes de que me oyera y se apartara.

Se quedó pensativo durante unos momentos. Después dijo:

—Así pues, para empezar, aceptaremos el informe médico de la señorita Sarah King con ciertas reservas. Es parte interesada.

Hizo una pausa y siguió:

—Dígame, doctor Gerard, ¿cree usted que Raymond Boynton sería capaz de cometer fácilmente un asesinato?

—¿Quiere decir un crimen planeado deliberadamente? —dijo Gerard con lentitud—. Sí, me parece posible. Pero sólo bajo unas condiciones de presión emocional excesiva.

—¿Existían esas condiciones?

—Sin duda. Este viaje al extranjero incrementó la tensión nerviosa y mental que soportaban todos los miembros de la familia. El contraste entre sus propias vidas y las de otras personas se les hizo mucho más palpable. Y en el caso de Raymond Boynton…

—¿Sí?

—Las cosas se complicaban aún más debido a la fuerte atracción que sentía por Sarah King.

—¿Eso le habría dado un motivo adicional, un nuevo estímulo?

—Así lo creo.

El coronel Carbury carraspeó.

—Permitan que les interrumpa. Aquellas palabras que usted le oyó pronunciar: «Lo ves, ¿verdad? Hay que matarla», tuvo que decírselas a alguien.

—Buena observación —dijo Poirot—. No me había olvidado de eso. Sí, ¿con quién estaba hablando Raymond Boynton? Sin duda, era un miembro de su familia, pero ¿cuál? Doctor, ¿puede decirnos

algo del estado mental de los otros hermanos? —Gerard replicó en seguida:

—Carol Boynton se encontraba, poco más o menos, en las mismas condiciones que Raymond: una actitud de rebeldía acompañada de una fuerte excitación nerviosa, pero, en su caso, sin la complicación que supone el factor de la atracción sexual. Lennox Boynton había pasado ya la fase de rebeldía. Estaba hundido en la apatía y, en mi opinión, le costaba trabajo concentrarse. Su manera de reaccionar contra lo que le rodeaba consistía en encerrarse cada vez más en sí mismo. Era definitivamente un ser introvertido.

—¿Y su esposa?

—Su mujer, aunque cansada y desdichada, no daba muestras de sufrir conflictos mentales. Creo que estaba vacilante y a punto de tomar una decisión.

—¿Qué decisión?

—La de abandonar a su marido.

Repitió la conversación que había mantenido con Jefferson Cope. Poirot movió la cabeza.

—¿Y qué hay de la más joven? Se llama Ginebra, ¿no es así? El rostro del francés expresaba gravedad.

—Creo que mentalmente se halla en un estado muy peligroso —dijo—. Ha comenzado ya a presentar síntomas de esquizofrenia. Incapaz de soportar la anulación de su propia vida, está empezando a escapar hacia un mundo de fantasía. Imagina que la persiguen; dice que es una princesa real, que está en peligro, rodeada de enemigos… ¡Lo de siempre!

—¿Y eso es peligroso?

—Mucho. Es el principio de lo que llamamos manía homicida. El enfermo mata no por el ansia de matar, sino en defensa propia. Mata para que no lo maten a él. Desde su punto de vista, es algo totalmente racional y lógico.

—Entonces, ¿cree que Ginebra Boynton pudo asesinar a su madre?

—Sí, pero dudo mucho que tuviera los conocimientos o la capacidad mental para hacerlo del modo en que suponemos fue cometido el crimen. La astucia de los que padecen este tipo de manía es bastante limitada. ¡Estoy casi seguro de que ella habría elegido un método más espectacular!

—¿Pero es una posible culpable? —insistió Poirot.

—Sí —admitió Gerard.

—Y después, cuando ya estaba hecho, ¿cree usted que el resto de la familia sabía quién era el responsable?

—¡Lo saben! —dijo el coronel Carbury inesperadamente—. ¡Si alguna vez he visto personas que tengan cosas que ocultar, son estas! ¡Todos esconden algo!

—Haremos que nos digan lo que es —dijo Poirot.

—¿El tercer grado? —dijo el coronel Carbury.

—No —replicó Poirot moviendo la cabeza—. Conversación, simple y llana. En general, la gente acaba contándote la verdad. ¡Es más fácil! ¡Las facultades inventivas se ven menos presionadas! Puedes decir una mentira, o dos, o tres, o incluso cuatro, pero no puedes mentir continuamente. Y así, la verdad sale a relucir por sí sola.

—Es una buena idea —aprobó Carbury.

Después dijo francamente:

—¿Dice usted que hablará con ellos? Eso significa que está deseando encargarse del asunto.

Poirot inclinó la cabeza.

—Pero dejemos las cosas bien claras —dijo—. Lo que ustedes piden, y lo que yo me comprometo a darles, es la verdad. No olviden que, aun en el caso de que lleguemos a desentrañar la verdad, tal vez no consigamos pruebas. O sea, nada que pueda ser aceptado por un tribunal de justicia. ¿Lo entienden?

—Bastante bien —dijo Carbury—. Usted me informa acerca de lo que sucedió realmente. Después seré yo quien decida si es posible emprender alguna acción o no, teniendo en cuenta todos los aspectos referentes a las relaciones internacionales. De todos modos, todo quedará aclarado. No habrá embrollos. No me gustan los embrollos.

Poirot sonrió.

—Una cosa más —dijo Carbury—. No me es posible darle mucho tiempo. No puedo retener aquí a esas personas indefinidamente.

Poirot dijo con toda tranquilidad:

—Puede retenerlos durante veinticuatro horas. Mañana por la noche tendrá la verdad.

El coronel Carbury lo miró fijamente y con dureza.

—Está usted muy seguro de sí mismo, ¿no? —preguntó.

—Conozco mi habilidad —murmuró Poirot.

Incómodo ante esta actitud tan poco británica, el coronel Carbury miró hacia otro lado y se tocó el descuidado bigote.

—Bueno —murmuró—, depende de usted.

—¡Y si lo consigue, amigo mío —dijo Gerard—, es que es usted una auténtica maravilla!

Capítulo IV

Sarah King miró largamente a Hércules Poirot, con expresión interrogante. Observó su cabeza en forma de huevo, sus gigantescos bigotes, su aspecto de dandi y la sospechosa negrura de su cabello. Una mirada de duda asomó a sus ojos.

—Y bien, *mademoiselle*, ¿está usted satisfecha?

Sarah enrojeció al encontrarse con la mirada irónica y divertida del detective.

—Perdóneme, ¿cómo dice? —dijo torpemente.

—¡*Du tout*! Para usar una expresión que he aprendido hace poco, está usted pasándome revista, ¿no es cierto?

Sarah sonrió levemente.

—Bueno, de todos modos usted puede hacer lo mismo conmigo —dijo.

—Por supuesto. No he dejado de hacerlo.

Ella lo miró con aspereza. Había algo desagradable en el tono que empleaba. Pero Poirot estaba retorciéndose los bigotes con gran complacencia y Sarah pensó (por segunda vez): «¡Este hombre es un saltimbanqui!».

Recuperada la confianza en sí misma, se irguió en su silla y dijo en tono inquisitivo:

—Me parece que no acabo de entender el motivo de esta entrevista.

—¿El bueno del doctor Gerard no se lo explicó?

—No comprendo al doctor Gerard —dijo Sarah frunciendo el ceño—. Parece creer que…

—«Algo está podrido en el reino de Dinamarca». —Citó Poirot—. Como ve, conozco a Shakespeare.

Sarah se desentendió de Shakespeare.

—¿A qué se debe exactamente todo este jaleo? —preguntó.

—*Eh bien*, todos queremos llegar a la verdad de este asunto, ¿no

es así?

—¿Se refiere usted a la muerte de la señora Boynton?

—Sí.

—¿No le parece que es demasiado ruido para tan pocas nueces? Claro que usted es un especialista, señor Poirot. Es natural que usted…

Poirot terminó la frase en su lugar.

—Es natural que yo sospeche que se ha cometido un crimen siempre que se me presenta una oportunidad.

—Bueno, sí… tal vez.

—¿A usted no le cabe ninguna duda con relación a la muerte de la señora Boynton?

Sarah se encogió de hombros.

—De verdad, señor Poirot, si hubiese usted venido a Petra se habría dado cuenta de que el viaje hasta allí es excesivamente agotador para una anciana que tiene problemas cardíacos.

—¿Le parece que lo sucedido es algo perfectamente normal?

—Por supuesto. No me explico la actitud del doctor Gerard. Ni siquiera se enteró cuando ocurrió. Estaba enfermo, con fiebre. Como es natural, yo reconocería la superioridad de sus conocimientos médicos, pero en este caso no tiene nada en qué apoyarse. Si no están satisfechos con mi dictamen, supongo que podrán solicitar una autopsia en Jerusalén.

Poirot guardó silencio durante un minuto y después dijo:

—Hay un hecho, señorita King, del que usted todavía no sabe absolutamente nada. El doctor Gerard no se lo ha contado.

—¿De qué se trata? —preguntó Sarah.

—Una cantidad de cierta droga, digitoxín, le fue sustraída al doctor Gerard de su botiquín de viaje.

—¡Oh!

Rápidamente, Sarah comprendió el giro que aquel nuevo dato daba al suceso. Con la misma rapidez incidió en un punto dudoso.

—¿Está el doctor Gerard seguro de lo que dice? —preguntó.

Poirot se encogió de hombros.

—Como usted ya debe de saber por propia experiencia, *mademoiselle*, un médico acostumbra a ser muy cuidadoso con sus afirmaciones.

—Sí, desde luego. Eso es evidente. Pero en aquellos momentos,

el doctor Gerard estaba guardando cama a causa de una malaria.

—Es cierto.

—¿Tiene alguna idea de cuándo pudieron haberle robado la droga?

—Dice que la noche de su llegada a Petra abrió el botiquín en busca de fenacetina.

Por lo visto, le dolía mucho la cabeza. Y está casi seguro de que, cuando volvió a poner la fenacetina en su sitio, a la mañana siguiente, todas las drogas estaban intactas.

—¿Casi seguro? —dijo Sarah.

Poirot se encogió de hombros.

—¡Sí, hay un rastro de duda! La duda que cualquier hombre honrado tendría.

Sarah asintió.

—Sí, lo sé. Siempre hay que desconfiar de la gente que está demasiado segura de algo. Pero de todos modos, señor Poirot, la evidencia es muy leve. En mi opinión…

Se detuvo. Poirot terminó la frase.

—En su opinión, mi investigación es improcedente.

Sarah lo miró directamente a la cara.

—Francamente, sí. ¿Está seguro de no estar fantaseando?

Poirot sonrió.

—La vida privada de una familia se ve desagradablemente turbada, sólo para que Hércules Poirot pueda divertirse jugando a los detectives, ¿es así cómo piensa?

—No quería ofenderle, pero ¿acaso no hay algo de eso?

—Entonces, usted está del lado de la familia Boynton, señorita.

—Supongo que sí. Todos han sufrido mucho. Deberían dejarles en paz.

—Y en cuanto a la *madame*, era antipática, tiránica, desagradable y, sin lugar a dudas, está mejor muerta que viva. Eso también, ¿*hein*?

—Dicho de esa forma… —Sarah hizo una pausa y enrojeció—. No creo que se deba tener eso en cuenta.

—Pero, en cualquier caso, hay alguien que lo tiene en cuenta. Mejor dicho, usted lo tiene en cuenta. Yo… no. Para mí, da igual. La víctima podía ser una santa o un monstruo infame. No me importa. El hecho es uno y el mismo: una vida que ha sido…

arrebatada. Siempre digo lo mismo, no apruebo el asesinato.

—¿Asesinato? —Sarah contuvo la respiración—. ¿Pero qué pruebas hay de que sea un asesinato? ¡Las más endebles que se puedan imaginar! ¡Ni siquiera el doctor Gerard está totalmente seguro!

Con calma, Poirot replicó:

—Pero existen otras evidencias, *mademoiselle*.

—¿Qué clase de evidencias? —Su voz era áspera.

—La marca de un pinchazo en la muñeca de la mujer muerta, hecho con una aguja hipodérmica. Y algo más. Unas palabras que yo mismo escuché por azar en Jerusalén, una noche cuando iba a cerrar la ventana de mi cuarto. ¿Quiere saber cuáles fueron esas palabras, señorita King? Se lo voy a decir. Escuché al señor Raymond Boynton diciendo: «Lo ves, ¿verdad? Hay que matarla».

Observó cómo el color desaparecía del rostro de Sarah.

—¿Escuchó usted eso? —dijo.

—Sí.

La muchacha miró fijamente hacia lo lejos. Finalmente, dijo:

—¡Tenía que ser usted quien lo oyera!

Poirot asintió.

—Sí, tuve que ser yo. Son cosas que suceden. ¿Comprende ahora por qué creo que debe haber una investigación?

—Sí. Creo que tiene usted toda la razón —dijo Sarah quedamente.

—¿Me ayudará?

—Claro.

Su tono era indiferente, inexpresivo. Sus ojos se encontraron con los de él en una fría mirada.

Poirot hizo una reverencia.

—Gracias, *mademoiselle*. Ahora le pido que me cuente con sus propias palabras exactamente todo lo que recuerde de ese día.

Sarah meditó un instante.

—Déjeme ver. Por la mañana fui de excursión. Ninguno de los Boynton nos acompañó. Los vi a la hora de la comida. Estaban terminando cuando nosotros llegamos. La señora Boynton, cosa rara, parecía estar de muy buen humor.

—Deduzco que no acostumbraba a ser amistosa.

—En absoluto —dijo Sarah con una ligera mueca.

Después describió cómo la señora Boynton había dado la tarde libre a su familia.

—¿También eso era raro?

—Sí. Normalmente los mantenía a todos a raya a su alrededor.

—¿Cree, tal vez, que de repente sintió remordimientos… que tuvo lo que se llama un *bon moment*?

—No, no lo creo —declaró Sarah.

—Entonces, ¿qué es lo que cree?

—Estaba desconcertada. Sospeché que quería jugar al gato y al ratón.

—Si quisiera explicarse mejor, *mademoiselle*.

—Los gatos se divierten dejando libre al ratón, para después volver a cazarlo. La señora Boynton tenía esa mentalidad. Pensé que estaba preparando alguna vileza.

—¿Qué pasó después, *mademoiselle*?

—Los Boynton se marcharon…

—¿Todos?

—No; la más joven, Ginebra, se quedó. Su madre le ordenó que fuera a descansar.

—¿Y ella quería hacerlo?

—No. Pero eso no importaba. Hizo lo que le mandaron. Los otros salieron a pasear y el doctor Gerard y yo nos reunimos con ellos.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—Debían de ser las tres y media.

—¿Dónde estaba entonces la señora Boynton?

—Nadine, la joven señora Boynton, la había colocado en su silla, fuera de la cueva.

—Continúe.

—Al doblar el recodo del valle, el doctor Gerard y yo alcanzamos a los demás. Caminamos un trecho todos juntos. Luego, el doctor Gerard regresó al campamento. No tenía muy buen aspecto desde hacía ya un rato. Comprendí que era fiebre. Quise acompañarle, pero no me lo permitió.

—¿Qué hora era?

—Más o menos las cuatro, supongo.

—¿Y los demás?

—Seguimos el paseo.

—¿Todos juntos?

—Al principio, sí. Luego nos separamos. —Sarah habló más deprisa, como presintiendo la siguiente pregunta—. Nadine Boynton y el señor Cope se fueron por un lado y Carol, Lennox, Raymond y yo, por otro.

—¿Y siguieron así?

—Bueno… no. Raymond Boynton y yo nos separamos de los otros. Nos sentamos en una roca y estuvimos admirando el paisaje. Luego, él se fue y yo me quedé allí un rato más. Eran aproximadamente las cinco y media cuando miré el reloj y pensé que era mejor volver al campamento. Llegué allí a las seis. El sol estaba a punto de ponerse.

—¿Pasó junto a la señora Boynton?

—Observé que continuaba sentada junto a su cueva.

—¿No le extrañó que no se hubiera movido?

—No, porque ya la había visto sentada en el mismo sitio la noche anterior, cuando llegamos.

—Ya veo. *Continuez*.

—Fui a la carpa. Los demás, excepto el doctor Gerard, estaban todos allí. Fui a lavarme y volví. Sirvieron la cena y uno de los criados fue a llamar a la señora Boynton. Volvió a todo correr diciendo que estaba enferma. Yo salí deprisa y fui a verla. Estaba sentada en su silla como antes, pero en cuanto la toqué me di cuenta de que estaba muerta.

—¿No tuvo usted ninguna duda de que su muerte había sido natural?

—No, ninguna. Estaba enterada de que padecía una dolencia cardíaca, aunque nadie me había especificado de qué enfermedad se trataba.

—¿Pensó simplemente que había quedado muerta allí sentada en su sillón?

—Sí.

—¿Sin pedir socorro?

—Sí. A veces pasa. Pudo incluso morir mientras dormía. Es más que probable que se adormeciera. De todos modos, todo el mundo en el campamento estuvo haciendo la siesta durante la mayor parte de la tarde. Nadie la habría oído a no ser que hubiese llamado muy fuerte.

—¿Se formó alguna opinión acerca del tiempo que llevaba muerta?

—Bueno, la verdad es que no pensé demasiado en ello. Era evidente que llevaba ya un rato.

—¿Qué entiende usted por un rato? —preguntó Poirot.

—Pues… más de una hora. Quizá mucho más. El calor acumulado en la roca podría haber evitado que el cuerpo se enfriase rápidamente.

—¿Más de una hora? ¿Está usted enterada, *mademoiselle* King, de que Raymond Boynton habló con ella aproximadamente una media hora antes y que entonces estaba viva y se encontraba perfectamente?

Sarah evitó la mirada de Poirot. Pero movió negativamente la cabeza.

—Raymond debe de estar equivocado. Tiene que haber sido más pronto.

—No, *mademoiselle*, no lo era.

Lo miró rotundamente. De nuevo, Poirot observó la firmeza de su boca.

—Bueno —dijo Sarah—. Soy joven y no tengo mucha experiencia con cadáveres. Pero sé lo bastante para estar segura de una cosa: ¡La señora Boynton llevaba muerta al menos una hora cuando yo examiné su cuerpo!

—Esa es su versión —dijo inesperadamente Poirot— y está usted dispuesta a aferrarse a ella. Entonces, dígame por qué Raymond Boynton dice que su madre estaba viva cuando, de hecho, estaba muerta.

—No tengo ni idea —dijo Sarah—. Seguramente todos ellos se equivocan con relación a las horas. ¡Es una familia muy nerviosa e imaginativa!

—¿Cuántas veces ha hablado usted con ellos, *mademoiselle*?

Sarah calló un momento, frunciendo el ceño.

—Puedo decírselo con toda exactitud —replicó—. Hablé con Raymond Boynton en el pasillo del tren cuando me dirigía a Jerusalén. Conversé dos veces con Carol Boynton, una en la Mezquita de Omar y otra aquella misma noche en mi cuarto. Hablé una vez con la señora Lennox Boynton a la mañana siguiente. Eso es todo, hasta la tarde en que murió la señora Boynton, cuando

salimos todos juntos a pasear.

—¿No tuvo ninguna charla con la propia señora Boynton?

Sarah enrojeció y se sintió incómoda.

—Sí. Cambié unas cuantas palabras con ella el día en que se marchaba de Jerusalén. En realidad, hice un poco el tonto.

—¿Ah?

La interrogación fue tan patente que, torpemente y a desgana, Sarah le hizo un resumen de la conversación.

Poirot pareció interesado e insistió:

—La mentalidad de la señora Boynton es muy importante para este caso —dijo—. Y usted es ajena a la familia. Una observadora objetiva. Por eso, lo que me ha contado de ella es muy significativo.

Sarah no respondió. Todavía se sentía sofocada e incómoda cuando pensaba en aquella entrevista.

—Gracias, *mademoiselle* —dijo Poirot—. Ahora hablaré con los otros testigos.

Sarah se levantó.

—Perdone, señor Poirot, quisiera hacerle una sugerencia…

—Por supuesto. Por supuesto.

—¿Por qué no aplaza todo este asunto hasta que se haya realizado la autopsia y se compruebe si sus sospechas son fundadas o no? Me parece que lo que está haciendo es algo así como poner el carro delante del caballo.

Poirot hizo un grandilocuente ademán.

—Este es el método de Hércules Poirot —anunció.

Apretando los labios, Sarah abandonó la habitación.

Capítulo V

Lady Westholme entró en la habitación con la seguridad de un trasatlántico llegando a puerto.

La señorita Annabel Pierce, un buque no identificado, siguió la estela del trasatlántico y se quedó un poco en segundo término, sentada en una silla más baja.

—No le quepa duda, señor Poirot —retumbó la voz de *lady* Westholme—, de que será para mí un gran placer ayudarle con todos los medios a mi alcance. Siempre he considerado que, en asuntos de este tipo, uno tiene un deber público que cumplir. —Después de que el deber público de *lady* Westholme ocupara la escena durante algunos minutos, Poirot tuvo la destreza de introducir una pregunta.

—Recuerdo perfectamente la tarde en cuestión —replicó *lady* Westholme—. La señorita Pierce y yo haremos lo posible por ayudarle.

—¡Oh, sí! —suspiró la señorita Pierce, casi en éxtasis—. ¡Qué trágico! ¿No? ¡Muerta en un abrir y cerrar de ojos!

—Tengan la bondad de explicarme exactamente lo que sucedió aquella tarde.

—Desde luego —dijo *lady* Westholme—. Después de comer, decidí hacer una pequeña siesta. La excursión de la mañana había sido un poco fatigosa. No es que estuviera realmente cansada. Yo raras veces me canso. No sé lo que es verdaderamente la fatiga. Uno está a menudo obligado, en actos públicos, a despecho de cómo se sienta… —Poirot volvió a intervenir con destreza.

—Como le decía, pensé en echar una siesta. La señorita Pierce estuvo de acuerdo conmigo.

—¡Oh, sí! —suspiró la señorita Pierce—. Estaba terriblemente cansada después de lo de esta mañana. ¡Una escalada tan peligrosa y, a pesar de su interés, tan agotadora! Creo que no soy tan fuerte

como *lady* Westholme.

—La fatiga —dijo *lady* Westholme—, como cualquier otra cosa, puede ser vencida. Yo nunca me rindo a mis necesidades físicas.

Poirot dijo:

—¿De manera que, después de comer, ustedes dos fueron a sus tiendas?

—Sí.

—¿Estaba entonces la señora Boynton sentada a la entrada de su cueva?

—Su nuera la ayudó a colocarse allí antes de marcharse.

—¿Podían verla desde donde estaban?

—¡Oh, sí! —contestó la señorita Pierce—. Estaba frente a nosotras, sólo que un poco alejada y más arriba.

Lady Westholme aclaró la explicación.

—Las cuevas daban a un repecho, en la montaña. Bajo el saliente había algunas tiendas. Después venía un pequeño riachuelo y al otro lado estaban la carpa y algunas tiendas más. La señorita Pierce y yo teníamos las tiendas cerca de la carpa. Ella estaba a la derecha y yo a la izquierda. Nuestras tiendas se abrían de cara a la montaña, pero, desde luego, esta se hallaba a bastante distancia.

—A unos doscientos metros, ¿no?

—Posiblemente.

—Tengo aquí un plano que he trazado con la ayuda del guía, Mahmoud.

Lady Westholme señaló que, en ese caso, probablemente estaría equivocado.

—Ese hombre no acierta en nada. He comprobado sus explicaciones con mi Baedeker. Y más de una vez la información que nos daba era absolutamente incorrecta.

—Según mi plano —dijo Poirot—, la cueva que estaba al lado de la de la señora Boynton se hallaba ocupada por su hijo Lennox y la esposa de este. Raymond, Carol y Ginebra Boynton estaban instalados en las tiendas que hay justo debajo, pero hacia la derecha. De hecho, prácticamente enfrente de la carpa. A la derecha de la de Ginebra Boynton estaba la tienda del doctor Gerard y junto a la de este, la de la señorita King. Al otro lado del riachuelo, en el lado izquierdo de la carpa, estaban usted y el señor Cope. La señorita Pierce, como usted dijo, estaba instalada a la derecha de la

carpa. ¿Es correcto?

Lady Westholme reconoció, de mala gana, que lo era.

—Muchas gracias. Todo está claro. Tenga la bondad de seguir, *lady* Westholme.

—Hacia las cuatro menos cuarto, fui a la tienda de la señorita Pierce para ver si estaba despierta y tenía ganas de dar un paseo. Estaba a la puerta de su tienda, leyendo. Decidimos salir una media hora después, cuando hiciera menos calor. Volví a mi tienda y estuve leyendo durante unos veinticinco minutos. Después salí otra vez y fui a reunirme con la señorita Pierce. Estaba ya lista y emprendimos la marcha. Todo el mundo en el campamento parecía dormir. No había nadie por los alrededores, y viendo que la señora Boynton seguía sentada allá arriba, le sugerí a la señorita Pierce que, antes de irnos, subiéramos a preguntarle si necesitaba algo.

—Es verdad. Muy considerado de su parte, en mi opinión —murmuró la señorita Pierce.

—Lo consideré mi deber —dijo *lady* Westholme con gran complacencia.

—¡Para que después ella fuera tan grosera! —exclamó la señorita Pierce.

Poirot las miró con aire interrogante.

—Seguimos el camino que pasaba justo por debajo del saliente —explicó *lady* Westholme— y yo le grité desde abajo, diciéndole que nos íbamos a dar un paseo y preguntándole si podíamos hacer algo por ella antes de marcharnos. ¿Y sabe, señor Poirot? ¡La única respuesta que obtuvimos fue un gruñido! ¡Un gruñido! ¡Nos miró como si fuéramos… como si fuéramos basura!

—Fue vergonzoso —declaró la señorita Pierce ruborizándose.

—Tengo que confesar —dijo *lady* Westholme, enrojeciendo un poco a su vez— que entonces hice un comentario muy poco caritativo.

—Yo creo que estaba muy justificado —dijo la señorita Pierce—. Muy de acorde con las circunstancias.

—¿Cuál fue ese comentario? —preguntó Poirot.

—¡Le dije a la señorita Pierce que a lo mejor estaba bebida! La verdad es que su comportamiento era de lo más extraño. Lo había sido todo el tiempo. Pensé que tal vez la bebida tenía algo que ver. Los males que provoca el abuso del alcohol, como yo muy bien sé…

Hábilmente, Poirot desvió la conversación del tema de la bebida.

—¿Ese día en concreto, notaron algo especial en su manera de comportarse? ¿Por ejemplo, a la hora de comer?

—No —dijo *lady* Westholme pensando—. No, yo diría que ese día se comportó con toda normalidad, dentro de lo que cabe tratándose de una americana de esa clase —añadió condescendientemente.

—Se excedió mucho con aquel criado —dijo la señorita Pierce.

—¿Qué criado?

—No mucho antes de que nos fuéramos.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo. ¡Parecía estar enormemente enfadada con él! Claro que —continuó *lady* Westholme— estar rodeado de sirvientes que no entienden una palabra de inglés es muy molesto, pero lo que yo siempre digo es que cuando uno viaja tiene que hacer concesiones.

—¿Qué criado era? —preguntó Poirot.

—Uno de los beduinos del campamento. Supongo que la señora Boynton debió de enviarlo a buscar algo y le trajo una cosa por otra. No sé de qué se trataba exactamente, pero estaba furiosa. El pobre hombre se alejó de allí lo más rápido que pudo, mientras ella le gritaba y lo amenazaba con su bastón.

—¿Qué era lo que gritaba?

—Estábamos demasiado lejos para oírla. Al menos yo no entendí ni una palabra, ¿y usted señorita Pierce?

—No, tampoco. Creo que ella lo había enviado a buscar alguna cosa a la tienda de su hija menor… o quizá se enfadó con él precisamente por haber entrado en esa tienda. No podría decirlo exactamente.

—¿Qué aspecto tenía el beduino?

La pregunta iba dirigida a la señorita Pierce, que movió dubitativamente la cabeza.

—En realidad, no sé qué decirle. Estaba demasiado lejos. A mí todos estos árabes me parecen iguales.

—Era un hombre que superaba la estatura mediana —dijo *lady* Westholme—, y llevaba esa especie de tocado que usan los árabes. Vestía unos pantalones de montar muy raídos y llenos de remiendos. Verdaderamente horribles. Y llevaba las espinilleras enrolladas sin ningún cuidado. ¡Todo de cualquier manera! ¡Estos

hombres necesitan disciplina!

—¿Podría reconocer a ese hombre entre los demás sirvientes del campamento?

—Lo dudo. No le vimos la cara. Estaba demasiado lejos. Y, como dice la señorita Pierce, realmente todos estos árabes se parecen.

—Me gustaría saber qué fue lo que enfureció tanto a la señora Boynton —dijo Poirot con aire pensativo.

—A veces acaban con la paciencia de uno —dijo *lady* Westholme —. Uno de ellos se llevó mis zapatos, aunque le di a entender, por señas incluso, que prefería limpiármelos yo.

—Yo también lo hago siempre —dijo Poirot, distrayéndose por un momento de su interrogatorio—. Dondequiera que vaya, llevo lo necesario para limpiarme los zapatos. También llevo un trapo para el polvo.

—Igual que yo —*lady* Westholme parecía casi humana.

—Porque estos árabes nunca quitan el polvo a nada de lo que uno lleva.

—¡Nunca! Por supuesto, uno tiene que quitar el polvo de sus cosas tres o cuatro veces al día…

—Pero vale la pena.

—Sí, desde luego. No puedo soportar la suciedad.

Lady Westholme parecía absolutamente militante. Añadió con sentimiento:

—¡Las moscas, en los bazares, son terribles!

—Bueno, bueno —dijo Poirot, sintiéndose un poco culpable—. Pronto podremos averiguar por el sirviente qué fue lo que irritó a la señora Boynton. ¿Seguimos con su declaración?

—Paseamos a paso lento —dijo *lady* Westholme—. Y nos cruzamos con el doctor Gerard. Se tambaleaba y parecía muy enfermo. Enseguida me di cuenta de que tenía fiebre.

—Estaba temblando —añadió la señorita Pierce—. De los pies a la cabeza.

—Al momento comprendí que le estaba viniendo un ataque de malaria —dijo *lady* Westholme—. Me ofrecí a acompañarle al campamento y a prepararle una toma de quinina, pero me dijo que había traído con él su propia medicina.

—¡Pobre hombre! —exclamó la señorita Pierce—. Siempre me afecta mucho cuando veo a un doctor enfermo. Me parece todo un

terrible error.

—Seguimos andando —prosiguió *lady* Westholme—, y al final nos sentamos en una roca.

La señorita Pierce murmuró:

—Verdaderamente, estaba rendida después de los excesos de la mañana… la escalada…

—Yo nunca me canso —dijo *lady* Westholme con firmeza—. Pero no tenía sentido ir más lejos. Desde allí teníamos una vista maravillosa de los alrededores.

—¿Habían perdido de vista el campamento?

—No, estábamos sentadas justo enfrente.

—¡Tan romántico! —murmuró la señorita Pierce—. Un campamento arrojado en medio de las salvajes rocas de color rojizo.

Suspiró y meneó la cabeza.

—Ese campamento podría ser organizado mucho mejor de lo que está —dijo *lady* Westholme. Las aletas de su nariz de caballo se dilataron—. Tengo que comentárselo a los Castle. No estoy del todo segura de que hiervan y filtren el agua potable. Y así debería ser. Pienso decírselo.

Poirot carraspeó y desvió rápidamente la conversación del tema del agua potable.

—¿Vieron a alguna otra persona del grupo? —preguntó.

—Sí, el señor Boynton y su esposa pasaron frente a nosotras de regreso al campamento.

—¿Iban juntos?

—No. El señor Boynton pasó primero. Parecía como si le hubiera dado demasiado el sol en la cabeza. Andaba como si estuviera un poco atontado.

—La nuca —dijo la señorita Pierce—. Hay que protegerse la nuca. Yo siempre llevo puesto un pañuelo tupido de seda.

—¿Qué hizo el señor Lennox Boynton al volver al campamento? —preguntó Poirot.

Por una vez, la señorita Pierce se anticipó a *lady* Westholme.

—Fue directamente hacia su madre, pero no estuvo mucho rato con ella.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de minutos, como máximo.

—Yo diría que un minuto justo —intervino *lady* Westholme—.

Luego entró en su cueva y después bajó a la carpa.

—¿Y su esposa?

—Pasó aproximadamente un cuarto de hora después. Se detuvo un minuto y estuvo hablando con nosotras. Es muy cortés.

—A mí me parece muy simpática —dijo la señorita Pierce—. Muy simpática, de verdad.

—No es tan intratable como el resto de su familia —concedió *lady* Westholme.

—¿La vieron volver al campamento?

—Sí. Subió a ver a su suegra. Luego entró en su cueva, sacó una silla y se sentó a conversar con ella durante un rato, unos diez minutos, diría yo.

—¿Y luego?

—Luego volvió a meter la silla en la cueva y bajó a la carpa, donde estaba su marido.

—¿Qué pasó después?

—Pasó ese extraño norteamericano —dijo *lady* Westholme—. Creo que se llama Cope. Nos contó que justo al doblar el recodo del valle había unas ruinas, unas estupendas muestras de arquitectura de la época. Nos aconsejó que no dejáramos de ir a verlas. Así que fuimos. El señor Cope tenía en su poder un interesante artículo acerca de Petra y los nabateos.

—Fue todo de lo más interesante —declaró la señorita Pierce. *Lady* Westholme prosiguió:

—Hacia las seis menos veinte, volvimos paseando hasta el campamento. Empezaba a hacer frío.

—¿La señora Boynton seguía sentada en el mismo lugar?

—Sí.

—¿Le hablaron?

—No. En realidad casi no me fijé en ella.

—¿Qué hicieron luego?

—Yo fui a mi tienda, me cambié de zapatos y saqué mi paquete de té chino. Después fui a la carpa. Encontré allí al guía y le encargué que preparase un té para la señorita Pierce y para mí con el té que yo llevaba. También le indiqué que se asegurara de que el agua estuviese hirviendo. Objetó que la cena estaría lista en media hora (los chicos estaban poniendo la mesa en ese momento), pero yo le dije que daba igual.

—Yo siempre digo que una taza de té lo cambia todo —murmuró vagamente la señorita Pierce.

—¿Había alguien más en la carpa?

—¡Oh, sí! El señor y la señora Lennox Boynton estaban sentados en un extremo, leyendo. Y Carol Boynton también estaba allí.

—¿Y el señor Cope?

—Tomó el té con nosotras —explicó la señorita Pierce—, aunque dijo que el té no era una costumbre americana.

Lady Westholme tosió.

—Yo llegué a temer que el señor Cope se convirtiera en una molestia; que pudiera pegarse a mí como una lapa. A veces, cuando uno viaja, es difícil mantener a la gente a una distancia prudencial. Pienso que hay algunas personas que tienen cierta tendencia a abusar. ¡Los americanos, especialmente, suelen ser bastante pesados!

Poirot murmuró suavemente:

—Estoy seguro, *lady* Westholme, de que es usted perfectamente capaz de salir airosa de las situaciones de ese tipo. No me cabe duda de que, cuando las amistades que hace durante sus viajes ya no les son útiles, es usted partidaria de quitárselas de encima.

—Creo que soy capaz de salir airosa de la mayoría de las situaciones —dijo *lady* Westholme con tono complacido.

El centelleo de los ojos de Poirot se perdía en ella.

—¿Le importaría terminar de contar lo que pasó ese día? —murmuró Poirot.

—Desde luego. Si no recuerdo mal, Raymond Boynton y su pelirroja hermana menor llegaron poco después. La señorita King fue la última en aparecer. La cena estaba ya lista para ser servida. El guía envió a uno de los criados para que avisara a la vieja señora Boynton. El hombre volvió corriendo con uno de sus compañeros. Estaba bastante agitado y se dirigió al guía hablando en árabe. Oí algo acerca de que la señora Boynton estaba enferma. La señorita King ofreció sus servicios. Salió con el guía. Luego volvió y dio la noticia a los Boynton.

—Lo hizo muy bruscamente —añadió la señorita Pierce—. Simplemente lo soltó. Yo, personalmente, creo que hubiera sido mejor decírselo de una forma más gradual.

—¿Y cómo tomaron la noticia los hijos de la señora Boynton? —

preguntó Poirot.

Por una vez, ni *lady* Westholme ni la señorita Pierce supieron muy bien qué replicar. Al final, en un tono carente de su habitual seguridad, la primera dijo:

—Bueno, en realidad, es difícil de decir. Se quedaron muy… muy tranquilos.

—Anonadados —dijo la señorita Pierce.

Fue una sugerencia más que una respuesta.

—Todos salieron con la señorita King —siguió *lady* Westholme —. La señorita Pierce y yo, muy prudentemente, permanecimos donde estábamos.

En los ojos de la señorita Pierce se apreciaba, en ese momento, una mirada ligeramente triste.

—¡Detesto la curiosidad vulgar! —prosiguió *lady* Westholme.

La mirada triste se hizo más evidente. ¡Estaba claro que la señorita Pierce se había visto forzada a odiar también la curiosidad vulgar!

—Cuando el guía y la señorita King regresaron —concluyó *lady* Westholme—, propuse que nos sirvieran la cena a los cuatro en seguida, a fin de que luego los Boynton pudieran cenar solos en la carpa, sin el embarazo de la presencia de unos extraños. Mi sugerencia fue aceptada y después de cenar me retiré a mi tienda. La señorita King y la señorita Pierce hicieron lo mismo. Según creo, el señor Cope permaneció en la carpa, ya que es amigo de la familia y pensó que podría serles de alguna ayuda en aquellos momentos. Esto es todo cuanto sé, señor Poirot.

—¿Recuerda si, cuando la señorita King dio a los Boynton la noticia de la muerte de su madre, todos salieron detrás de ella?

—Sí… No, ahora que lo menciona, me parece que la chica pelirroja se quedó en la carpa. ¿No lo recuerda usted, señorita Pierce?

—Sí, eso creo… Estoy prácticamente segura de que así fue.

—¿Y qué hizo? —preguntó Poirot.

Lady Westholme lo miró fijamente.

—¿Qué hizo? Que yo recuerde, señor Poirot, no hizo absolutamente nada.

—Quiero decir si estaba cosiendo… o leyendo…, si parecía ansiosa… ¿Dijo algo?

—Bueno, la verdad es que… —*lady* Westholme frunció el ceño —. Por lo que yo recuerdo, se quedó allí sentada y nada más.

—Se retorcía las manos —intervino repentinamente la señorita Pierce—. Recuerdo que me fijé en eso. «¡Pobre criatura —pensé— está manifestando lo que siente!». No es que su cara mostrara nada, ¿sabe?, eran tan sólo sus manos, retorciéndose y crispándose. Recuerdo que una vez —continuó la señorita Pierce en tono de charla— yo misma destrocé un billete de una libra de esa manera, sin pensar lo que estaba haciendo. Una tía abuela mía se había puesto repentinamente enferma. Y yo pensaba: «¿Debo coger el primer tren e ir a verla o no debo hacerlo?». No lograba decidirme por una cosa o por otra. Creí que era el telegrama lo que tenía entre las manos y, cuando bajé la vista, me di cuenta de que lo que estaba destrozando era un billete de una libra ¡Un billete de una libra! ¡Hecho pedazos!

La señorita Pierce hizo una dramática pausa.

Desaprobando esta salida de escena de su satélite, *lady* Westholme preguntó fríamente:

—¿Desea algo más, señor Poirot?

El detective estaba en Babia, absorto en sus meditaciones, y dio un respingo.

—No, nada más… nada más. Han sido ustedes muy claras y muy precisas.

—Tengo una excelente memoria —dijo *lady* Westholme con satisfacción.

—Un último ruego, *lady* Westholme —dijo Poirot—. Por favor, quédese sentada tal como está, sin volver la vista. Y ahora, si fuera usted tan amable de describirme lo que lleva puesto hoy la señorita Pierce…, es decir, si la señorita Pierce no tiene inconveniente.

—En absoluto, señor Poirot —gorjeó la señorita Pierce.

—¿Cree usted, señor Poirot, que realmente tiene algún sentido…?

—Por favor, tenga la bondad de hacer lo que le pido, *madame*.

Lady Westholme se encogió de hombros y luego contestó a regañadientes.

—La señorita Pierce lleva un vestido de algodón a rayas azules y blancas y un cinturón sudanés de cuero, de color rojo, azul y *beige*. Las medias son de seda *beige* y los zapatos con correa, de color

castaño. En la media izquierda tiene una carrera. Lleva un collar de cornalinas y otro de cuentas de color azul marino y un broche con una mariposa de nácar. En el dedo corazón de su mano derecha, lleva un anillo de escarabajo de imitación. El sombrero es de fieltro marrón y rosa.

Hizo una pausa para gozar de su triunfo y preguntó fríamente:

—¿Algo más, señor Poirot?

Este extendió las manos en un gesto de asombro.

—Tiene usted toda mi admiración, señora. Es una observadora de primer orden.

—Raras veces se me escapan los detalles.

Lady Westholme se levantó y, después de una leve inclinación de cabeza, abandonó la estancia. La señorita Pierce se disponía a ir tras ella, mirando tristemente su pierna izquierda. Poirot dijo:

—¿Tiene usted un momento, *mademoiselle*?

—¿Sí?

La señorita Pierce alzó la vista y en sus ojos había cierta aprehensión. Poirot se inclinó hacia ella con aire confidencial.

—¿Ve usted el ramo de flores silvestres que está sobre la mesa?

—Sí —contestó la señorita Pierce mirándolo fijamente.

—¿Observó que, cuando entraron ustedes, estornudé un par de veces?

—¿Sí?

—¿Se dio cuenta de si había estado oliendo esas flores justo antes?

—Bueno, la verdad es que no. No podría decirlo.

—¿Pero se acuerda de que estornudé?

—¡Oh, sí! De eso sí me acuerdo.

—En fin, no importa. Me preguntaba tan sólo si estas flores podrían producir la fiebre del heno. ¡No tiene importancia!

—¿La fiebre del heno? —exclamó la señorita Pierce—. ¡Yo tenía una prima que era una verdadera mártir de esa dolencia! Siempre decía que si te pulverizabas la nariz cada día con una solución de ácido bórico…

Con alguna dificultad, Poirot dio carpetazo al tratamiento nasal de la prima y se deshizo de la señorita Pierce. Cerró la puerta y volvió al centro de la habitación con las cejas arqueadas.

—Pero yo no estornudé —murmuró—. ¡Hasta ahí podíamos

llegar! No, no estornudé.

Capítulo VI

Lennox Boynton entró en la habitación. De haber estado allí, el doctor Gerard se habría asombrado del cambio que se advertía en aquel hombre. La apatía había desaparecido. Su comportamiento era el de una persona despierta, aunque estaba algo nervioso. Sus ojos iban rápidamente de un lado a otro de la habitación.

—Buenos días, señor Boynton. —Poirot se puso en pie y, ceremoniosamente, hizo una leve reverencia. Lennox respondió con cierta cortedad—. Le agradezco que me conceda esta entrevista.

—Eh… el coronel Carbury consideró conveniente que yo hablase con usted…, me lo aconsejó. Dijo que eran sólo unas formalidades… —Lennox hablaba con cierta inseguridad.

—Por favor, siéntese, señor Boynton.

Lennox se sentó en la silla que había dejado libre *lady* Westholme. Poirot prosiguió en tono desenfadado.

—La muerte de su madre debe de haber supuesto un duro golpe para usted, ¿verdad?

—Sí, desde luego… Claro que, quizá no. Siempre supimos que el corazón de mi madre no era fuerte.

—¿Le pareció prudente, en tales circunstancias, permitirle tomar parte de una expedición tan agotadora?

Lennox Boynton levantó la cabeza. Con triste dignidad, replicó:

—Mi madre, señor… eh… Poirot, tomaba sus propias decisiones. Si se proponía hacer una cosa no había manera de oponerse.

Al decir las últimas palabras, aspiró con fuerza. De pronto, su rostro palideció.

—Ya sé —admitió Poirot— que las ancianas suelen ser un poco tozudas.

Irritado, Lennox preguntó:

—¿A qué viene todo esto? Eso es lo que quiero saber. ¿Por qué todas estas formalidades?

—Creo que no se da usted cuenta, señor Boynton, de que, en los casos en los que se dan muertes súbitas e inexplicables, las formalidades son necesarias.

—¿Qué quiere decir con eso de muertes «inexplicables»? —dijo Lennox con aspereza.

Poirot se encogió de hombros.

—Siempre hay que tener en cuenta una cuestión: ¿se trata de muerte natural o puede haber sido un suicidio?

—¿Suicidio? —Lennox Boynton lo miró fijamente.

Poirot dijo en tono ligero:

—Usted es, por supuesto, la persona que mejor sabrá decirnos si existe esa posibilidad. Como es lógico, el coronel Carbury no sabe qué hacer. Es él quien tiene que decidir si hay que ordenar una investigación, una autopsia, y todo lo demás. Como yo estaba casualmente aquí y tengo mucha experiencia en estos casos, me pidió que indagara un poco y le aconsejara en este asunto. Por supuesto, el coronel no desea causarles ninguna molestia, si puede evitarse.

Irritado, Lennox Boynton replicó:

—Pienso telegrafiar a nuestro cónsul en Jerusalén.

—Tiene usted derecho a hacerlo —replicó Poirot con indiferencia.

Hubo una pausa. Después Poirot separó las manos y dijo:

—Si no desea contestar a mis preguntas…

—No, no tengo inconveniente —se apresuró a contestar Lennox —. Lo que ocurre es que todo esto me parece innecesario.

—Lo comprendo. Lo comprendo perfectamente. Pero, en realidad, todo es muy sencillo. Simple rutina, como se suele decir. Así pues, señor Boynton, la tarde en que murió su madre tengo entendido que abandonó usted el campamento y fue a dar un paseo.

—Sí. Salimos todos, menos mi madre y mi hermana menor.

—¿Su madre estaba entonces sentada a la entrada de la cueva?

—Sí, justo a la entrada. Se sentaba allí todas las tardes.

—Entiendo. ¿A qué hora salieron?

—Poco después de las tres, me parece.

—¿Y a qué hora regresaron?

—La verdad es que no lo recuerdo. Quizá las cuatro, o las cinco.

—¿Unas dos horas después de haberse marchado?

—Sí, creo que sí. Más o menos.

—¿Se cruzó con alguien en el camino de vuelta?

—¿Cómo dice?

—Si vio a alguien al volver. Dos señoras sentadas en una roca, por ejemplo.

—No sé… sí, creo que sí.

—¿Estaba quizá demasiado absorto en sus pensamientos para fijarse en ellas?

—Sí.

—¿Habló con su madre al volver al campamento?

—Sí.

—¿No se quejó de nada? ¿No dijo si se sentía enferma?

—No… Parecía estar perfectamente.

—¿Puede decirme lo que ocurrió exactamente entre usted y ella?

Lennox tardó un minuto en contestar.

—Me dijo que había vuelto muy pronto. Yo contesté que sí —hizo una nueva pausa en el esfuerzo por concentrarse—. Que hacía calor. Ella me preguntó qué hora era y me dijo que su reloj de pulsera se había parado. Se lo quité, le di cuerda, lo puse en hora y se lo coloqué otra vez en la muñeca.

Suavemente, Poirot lo interrumpió para preguntarle:

—¿Y qué hora era?

—¿Eh? —dijo Lennox.

—¿Qué hora era cuando ajustó el reloj de pulsera de su madre?

—¡Oh, sí! Eran las cinco menos veinticinco.

—Entonces, sí que sabe exactamente a qué hora volvió al campamento —dijo Poirot gentilmente.

Lennox enrojeció.

—¡Sí! ¡Qué tonto soy! Discúlpeme, señor Poirot. Creo que tengo la cabeza en otra parte. Todas estas preocupaciones…

Poirot se apresuró a replicar:

—Lo entiendo… ¡Lo entiendo perfectamente! Todo esto es muy doloroso para usted. ¿Qué pasó después?

—Le pregunté a mi madre si deseaba algo. Un refresco, un té, un café… Contestó que no. Entonces me dirigí a la carpa. No se veía a ningún criado, pero encontré algo de agua soda y me la bebí. Estaba sediento. Me senté a leer algunos números atrasados del *Saturday Evening Post* y debí de adormilarme.

—¿Su esposa se reunió con usted en la carpa?

—Sí, llegó poco después.

—¿Y ya no volvió a ver viva a su madre?

—No.

—Cuando estuvo hablando con ella, ¿dio alguna muestra de inquietud o pesadumbre?

—No, estaba como siempre.

—¿No le mencionó ningún problema o incidente con alguno de los criados?

Lennox lo miró fijamente.

—No, no me dijo nada.

—¿Y eso es todo lo que puede decirme?

—Me temo que sí.

—Gracias, señor Boynton.

Poirot inclinó la cabeza en señal de que la entrevista había terminado. Lennox no parecía muy deseoso de marcharse. Al llegar a la puerta, se detuvo, vacilante.

—Eh… ¿Es eso todo? ¿No desea nada más?

—Nada. Si fuera tan amable de pedirle a su esposa que viniera.

Lennox salió muy despacio. En el cuaderno de notas que tenía junto a él, Poirot escribió:

«L. B. 4.35».

Capítulo VII

Poirot miró con interés a la alta y atractiva joven que entró en la habitación. Se levantó y se inclinó hacia ella educadamente.

—¿Señora Lennox Boynton? Hércules Poirot, para servirla.

Nadine Boynton se sentó. Sus ojos pensativos estaban fijos en el rostro de Poirot.

—Espero, *madame*, que no se ofenderá conmigo por molestarla en estos momentos de dolor.

Sus ojos no se movieron. No respondió enseguida. Siguió con la mirada fija y grave.

Por fin, suspiró y dijo:

—Creo que lo que más me conviene es ser franca con usted, señor Poirot.

—Estoy de acuerdo, *madame*.

—Se excusa por molestarme en mi dolor. Ese dolor, señor Poirot, no existe y es ocioso pretender lo contrario. No sentía ningún cariño por mi suegra y, honradamente, no puedo decir que lamente su muerte.

—Gracias por hablar claro, *madame*.

Nadine prosiguió:

—Sin embargo, aunque no siento ninguna pena, he de admitir que me domina el remordimiento.

—¿Remordimiento? —Poirot arqueó las cejas.

—Sí, porque fui yo la que provocó su muerte. Y me siento muy culpable.

—¿Qué es lo que está usted diciendo, *madame*?

—Estoy diciendo que yo fui la causante de la muerte de mi suegra. Creí obrar honradamente, pero el resultado fue fatal. Se mire como se mire, yo la maté.

Poirot se recostó en su asiento.

—¿Sería tan amable de aclararme esa afirmación, *madame*? —

Nadine inclinó la cabeza.

—Sí. Eso es lo que deseo hacer. Mi primera intención, lógicamente, fue guardarme mis asuntos privados, pero me doy cuenta de que ha llegado el momento de decirlo todo. Estoy segura, señor Poirot, de que más de una vez ha recibido usted confidencias íntimas.

—Sí, sí.

—Entonces le explicaré en pocas palabras lo que sucedió. Mi vida matrimonial, señor Poirot, no ha sido especialmente feliz. Mi marido no tiene toda la culpa de ello. La influencia de su madre sobre él fue muy desgraciada. Pero desde hacía ya algún tiempo, yo sentía que mi vida se estaba volviendo intolerable.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—La tarde en que murió mi suegra tomé una decisión. Tengo un amigo, un excelente amigo. Me había pedido más de una vez que me fuera con él. Aquella tarde acepté su proposición.

—¿Decidió abandonar a su marido?

—Sí.

—Prosiga, *madame*.

Nadine continuó en voz más baja:

—Una vez tomada la decisión, quise… quise ponerla en práctica lo antes posible. Volví sola al campamento. Mi suegra estaba sentada a la puerta de la cueva. No se veía a nadie por allí y decidí darle la noticia en ese mismo momento. Cogí una silla, me senté junto a ella y le conté de buenas a primeras lo que pensaba hacer.

—¿Se sorprendió?

—Sí, creo que fue un duro golpe para ella. Estaba asombrada y enfadada, terriblemente enfadada. ¡Se puso verdaderamente furiosa! Al fin, me negué a seguir discutiendo el asunto. Me levanté y me fui.

La voz de Nadine se quebró.

—No volví a verla con vida.

Poirot asintió lentamente con la cabeza.

—Ya veo —dijo—. ¿Cree que su muerte fue el resultado de aquella conmoción?

—Estoy casi segura. Ya había hecho esfuerzos considerables para llegar hasta aquel lugar. La noticia que le di y la furia que la dominó hicieron el resto. Me siento todavía más culpable porque

tengo una cierta experiencia en tratar enfermos y, por lo tanto, yo, más que nadie, tendría que haberme dado cuenta de que algo así podía suceder.

Poirot permaneció callado unos minutos y luego dijo:

—¿Qué hizo usted exactamente después de dejar a su suegra?

—Volví a meter en mi cueva la silla que había sacado y bajé a la carpa. Mi marido estaba allí.

Poirot la observó atentamente al tiempo que le preguntaba:

—¿Le habló de la decisión que había tomado? ¿O ya se lo había dicho antes? —Hubo una pausa muy breve antes de que Nadine respondiera:

—Se lo dije entonces.

—¿Cómo se lo tomó?

—Le afectó mucho —dijo ella con tono sereno.

—¿Le pidió que lo reconsiderara? —Nadine negó con la cabeza.

—No… no dijo gran cosa. Desde hacía tiempo ambos sabíamos que algo así podía ocurrir.

—Espero que me perdone —dijo Poirot—, pero el otro hombre era, por supuesto, el señor Jefferson Cope, ¿no es cierto?

Nadine inclinó la cabeza.

—Sí.

Se hizo un largo silencio y, por fin, sin ninguna alteración en su voz, Poirot preguntó:

—¿Tiene usted una aguja hipodérmica, *madame*?

—Sí… no.

Poirot arqueó las cejas. Nadine se explicó:

—Tengo una jeringuilla vieja y la guardo con otras cosas en un botiquín de viaje, pero ese botiquín se quedó con el resto del equipaje en Jerusalén.

—Comprendo.

Hubo una pausa y luego ella preguntó, con un cierto temblor que delataba su incomodidad:

—¿Por qué me ha preguntado eso, señor Poirot?

En vez de contestar aquella pregunta, Poirot formuló otra:

—Si no me equivoco, la señora Boynton tomaba un preparado que contenía digital, ¿verdad?

—Sí.

El detective pensó que en ese momento ella estaba

decididamente alerta.

—¿Era para el corazón?

—Sí.

—El digital es, hasta cierto punto, una droga que se acumula, ¿me equivoco?

—Creo que sí. No sé gran cosa al respecto.

—Si la señora Boynton hubiese tomado una sobredosis de digital…

Ella lo interrumpió con rapidez y decisión.

—No la tomó. Era muy cuidadosa. Y yo también, cuando me encargaba de medirle la dosis.

—¿Sería posible que aquel frasco en concreto contuviera una sobredosis? Ya sabe, por un error del farmacéutico que mezcló el preparado.

—Me parece muy improbable —replicó ella tranquilamente.

—Bueno, en todo caso, el análisis pronto nos lo dirá.

—Desgraciadamente, el frasco se rompió —dijo Nadine. Poirot la miró con súbito interés.

—¿De veras? ¿Quién lo rompió?

—No estoy segura. Creo que fue uno de los sirvientes. Al cargar con mi suegra para meterla en la cueva, una mesa se volcó. Había un gran desorden y la luz era muy pobre.

Durante un par de minutos, Poirot mantuvo la mirada fija en la joven.

—Eso es muy interesante —dijo.

Nadine Boynton se movió inquieta en su silla.

—¿Está usted insinuando que mi suegra no murió por ningún impacto emocional, sino de una sobredosis de digital? —preguntó —. No me parece probable.

Poirot se inclinó hacia delante.

—¿Y si le digo que el doctor Gerard, el médico francés que les acompañaba, echó de menos una gran cantidad de un preparado de digitoxín que guardaba en su botiquín? —Nadine palideció. Poirot vio cómo su mano se aferraba fuertemente a la mesa. Bajó la mirada. Estaba completamente inmóvil. Parecía una Virgen esculpida en piedra.

—Así pues, *madame* —dijo al fin Poirot—. ¿Qué tiene usted que decir a eso? —Los segundos pasaron lentamente, sin que Nadine

contestara a la pregunta. Después de más de dos minutos de silencio, levantó la cabeza y Poirot se quedó un poco sorprendido cuando vio la expresión de sus ojos.

—Señor Poirot, yo no maté a mi suegra. ¡Usted lo sabe! Cuando la dejé estaba viva. Son muchas las personas que pueden atestiguarlo. Así que, siendo inocente de este crimen, puedo atreverme a hacerle un ruego. ¿Por qué tiene usted que mezclarse en este asunto? Si yo le juro por mi honor que se ha hecho justicia y sólo justicia, ¿abandonará la investigación? Son muchos los sufrimientos que ha padecido la familia y que usted ignora. Ahora que por fin hay paz y una posibilidad de alcanzar la felicidad, ¿tiene usted que destruirlo todo?

Poirot se enderezó. Sus ojos brillaron con una luz verde.

—Seamos claros, *madame*. ¿Qué es lo que me está pidiendo?

—Le estoy diciendo que mi suegra falleció de muerte natural y le pido que acepte esta declaración.

—¡En otras palabras, usted cree que a su suegra la mataron y me pide que tolere ese asesinato!

—Lo que le estoy pidiendo es que tenga compasión.

—¡Sí, de alguien que no la tuvo!

—Usted no lo comprende… las cosas no sucedieron así.

—Ya que lo sabe tan bien, tal vez cometió usted misma el crimen.

Nadine negó con la cabeza. No daba muestras de ser culpable.

—No —dijo con toda tranquilidad—. Estaba viva cuando la dejé.

—¿Y qué ocurrió después? ¿Lo sabe… o lo sospecha?

Apasionadamente, Nadine declaró:

—He oído decir, señor Poirot, que en una ocasión, cuando aquel asunto del *Orient Express*, aceptó como buena la versión oficial de los hechos, ¿no es así? —Poirot la miró con curiosidad.

—¿Quién le ha contado eso?

—¿Es cierto?

Muy despacio, Poirot contestó:

—Aquel caso era… diferente.

—No, no lo era. El hombre al que mataron era un malvado —su voz se hizo más débil—. Y ella era…

—¡El carácter moral de la víctima no tiene nada que ver! —dijo Poirot—. Un ser humano que se arroga el derecho de juzgar

particularmente y le arrebata la vida a otro ser humano no debe vivir entre las demás personas. ¡Se lo digo yo, Hércules Poirot!

—¡Es usted muy duro!

—*Madame*, en ciertas ocasiones soy inflexible. ¡No toleraré el asesinato! Es la última palabra de Hércules Poirot.

Nadine se levantó. Sus ojos oscuros brillaban con un fuego repentino.

—¡Entonces, siga adelante! ¡Destroce la vida de unos inocentes! No tengo nada más que decir.

—En cambio, yo pienso que tiene usted aún muchas cosas que decir, *madame*.

—No, nada más.

—Ya lo creo que sí. ¿Qué ocurrió después de que dejara a su suegra? ¿Mientras usted y su marido estaban juntos en la carpa?

Nadine se encogió de hombros.

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Lo sabe, sin duda. O, al menos, lo sospecha.

Nadine le miró directamente a los ojos.

—Yo no sé nada, señor Poirot.

Y dándose la vuelta, salió de la habitación.

Capítulo VIII

Después de anotar en su libreta: «N. B. 4.40», Poirot abrió la puerta y llamó al ordenanza que el coronel Carbury había puesto a su servicio, un hombre inteligente que hablaba muy bien el inglés. Le pidió que fuera a buscar a la señorita Carol Boynton.

Poirot examinó atentamente a la joven cuando esta entró en la habitación. Se fijó en el cabello castaño, la posición de la cabeza sobre el largo cuello, la nerviosa energía de sus manos bellamente formadas.

—Siéntese, *mademoiselle* —dijo.

Ella obedeció. Su rostro carecía de color o de expresión. Poirot empezó con una frase simpática y convencional, que la joven recibió sin cambiar ni un ápice su actitud.

—Y bien, *mademoiselle*. ¿Podría decirme cómo pasó la tarde del día en cuestión?

La respuesta fue tan rápida, que Poirot sospechó que la tenía ensayada.

—Después de comer, salimos a dar una vuelta. Yo volví al campamento…

Poirot la interrumpió.

—Un momento. ¿Estuvieron todos juntos hasta entonces?

—No. Estuve casi todo el tiempo con mi hermano Raymond y la señorita King. Luego me fui a pasear sola.

—Gracias. Me decía que volvió al campamento. ¿Sabe a qué hora, aproximadamente?

—Creo que eran las cinco y diez.

Poirot anotó:

«C. B. 5.10».

—¿Y qué pasó entonces?

—Mi madre seguía sentada en el mismo sitio que cuando nos fuimos. Subí a decirle unas palabras y luego volví a mi tienda.

—¿Recuerda exactamente lo que hablaron?

—Lo único que dije fue que hacía mucho calor y que iba a acostarme un rato. Mi madre me contestó que ella se quedaría donde estaba. Eso fue todo.

—¿Había algo en su aspecto que a usted le pareciese fuera de lo normal?

—No. Al menos eso es…

Se interrumpió vacilante, con la mirada fija en Poirot.

—En mí no hallará usted la respuesta, *mademoiselle* —dijo tranquilamente el detective.

—Estaba pensando… Entonces no le di importancia, pero ahora, al recordarlo…

—¿Sí?

Lentamente, Carol dijo:

—Es verdad. Tenía un color raro. Su cara estaba muy roja, más que de costumbre.

—Quizá había sufrido algún sobresalto o emoción —sugirió Poirot.

Carol lo miró extrañada.

—¿Un sobresalto?

—Sí, tal vez tuvo algún problema con alguno de los criados árabes.

—¡Oh! —El rostro de Carol se iluminó—. Sí, podría ser.

—¿No le dijo si había ocurrido algo por el estilo?

—No, no me dijo nada. —Poirot continuó:

—¿Y qué hizo usted luego, *mademoiselle*?

—Fui a mi tienda y me estiré durante una media hora. Después bajé a la carpa. Mi hermano y su esposa estaban allí, leyendo.

—¿Y usted qué hizo?

—¡Oh! Tenía que coser unas cosas y después hojeé una revista.

—De camino a la carpa, ¿se paró a hablar con su madre otra vez?

—No. Bajé directamente. Creo que ni siquiera miré hacia donde ella estaba.

—¿Y luego?

—Permanecí en la carpa hasta que… hasta que la señorita King nos dijo que estaba muerta.

—¿Es eso todo cuanto sabe, *mademoiselle*?

—Sí.

Poirot se inclinó hacia delante. Su tono era el mismo, ligero y conversacional.

—¿Y qué sintió, *mademoiselle*?

—¿Qué sentí?

—Sí, cuando se enteró de que su madre, perdón, su madrastra (era su madrastra, ¿verdad?) estaba muerta.

Carol miró fijamente al detective.

—No entiendo lo que quiere decir.

—Yo creo que me entiende perfectamente.

Carol bajó los ojos. Con cierta inseguridad, dijo:

—Fue… un golpe muy fuerte.

—¿De veras?

La sangre afluyó al rostro de la muchacha. Miró desesperada a Poirot. Él pudo ver el miedo en sus ojos.

—¿Fue de verdad un golpe tan duro? ¿Teniendo en cuenta una conversación que mantuvo usted con su hermano Raymond una noche en Jerusalén?

La bala dio en el blanco. Poirot lo comprendió al ver que la chica volvía a ponerse completamente pálida.

—¿Sabe usted eso? —susurró.

—Sí, lo sé.

—Pero… ¿cómo?

—Alguien escuchó una parte de su conversación.

—¡Oh!

Carol Boynton enterró su rostro entre las manos. Sus sollozos hacían temblar la mesa.

Hércules Poirot aguardó un momento. Después, con toda tranquilidad, dijo:

—Ustedes estaban planeando matar a su madrastra.

—¡Aquella noche estábamos locos! ¡Locos! —gimoteó Carol.

—Quizá.

—¡Usted no puede comprender el estado en el que nos encontrábamos! —Se incorporó, apartándose el pelo de la cara—. Puede que suene extraño. En América nada parecía tan malo, pero

al viajar nos dimos cuenta de todo.

—¿De qué se dieron cuenta? —Su voz era otra vez amable.

—¡De que éramos diferentes de… la otra gente! Estábamos desesperados. Y además estaba Jinny.

—¿Jinny?

—Mi hermana. Usted no la ha visto. Se estaba volviendo muy rara. Y mamá lo empeoraba aún más. No parecía darse cuenta de nada. ¡Ray y yo temíamos que Jinny se volviera loca! Y sabíamos que Nadine pensaba lo mismo. Eso todavía nos asustó más, porque Nadine ha sido enfermera y sabe de esas cosas.

—Comprendo.

—¡Aquella noche en Jerusalén todo parecía a punto de estallar! Ray estaba fuera de sí. Ni él ni yo podíamos más y nos parecía lógico, de verdad nos parecía lógico, planear lo que planeamos. Mamá… ¡Mamá estaba loca! No sé cuál es su opinión, señor, pero le aseguro que en ciertas circunstancias matar a alguien puede parecer una acción correcta, incluso noble.

Poirot asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, eso les ha parecido a muchos, lo sé. La historia es buena prueba de ello.

—Así es como nos sentíamos Ray y yo aquella noche… —Golpeó la mesa con la mano—. Pero no lo hicimos. ¡Claro que no lo hicimos! ¡Al día siguiente, todo nos pareció absurdo, melodramático, sí, también malvado! La verdad… la verdad, señor Poirot, es que mamá murió de muerte natural, de un ataque al corazón. Ray y yo no tuvimos nada que ver.

—¿Me jura, *mademoiselle*, por la salvación de su alma, que la señora Boynton no murió como resultado de nada que ustedes hicieran contra ella? —dijo Poirot.

Carol levantó la cabeza. Con voz firme y profunda, dijo:

Juro por la salvación de mi alma que no le hice jamás el menor daño…

Poirot se recostó en su sillón.

—Perfectamente —dijo.

Hubo un silencio. Poirot acariciaba pensativo su enorme bigote. Luego dijo:

—¿En qué consistía exactamente su plan?

—¿Qué plan?

—Usted y su hermano debían de tener un plan.

Mentalmente, Poirot contó los segundos que transcurrieron antes de que Carol respondiera. Uno, dos, tres.

—No teníamos ninguno —dijo al fin Carol—. No llegamos tan lejos.

Hércules Poirot se levantó.

—Eso es todo, *mademoiselle*. ¿Querría tener la bondad de enviarme a su hermano?

Carol se puso en pie. Durante un minuto permaneció indecisa.

—Señor Poirot, ¿me cree?

—¿Acaso he dicho lo contrario?

—No, pero…

Se interrumpió.

—¿Querrá decirle a su hermano que venga? —repitió el detective.

—Sí.

Se dirigió lentamente hacia la puerta. Al llegar a ella, se detuvo y se volvió hacia él.

—¡Le he dicho la verdad! —declaró apasionadamente—. ¡Se lo juro!

Hércules Poirot no contestó.

Carol Boynton salió lentamente de la habitación.

Capítulo IX

Poirot observó el gran parecido existente entre los dos hermanos en cuanto Raymond Boynton entró en la habitación.

Su rostro era severo y firme. No parecía nervioso ni asustado. Se dejó caer en una silla y, mirando duramente a Poirot, preguntó:

—¿Y bien?

—¿Ha hablado usted con su hermana? —dijo suavemente Poirot.

Raymond asintió.

—Sí, cuando me dijo que viniera. Comprendo que sus sospechas están justificadas. ¡Si alguien oyó nuestra conversación aquella noche, el hecho de que mi madrastra muriera tan de repente ha de resultar por fuerza sospechoso! Lo único que puedo decirle es que aquella conversación fue… la locura de una noche. Los dos estábamos bajo una tensión nerviosa insoportable. Todo ese fantástico plan para dar muerte a mi madrastra fue algo así…, ¿cómo podría decirlo?…, algo así como una válvula de escape.

Hércules Poirot inclinó la cabeza.

—Es posible —dijo.

—A la mañana siguiente, por supuesto, todo nos pareció absurdo. ¡Le juro, señor Poirot, que no volví a pensar en el asunto!

Poirot no contestó.

Apresuradamente, Raymond continuó:

—Sí, ya sé que eso es fácil de decir. No puedo esperar que crea en mi palabra sin más. Pero tenga usted en cuenta los hechos. Hablé con mi madre poco antes de las seis. A esa hora estaba viva y se encontraba bien. Fui a mi tienda, me lavé cuidadosamente y me reuní con los demás en la carpa. Desde aquel momento, ni Carol ni yo nos movimos de allí. Todo el mundo pudo vernos. Debe convencerse, señor Poirot, de que la muerte de mi madre fue natural. Un paro cardíaco. ¡No puede ser otra cosa! Había muchos criados por allí, yendo y viniendo. Cualquier otra idea es absurda.

—¿Sabe usted, señor Boynton, que la señorita King opina que cuando ella examinó el cadáver, a las seis treinta, su madre llevaba muerta al menos una hora y media o probablemente dos horas? —dijo Poirot.

Raymond lo miró fijamente. Parecía haber perdido el habla.

—¿Sarah dijo eso? —acertó a replicar.

Poirot hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Qué tiene que decir ahora?

—Pero… ¡Eso es imposible!

—Es la declaración de la señorita King. Ahora usted viene y me dice que su madre estaba viva sólo cuarenta minutos antes de que ella examinara el cadáver.

—¡Es que lo estaba! —dijo Raymond.

—Tenga cuidado, señor Boynton.

—¡Sarah tiene que estar equivocada! Debe de haber algo que no tuvo en cuenta. La refracción del sol en la roca… ¡Algo! Le aseguro, señor Poirot, que mi madre estaba viva antes de las seis y que yo hablé con ella.

Poirot permaneció impasible.

Raymond se inclinó hacia delante con aire serio.

—Señor Poirot, sé lo que debe de parecerle, pero considérelo desde un punto de vista más justo. Usted es parcial. Es lógico que lo sea. Vive inmerso en una atmósfera de crímenes. ¡Cualquier muerte repentina tiene que parecerle un posible asesinato! ¿No se da cuenta de que no puede confiar en su sentido de la proporción? Todos los días muere alguien, especialmente personas que tienen el corazón enfermo. Y en esas muertes no hay nada siniestro.

Poirot suspiró.

—Veo que quiere enseñarme mi oficio.

—No, claro que no. Pero creo que tiene usted ciertos prejuicios, por culpa de aquella desafortunada conversación. No hay nada en la muerte de mi madre que pueda levantar sospechas, excepto aquella desgraciada e histérica conversación entre Carol y yo.

Poirot movió negativamente la cabeza.

—Está usted en un error señor Boynton —dijo—. Hay algo más. Está el veneno que le robaron al doctor Gerard de su botiquín.

—¿Veneno? —Ray miró fijamente a Poirot—. ¡Veneno!

Echó hacia atrás su silla. Parecía completamente estupefacto.

—¿Es eso lo que usted sospecha?

Poirot le concedió unos minutos. Luego, con calma, casi con indiferencia, dijo:

—Su plan era distinto, ¿no?

—Sí —contestó maquinalmente Raymond—. Por eso… Esto lo cambia todo… No puedo… no puedo pensar con claridad.

—¿Cuál era su plan?

—¿Nuestro plan? Era…

Raymond se paró de golpe. Sus ojos se volvieron suspicaces y se puso repentinamente a la defensiva.

—Creo que no le diré nada más —declaró.

—Como quiera —dijo Poirot.

Observó cómo el joven salía de la habitación.

Atrajo hacia él su cuaderno de notas y, con menuda y pulcra letra, anotó:

«R. B. 5.55».

Luego, tomando una gran hoja de papel, empezó a escribir. Finalizada su tarea, se echó hacia atrás con la cabeza inclinada hacia un lado y releyó lo que había anotado. Era lo siguiente:

Los Boynton y Jefferson Cope abandonan el campamento 3.05 (ap.).

El doctor Gerard y Sarah King abandonan el campamento 3.15(ap.).

Lady Westholme y la señorita Pierce abandonan el campamento 4.15.

El doctor Gerard regresa al campamento 4.20 (ap.).

Lennox Boynton regresa al campamento 4.35.

Nadine Boynton regresa al campamento y habla con la señora Boynton 4.40.

Nadine Boynton deja a su suegra y se va a la carpa 4.50 (ap.).

Carol Boynton regresa al campamento 5.10.

Lady Westholme, la señorita Pierce y el señor Jefferson Cope regresan al campamento 5.40.

Raymond Boynton regresa al campamento 5.50.

Sarah King regresa al campamento 6.00.

Descubren el cadáver 6.30.

Capítulo X

—Muy curioso —murmuró Hércules Poirot.

Dobló la lista, fue hasta la puerta y mandó llamar a Mahmoud. El voluminoso guía era muy hablador. Las palabras salían de su boca como un río que se desborda.

—Siempre, siempre me echan la culpa. Cuando pasa algo, siempre dicen mi culpa. Cuando *lady* Ellen Hunt tuerce su tobillo bajando del Lugar del Sacrificio, mi culpa, aunque lleva zapatos de tacón y al menos tiene sesenta años, o puede setenta. ¡Mi vida, una desgracia! ¡Ah! ¡Cuántas humillaciones e injusticias nos hacen judíos…!

Por fin, Poirot consiguió controlar su verborrea y entrar en materia.

—¿Cinco y media, dice? No, creo ningún sirviente por allí entonces. Usted sabe, la comida tarde, a las dos. Y después limpiar todo. Después de la comida dormir toda la tarde. Sí, americanos no toman té. Nosotros, todos a dormir a las tres y media. A las cinco, yo que soy alma de eficiencia, siempre, siempre, siempre yo miro por comodidad de damas y caballeros, yo sirvo, salgo porque sé es hora que damas inglesas quieren té. Pero nadie estaba. Todos a pasear. Para mí, eso muy bien, mejor que de costumbre. Puedo volver dormir. A seis menos cuarto, empieza problema. Señora inglesa grande, señora muy grande, vuelve y quiere té, aunque chicos están poniendo la cena. Hace escándalo, dice agua debe estar hirviendo. ¡Yo sé qué hago! ¡Ah, caballero! ¡Qué vida! ¡Qué vida! Hago lo que puedo… siempre mi culpa, yo…

Poirot preguntó acerca de las quejas.

—Hay otro pequeño asunto. La señora muerta se enfadó con uno de los criados. ¿Sabe usted con cuál y por qué?

Mahmoud elevó sus manos al cielo.

—¿Podría saber yo? Naturalmente no. Vieja señora no quejó a

mí.

—¿Podría averiguarlo?

—No, caballero. Sería imposible. Ninguno de los chicos admitiría. ¿Vieja señora enfadada, dice? Entonces chicos no dirían, naturalmente. Abdul dice Mohammed, y Mohammed dice Aziz y Aziz dice Aissa, y así. Todos son muy estúpidos beduinos, no entienden nada.

Tomó aire y prosiguió:

—Ahora yo, yo tengo beneficio de educación en misión. Yo recito a usted Keats, Shelley…

A Poirot le dio un escalofrío. Aunque el inglés no era su lengua materna, sabía hablarlo suficientemente bien como para que le hicieran daño los oídos al escuchar la extraña manera de hablar de Mahmoud.

—¡Soberbio! —dijo a toda prisa—. ¡Soberbio! Pienso recomendarle como guía a todos mis amigos.

Consiguió escapar de la elocuencia del árabe. Después llevó su lista al coronel Carbury, a quien encontró en su oficina.

Carbury retorció un poco más su corbata y preguntó:

—¿Ha conseguido algo?

—¿Quiere que le cuente una teoría mía? —dijo Poirot.

—Si quiere —dijo el coronel Carbury y suspiró. De una forma u otra, había escuchado muchas teorías a lo largo de su vida.

—¡Mi teoría es que la criminología es la ciencia más fácil del mundo! Lo único que hace falta es dejar hablar al criminal. Más tarde o más temprano te lo dice todo.

—Creo recordar que ya dijo usted algo por el estilo en otra ocasión. ¿Quién le ha dicho algo?

—Todo el mundo.

Brevemente, Poirot relató las entrevistas que había tenido aquella mañana.

—¡Hum! —dijo Carbury—. Sí, ha sacado en limpio un par de cosas. ¡Lástima que todas señalen en distintas direcciones! ¿Tenemos caso o no lo tenemos? ¡Eso es lo que quiero saber!

—No.

Carbury volvió a suspirar.

—Me lo temía.

—Pero antes de que llegue la noche, tendrá usted la verdad —

declaró Poirot.

—Bueno, eso es lo que me prometió —dijo el coronel Carbury—, y la verdad es que dudaba de que lo lograse. ¿Está seguro?

—Completamente.

—Le envidio la confianza en sí mismo —comentó el otro.

Si había un brillo en sus ojos, Poirot pareció no darse cuenta. Sacó su lista.

—Impecable —señaló el coronel Carbury en tono aprobatorio.

Se inclinó sobre el papel. Después de un minuto o dos, dijo:

—¿Sabe lo que pienso?

—Me encantaría que me lo dijera.

—Pues que el joven Raymond Boynton no es el culpable.

—¡Ah! ¿Eso cree?

—Sí. Está claro como el agua lo que pensaba. Teníamos que haberlo considerado fuera de toda sospecha. Como en las novelas de detectives, es la persona hacia la que apuntan todos los indicios. ¡Desde el momento en que usted le oyó decir que iba a cargarse a su madre, teníamos que haber pensado que eso, justamente, significaba que era inocente!

—¿Lee usted novelas de detectives?

—A miles —declaró el coronel—. Supongo que usted podría hacer lo que hacen los detectives de los libros, ¿no? —añadió utilizando el tono de un colegial melancólico—. Podría hacer una lista con los hechos más significativos, cosas que parecen no querer decir nada, pero que son importantísimas. Ya sabe a lo que me refiero.

—¡Ah! —dijo Poirot amablemente—. ¿Le gustan ese tipo de historias detectivescas? Por supuesto que lo haré, será un placer para mí.

Cogió una hoja de papel y escribió rápida y limpiamente:

DETALLES SIGNIFICATIVOS.

La señora Boynton tomaba un preparado que contenía digital.

El doctor Gerard echó de menos una aguja hipodérmica.

A la señora Boynton le causaba un enorme

placer impedir que su familia se divirtiera con otras personas.

La tarde en cuestión, la señora Boynton animó a los miembros de su familia para que se marcharan y la dejaran sola.

La señora Boynton practicaba con asiduidad el sadismo psicológico.

La distancia entre la carpa y el lugar donde estaba sentada la señora Boynton era aproximadamente de doscientos metros.

Al principio, el señor Lennox Boynton dijo que ignoraba la hora en que había regresado al campamento, pero más tarde reconoció haber puesto en hora el reloj de pulsera de su madre.

El doctor Gerard y la señorita Ginebra Boynton ocupaban tiendas contiguas.

A las seis y media, cuando la cena estuvo lista, un criado recibió la orden de ir a avisar a la señora Boynton.

El coronel examinó la lista con gran satisfacción.

—¡Magnífico! —exclamó—. ¡Justo lo que yo quería decir! Una relación de hechos complejos… y aparentemente irrelevantes. ¡El toque maestro! Por cierto, observo un par de omisiones notables. Pero supongo que ese es el cebo para los bobos, ¿no es cierto?

Los ojos de Poirot brillaron, pero no respondió.

—En el punto dos, por ejemplo —dijo el coronel Carbury tentadoramente—. «El doctor Gerard echó de menos una aguja hipodérmica». Sí, y también echó de menos una solución concentrada de digital o algo así.

—Eso último —dijo Poirot no es tan importante como la ausencia de la jeringuilla.

—¡Espléndido! —dijo el coronel Carbury con la cara sonriente —. No entiendo nada. ¡Yo habría dicho que el digital era mucho más importante que la jeringuilla! ¿Y qué pasa con el tema del criado que todavía anda rodando, un sirviente a quien envían para

que la avise de que la cena está lista y la historia esa de que la señora Boynton amenazó a otro aquella misma tarde con su bastón? ¿No irá a decirme que fue uno de esos pobres infelices del desierto quien se la cargó? Porque —añadió el coronel Carbury con severidad— si es así, sería un timo.

Poirot sonrió, pero no dijo nada.

Cuando abandonaba la oficina, murmuró para sí:

—¡Es increíble! ¡Los ingleses nunca maduran!

Capítulo XI

Sarah King estaba sentada en la cima de una colina y recogía distraídamente flores silvestres. El doctor Gerard estaba también sentado, a poca distancia de ella, sobre un pequeño muro de piedra.

De repente, la joven dijo con fiereza:

—¿Por qué empezó usted todo esto? Si no hubiera sido por usted…

—¿Cree que debería haber guardado silencio? —replicó lentamente el doctor Gerard.

—Sí.

—¿Sabiendo lo que sabía?

—Usted no sabía nada —dijo Sarah.

El francés suspiró.

—Sí que sabía. Pero admito que uno no puede estar nunca absolutamente seguro de nada.

—Sí que se puede —dijo Sarah sin comprometerse.

El francés se encogió de hombros.

—¿Puede usted, tal vez?

Sarah dijo:

—Usted tenía fiebre, una temperatura muy alta. No podía tener la cabeza clara. Probablemente, la jeringuilla estuvo allí todo el tiempo. Y en lo referente al digitoxín, puede que cometiera usted un error o quizá alguno de los criados anduvo fisgoneando en su botiquín.

—¡No tiene por qué preocuparse! —dijo Gerard cínicamente—. Las pruebas no son concluyentes. ¡Ya verá como sus amigos, los Boynton, saldrán de esta!

—¡No es eso lo que quiero! —dijo Sarah fieramente.

Gerard movió la cabeza.

—¡Es usted ilógica!

—¿No era usted —preguntó Sarah— quien hablaba tanto en

Jerusalén de la conveniencia de no entrometerse en los asuntos ajenos? ¡Y ahora, mire!

—No me he entrometido. ¡Me he limitado a contar lo que sé!

—¡Y yo le digo que usted no sabe nada! ¡Oh, Dios! ¡Ya volvemos a empezar! Es como estar discutiendo en círculo.

—Perdone, señorita King —dijo Gerard en tono suave.

Sarah replicó en voz baja:

—Ya ve, después de todo, no han conseguido escapar. ¡Ninguno de ellos! ¡Ella todavía está presente! Incluso desde la tumba es capaz de alcanzarlos y dominarlos. Había algo terrible en esa mujer. ¡Y sigue siendo tan terrible ahora que está muerta como antes! Siento… siento que está disfrutando mucho con todo esto.

Sarah se retorció las manos. Luego, en un tono de voz completamente distinto, luminoso, dijo:

—Ese hombrecillo está subiendo hacia aquí.

El doctor Gerard miró por encima de su hombro.

—¡Ah! Me parece que viene a buscarnos.

—¿Es tan idiota como parece? —preguntó Sarah.

—No tiene nada de idiota —replicó gravemente Gerard.

—Eso me temía —dijo Sarah King.

Con sombría expresión observó la escalada de Hércules Poirot.

Por fin los alcanzó, lanzó un fuerte «¡Uf!», y se enjugó la frente. Después miró con tristeza hacia el suelo, a su zapatos de piel.

—¡Vaya por Dios! —dijo—. ¡Este suelo tan pedregoso! Mis pobres zapatos.

—Puede pedirle prestado a *lady* Westholme su aparato para limpiar zapatos —dijo Sarah con muy poca amabilidad—. Y su trapo para el polvo. Viaja con un equipo completo de ama de casa.

—Con eso no haré desaparecer los arañazos, *mademoiselle* — Poirot movió la cabeza con pesadumbre.

—Quizá no. ¿Por qué diablos usa zapatos de esa clase en un país como este? —Poirot ladeó un poco la cabeza.

—Me gusta tener un aspecto *soigné* —dijo.

—Yo desistiría de ello viajando por el desierto —dijo Sarah.

—Las mujeres no suelen tener su mejor aspecto en el desierto — dijo el doctor Gerard con aire de ensoñación—. Pero la señorita King, aquí presente, sí. Ella siempre tiene una apariencia pulida y elegante. En cambio, esa *lady* Westholme, con sus gruesas chaquetas

y sus tupidas faldas y esos terribles pantalones de montar y sus botas, ¡*quelle horreur de femme*! ¡Y la pobre señorita Pierce con esos trajes tan sueltos, que son como hojas descoloridas de repollo, y todas sus cadenas y sus collares de cuentas que no dejan de tintinear! ¡Incluso la joven señora Boynton, que es una mujer muy atractiva, no es lo que se llama chic! Su ropa es de lo más aburrido.

Sarah dijo, empezando ya a inquietarse:

—Bueno, supongo que el señor Poirot no ha subido hasta aquí sólo para hablar de ropa.

—Es verdad —replicó Poirot—. He venido a hacerle una consulta al doctor Gerard. Su opinión me será muy útil. Y también la de usted, *mademoiselle*. Es joven y está al día en lo que se refiere a la psicología moderna. Deseo saber todo cuanto puedan decirme de la señora Boynton.

—¿No lo sabe ya de memoria? —preguntó Sarah.

—No. Tengo la sensación, bueno, más que la sensación, la certeza de que el estado mental de la señora Boynton es muy importante en este asunto. Personas de ese tipo deben de serle familiares al doctor Gerard.

—Desde mi punto de vista, esa mujer era un objeto interesante de estudio —dijo el médico.

—Cuénteme.

El doctor Gerard no se hizo de rogar. Expuso su propio interés por la familia Boynton, su charla con Jefferson Cope y el hecho de que este último malinterpretaba totalmente la situación.

—Así pues, ese hombre es un sentimental —dijo Poirot.

—Sí, básicamente. Sus ideales están basados, en realidad, en una profunda tendencia hacia la pereza. Considerar la naturaleza humana sólo desde su mejor parte y el mundo como un lugar placentero es, sin duda, el camino más fácil en esta vida. Por lo tanto, Jefferson Cope no tiene ni la menor idea de cómo es la gente en realidad.

—A veces, eso podría ser peligroso —dijo Hércules Poirot.

El doctor Gerard prosiguió:

—Insistía en considerar lo que podríamos llamar «la situación Boynton» como un caso de cariño excesivo y mal entendido. Del odio subyacente, de la rebeldía, la esclavitud y las humillaciones que sufrían los hijos, tenía una noción muy vaga.

—Eso es estúpido —declaró Poirot.

—De todas formas —siguió el doctor Gerard—, ni el más idiota de los optimistas sentimentales puede estar completamente ciego. Creo que en el viaje a Petra los ojos de Jefferson Cope se abrieron.

Y dio cuenta de la conversación que había tenido con el americano la mañana del día en que había muerto la señora Boynton.

—Es una historia interesante la de esa criada —dijo Poirot pensativo—. Arroja luz sobre los métodos de la anciana.

—La verdad es que fue una mañana muy rara —dijo Gerard—. Usted no ha estado en Petra, señor Poirot. Si va, tiene que subir al Lugar del Sacrificio. Tiene una… ¿cómo lo diría?… una atmósfera especial.

Describió la escena con detalle y añadió:

—*Mademoiselle*, aquí presente, se sentó allí como un joven juez y se puso a hablar del sacrificio de uno para salvar a muchos. ¿Lo recuerda, señorita King?

Sarah se estremeció.

—¡No hablemos de ese día!

—No, no —dijo Poirot—. Hablemos de otros acontecimientos anteriores a ese día. Me interesa, doctor Gerard, que me haga un esbozo de la mentalidad de la señora Boynton. Lo que no acabo de entender es esto: teniendo como tenía a su familia dominada por completo, ¿por qué planeó este viaje al extranjero, donde corría el peligro de que los contactos externos debilitaran su autoridad?

El doctor Gerard se inclinó excitado hacia delante.

—Pero, *mon vieux*. ¡Eso era precisamente lo que ella deseaba! Las ancianas son iguales en todas partes del mundo. ¡Se aburren! Si su especialidad es ser pacientes, se hartan de esa paciencia que conocen tan bien. Quieren conocer una paciencia nueva. ¡Y lo mismo vale para una anciana cuya mayor afición (por increíble que parezca) es dominar y atormentar a las demás personas! La señora Boynton —por hablar de ella como de une *dompteuse*— había ya domado a sus tigres. Quizá hubo cierta excitación en la época del paso a la adolescencia. El matrimonio de Lennox con Nadine había sido una aventura. Pero luego, de repente, todo se volvió rancio. Lennox estaba tan hundido en la melancolía que era prácticamente imposible herirlo o causarle dolor. Raymond y Carol no daban

señales de rebeldía. Ginebra… ¡Ah, la *pauvre*!, ella, desde el punto de vista de su madre, era la que menos emociones le proporcionaba. ¡Porque Ginebra había encontrado una vía de escape! Huía de la realidad hundiéndose en la fantasía. ¡Cuanto más la martirizaba su madre, más fácil le resultaba a ella imaginar que era una heroína perseguida! Desde el punto de vista de la señora Boynton, todo se había vuelto mortalmente aburrido. Así que, como Alejandro, decidió conquistar nuevos mundos. Y por ello planeó el viaje al extranjero. Así tendría que enfrentarse con el peligro de que sus fieras domadas se rebelasen, tendría oportunidades de hacerles daño nuevamente. Suena absurdo, ¿verdad?, pero no lo es. Lo que ella quería era nuevas emociones.

Poirot respiró profundamente.

—Es perfecto. Sí, veo exactamente lo que quiere decir. Así es como fue. Todo encaja. La mamá Boynton eligió vivir peligrosamente y pagó por ello.

Sarah se inclinó hacia delante. Su rostro pálido e inteligente estaba muy serio.

—¿Quiere decir que llevó a sus animales demasiado lejos y que se volvieron en su contra… o que uno de ellos lo hizo? —dijo.

Poirot afirmó con la cabeza.

—¿Cuál de ellos? —dijo con voz entrecortada.

Poirot la miró: sus manos crispadas furiosamente entre las flores silvestres, la pálida rigidez de su cara.

No contestó. De hecho, se vio liberado de la obligación de hacerlo por Gerard, que en ese momento tocó su hombro y le dijo:

—¡Mire!

Una muchacha vagabundeaba por la ladera de la colina. Se movía con una gracia rítmica y extraña que, de algún modo, le daba una apariencia casi irreal. Su cabello, de color rojo dorado, brillaba al sol. Una extraña y sigilosa sonrisa levantaba las hermosas comisuras de sus labios. Poirot respiró hondo.

—¡Qué hermosa! —exclamó—. ¡Qué extraña y conmovedoramente hermosa! ¡Así es como debería ser representada Ofelia, como una joven diosa que se ha perdido viniendo de otro mundo, feliz porque ha escapado de esos lazos que son las alegrías y las penas humanas!

—Sí, sí. Tiene razón —dijo Gerard—. Es un rostro para soñar

con él, ¿verdad? Yo he soñado con él. En medio de la fiebre, abrí los ojos y vi esa cara, con su dulce y etérea sonrisa… Fue un hermoso sueño del que lamenté despertarme…

Después, volviendo a su tono normal, dijo:

—Es Ginebra Boynton.

Capítulo XII

Al cabo de un minuto, la muchacha llegó hasta donde estaban ellos.

El doctor Gerard hizo las presentaciones.

—Señorita Boynton, este es el señor Hércules Poirot.

—¡Oh!

Ginebra miró indecisa al detective. Entrelazó y soltó nerviosamente los dedos una y otra vez. La ninfa encantada había vuelto del país de los encantamientos. En ese momento era una chica corriente, tímida y ligeramente nerviosa, y se encontraba visiblemente incómoda.

Poirot dijo:

—Ha sido una suerte encontrarla aquí, *mademoiselle*. Intenté verla en el hotel.

—¿De veras?

Su sonrisa estaba vacía. Sus dedos empezaron a tirar del cinturón que ceñía su vestido.

—¿Quiere que paseemos juntos un rato? —dijo Poirot con suavidad.

Ella se movió dócilmente, obediente a su capricho.

Entonces, de manera inesperada y con una voz extraña y apresurada, dijo:

—Usted es… usted es un detective, ¿no?

—Sí, *mademoiselle*.

—Un detective muy famoso, ¿verdad?

—El mejor detective del mundo —contestó Poirot, afirmándolo como una simple verdad, ni más ni menos.

Ginebra Boynton respiró muy suavemente.

—¿Ha venido para protegerme?

Poirot se acarició pensativo el bigote y dijo:

—¿Está usted en peligro, *mademoiselle*?

—Sí, sí.

La muchacha miró a su alrededor con rapidez y suspicacia.

—Ya se lo conté al doctor Gerard en Jerusalén. Fue muy listo. Primero hizo como si no supiera nada, pero luego me siguió hasta aquel terrible lugar de rocas rojas.

Se estremeció.

—Pensaban matarme allí. Tengo que estar continuamente en guardia.

Poirot asintió indulgentemente.

Ginebra Boynton dijo:

—Es amable… y bueno. ¡Está enamorado de mí!

—¿Sí?

—¡Oh, sí! Pronuncia mi nombre en sueños.

Bajó la voz. De nuevo, una especie de belleza temblorosa y ultraterrena la envolvió.

—Lo vi… allí tendido, dando sacudidas y retorciéndose… y diciendo mi nombre… Me fui sin hacer ruido —hizo una pausa—. ¿Ha sido él, quizá, quien le ha mandado llamar? Tengo muchísimos enemigos, ¿sabe? Me rodean por todas partes. A veces van disfrazados.

—Sí, sí —dijo gentilmente Poirot—. Pero aquí está usted segura, rodeada de su familia.

La muchacha se enderezó orgullosamente.

—¡Ellos no son mi familia! No tengo nada que ver con esa gente. No puedo decirle quién soy en realidad. Es un gran secreto. Le asombraría mucho si lo supiera.

—¿Se sintió usted muy afectada por la muerte de su madre, *mademoiselle*? —dijo Poirot en tono suave.

Ginebra golpeó furiosa el suelo con los pies.

—¡Le digo que no era mi madre! ¡Mis enemigos le pagaron para que fingiera serlo y me impidiese escapar!

—¿Dónde estaba usted la tarde en que murió?

—Estaba en la tienda… Hacía mucho calor allí dentro, pero no me atreví a salir… Ellos podrían haberme cogido…

Se estremeció ligeramente.

—Uno de ellos se asomó a mi tienda. Iba disfrazado, pero le reconocí. Yo fingía estar dormida. El jeque lo envió. El jeque quería raptarme, por supuesto.

Durante unos instantes, Poirot paseó en silencio. Luego dijo:

—¡Son muy bonitas esas historias que se cuenta usted a sí misma!

Ginebra se paró y miró al detective.

—¡Son verdad! ¡Todo es verdad!

Nuevamente, golpeó furiosa el suelo con el pie.

—Sí —dijo Poirot—, verdaderamente son muy ingeniosas.

—¡Son verdad! ¡Verdad! —gritó Ginebra.

Luego, irritada, dio media vuelta y descendió corriendo por la ladera de la montaña. Poirot se quedó allí mirando cómo se alejaba. Un par de minutos después oyó una voz detrás de él:

—¿Qué le ha dicho usted?

Poirot se volvió y vio al doctor Gerard de pie a su lado y casi sin aliento. Sarah se acercaba hacia ellos, pero a un paso mucho más lento.

Poirot respondió.

—Le he dicho que se había imaginado una serie de bellas historias.

El doctor movió la cabeza con aire pensativo.

—¿Y se ha enfadado? Es una buena señal. Significa que todavía no ha pasado definitivamente la frontera. ¡Todavía sabe que esas cosas no son verdad! La curaré.

—¡Ah! ¿Tiene usted la intención de curarla?

—Sí. Ya he hablado de ello con la joven señora Boynton y su esposo. Ginebra vendrá a París e ingresará en una de mis clínicas. Más tarde, se preparará para el escenario.

—¿El escenario?

—Sí. En el teatro hay muchas posibilidades de éxito para ella. Y eso es lo que necesita. ¡Es lo que debe tener! En muchos puntos esenciales tiene el mismo carácter que su madre.

—¡No! —protestó Sarah.

—A usted le parece imposible, pero ciertos rasgos fundamentales son idénticos. Las dos nacieron con un ansia muy grande de llegar a ser importantes. ¡Las dos necesitan que su personalidad deje huella! Esta pobre niña se ha visto frustrada y reprimida a cada paso. No se le ha permitido desarrollar su feroz ambición, su amor por la vida. No ha podido expresar su romántica y viva personalidad. ¡*Nous allons changer tout ga*! —terminó el doctor con una pequeña carcajada.

Luego, haciendo una leve reverencia, murmuró:

—Les ruego que me perdonen.

Y a toda prisa, bajó por la colina detrás de la muchacha.

—El doctor Gerard es tremendamente agudo en su oficio —dijo Sarah.

—Sí, ya me doy cuenta de su agudeza —asintió Poirot.

—De todos modos, no soporto que compare a Ginebra con aquella horrible vieja, aunque, una vez, yo misma sentí pena por la señora Boynton —dijo Sarah frunciendo el ceño.

—¿Cuándo fue eso, *mademoiselle*?

—Aquella vez en Jerusalén. Ya le he hablado de ello. De repente, sentí como si me hubiese equivocado completamente en aquel asunto. Ya sabe, esa sensación que uno tiene a veces cuando, sólo por un instante, ve las cosas desde una perspectiva completamente opuesta. ¡En ese momento, me emocioné y fui a ponerme en ridículo!

—¡Oh, no! ¡Eso no!

Sarah, como siempre que recordaba su conversación con la señora Boynton, estaba visiblemente ruborizada.

—¡Estaba exaltada, como si tuviera que cumplir una misión! Y más tarde, cuando *lady* Westholme me dirigió aquella mirada de pez y me dijo que me había visto hablar con la señora Boynton, pensé que seguramente habría oído la conversación y me sentí como una perfecta idiota.

—¿Qué fue lo que le dijo la vieja señora Boynton? ¿Recuerda las palabras exactas? —dijo Poirot.

—Creo que sí. Me causaron una gran impresión: «Yo nunca olvido. Recuérdelo. Nunca he olvidado nada. Ni una acción, ni un nombre, ni una cara». —Sarah tembló—. Lo dijo con tanta maldad, sin mirarme siquiera. Siento… siento como si todavía pudiera oírlo…

Poirot dijo con amabilidad:

—¿Eso la impresionó mucho?

—Sí. Yo no me asusto con facilidad, pero a veces sueño con ella y la escucho pronunciar justamente aquellas palabras, con una expresión impúdica de maldad y triunfo en su cara. ¡Aj!

Sarah se estremeció y después se volvió de repente hacia el detective.

—Señor Poirot, quizá no debería preguntárselo, pero ¿ha llegado usted a alguna conclusión en todo este asunto? ¿Ha descubierto algo definitivo?

—Sí.

Poirot observó cómo los labios de Sarah temblaban al preguntar:

—¿Qué?

—He averiguado con quién hablaba Raymond Boynton aquella noche en Jerusalén. Era su hermana Carol.

—¡Carol!, ¿cómo no?

Sarah insistió:

—¿Le dijo usted algo a él? ¿Le preguntó…?

Era inútil. No podía seguir. Poirot la miró seria y compasivamente.

—¿Significa tanto para usted, *mademoiselle*? —dijo.

—¡Lo significa todo! —dijo Sarah, levantando los hombros—. ¡Pero tengo que saberlo!

—Me dijo que había sido un estallido de histeria, nada más —explicó Poirot—. Que él y su hermana estaban al límite de sus nervios. Añadió que al día siguiente aquella idea les pareció a los dos absurda.

—Ya veo…

Con gentileza, Poirot preguntó:

—Señorita Sarah, ¿quiere decirme cuál es su miedo? —Sarah volvió hacia él un rostro pálido y desesperado.

—Aquella tarde estuvimos juntos. Y él se separó de mí diciéndome que quería hacer algo enseguida, mientras aún conservara el valor. Pensé que lo que pretendía era tan sólo… hablar con ella, decírselo. Pero suponiendo que pretendiese…

Su voz se apagó. Sarah permaneció rígida, luchando por conservar el control.

Capítulo XIII

Nadine Boynton salió del hotel. Mientras vacilaba, indecisa, un hombre, que había estado allí esperando, se adelantó.

El señor Jefferson Cope estuvo inmediatamente al lado de su dama.

—¿Qué tal si vamos por este camino? Creo que es el más agradable.

Ella accedió.

Caminaron juntos y el señor Cope hablaba con gran libertad, si bien en un tono de voz un poco monótono. No parecía darse cuenta de que Nadine no escuchaba. Cuando giraron hacia el lado rocoso de la colina, que se hallaba cubierto de flores, ella lo interrumpió:

—Jefferson, lo siento, tengo que hablar contigo. —Había palidecido.

—Claro, querida. Todo lo que tú quieras, pero no te angusties.

—Eres más listo de lo que pensaba —dijo ella—. Ya sabes lo que voy a decirte, ¿verdad?

—Es indudable —dijo el señor Cope— que las circunstancias alteran los hechos. Comprendo que, después de lo que ha ocurrido, haya que reconsiderar algunas decisiones —suspiró—. Sigue adelante, Nadine, y haz sólo lo que sientas que debes hacer.

Con verdadera emoción, la joven replicó:

—Eres muy bueno, Jefferson. ¡Tan paciente! Creo que te he tratado muy mal. He sido verdaderamente mezquina contigo.

—No. Ahora escúchame, Nadine. Vamos a poner las cosas en su sitio. Yo siempre he sabido cuáles eran mis limitaciones por lo que a ti se refiere. Desde que te conozco, he sentido por ti el más profundo afecto y el mayor respeto. Todo lo que deseo es tu felicidad. Es lo que siempre he deseado. Casi me vuelvo loco viendo lo desgraciada que eras. Y digamos que le echaba la culpa a Lennox. Sentía que él no merecía conservarte si no era capaz de valorar tu

felicidad un poco más de lo que lo hacía.

El señor Cope respiró hondo y prosiguió:

—Ahora, después de haber viajado con vosotros a Petra, he comprendido que quizá Lennox no era tan responsable de ello como yo pensaba. Ni era tan egoísta con respecto a ti, ni tan abnegado con respecto a su madre. No quiero decir nada en contra de los muertos, pero ahora creo que tu suegra era una mujer extremadamente difícil.

—Sí, supongo que eso es lo que podría decirse de ella —murmuró Nadine.

—En cualquier caso —continuó el señor Cope—, tú viniste a verme y me dijiste que estabas decidida a dejar a Lennox. Y yo aplaudí tu decisión. La vida que llevabas no era buena. Fuiste honrada conmigo. No pretendiste hacerme creer que sentías por mí algo más que un simple afecto. A mí ya me bastaba. Lo único que pedía era la oportunidad de cuidar de ti y de tratarte como mereces. Puedo decir que aquella tarde fue una de las más felices de mi vida.

Nadine sollozó:

—¡Lo siento! ¡Lo siento!

—No, querida, no lo sientas, porque durante todo este tiempo he tenido la sensación de que no era real. Sentía que estaba escrito que tú cambiarías de opinión en cualquier momento. Y bueno, ahora todo es distinto. Lennox y tú podéis vivir vuestra vida.

—Sí —murmuró Nadine—. No puedo dejar a Lennox. Por favor, perdóname.

—No hay nada que perdonar —declaró el señor Cope—. Volveremos a ser viejos amigos y nos olvidaremos de aquella tarde.

Nadine apoyó suavemente su mano sobre el brazo del señor Cope.

—Querido Jefferson, muchas gracias. Ahora voy a buscar a Lennox.

Dio media vuelta y se alejó. El señor Cope siguió andando solo.

Nadine encontró a Lennox sentado en lo alto del teatro grecorromano. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que ella se acercaba, hasta que se dejó caer sin aliento a su lado.

—Lennox.

—Nadine.

—Hasta ahora no hemos podido hablar —dijo ella—, pero tú sabes que ya no me voy, ¿verdad?

—¿Alguna vez tuviste verdaderamente la intención de hacerlo, Nadine? —dijo él con gravedad.

Ella asintió.

—Sí. No parecía que hubiese ninguna otra posibilidad. Esperaba… esperaba que me siguieras. Pobre Jefferson. ¡He sido tan injusta con él!

Lennox soltó una breve carcajada.

—No, no lo has sido. ¡Nadie que sea tan desinteresado como Cope debería ser alabado por su nobleza! Y tú tenías razón, ¿sabes, Nadine? ¡Cuando me dijiste que te ibas con él, me diste el golpe más fuerte que he recibido en mi vida! Honestamente, creo que en los últimos tiempos me estaba volviendo afeminado o algo así. ¿Por qué diablos no le di una bofetada a mi madre y me marché contigo cuando me lo pediste?

—No podías, cariño, no podías —dijo ella con dulzura.

—Mi madre era una persona condenadamente retorcida. Creo que nos tenía a todos hipnotizados —dijo Lennox con aire distraído.

—Es verdad.

Lennox se quedó pensando un par de minutos. Después dijo:

—¡Aquella tarde, cuando me dijiste que te ibas, fue como un mazazo en la cabeza! Me quedé atontado. ¡Y de repente me di cuenta de lo estúpido que había sido! Comprendí que si no quería perderte, sólo podía hacer una cosa.

Lennox sintió cómo ella se ponía rígida. Con voz más severa, agregó:

—Fui y…

—¡No!

Lennox lanzó una rápida mirada a su mujer.

—Fui y… discutí con ella —hablaba con sumo cuidado, en un tono distinto, un tono neutro—. Le dije que tenía que elegir entre ella y tú… y que te elegía a ti.

Hubo una pausa.

Después, Lennox, como aprobando sus propias palabras, añadió:

—Sí. Eso fue lo que le dije.

Capítulo XIV

Cuando se dirigía de vuelta a su alojamiento, Poirot se encontró con dos personas. La primera de ellas fue el señor Jefferson Cope.

—¿Señor Hércules Poirot? Me llamo Jefferson Cope.

Los dos hombres se estrecharon la mano ceremoniosamente. Luego, caminando junto a Poirot, el señor Cope explicó:

—Ha llegado a mis oídos que está usted realizando una investigación rutinaria a propósito de la muerte de mi vieja amiga, la señora Boynton. Fue un suceso verdaderamente impactante. Claro que la anciana señora no debería haber emprendido un viaje tan agotador. Pero era muy tozuda, señor Poirot. Su familia no podía hacer nada con ella. Pasaba por ser una tirana doméstica y me parece que había hecho las cosas a su modo durante demasiado tiempo. Lo que ella decía, iba a misa. Esa es la pura verdad.

Hubo una breve pausa.

—Quisiera decirle, señor Poirot, que soy un viejo amigo de los Boynton. Como es lógico, están todos muy apesadumbrados con este asunto. Ya sabe, un poco nerviosos y muy afectados. Supongo que lo entiende. Así que si hay que encargarse de algo, las formalidades necesarias, la organización del funeral, el traslado del cadáver a Jerusalén, yo estaré encantado de hacer lo que sea para evitarles molestias. No tiene más que llamarme si me necesitan para algo.

—Estoy seguro de que la familia agradecerá su ofrecimiento —dijo Poirot y agregó—: Si no me equivoco es usted amigo especial de la joven señora Boynton.

El señor Jefferson Cope enrojeció ligeramente.

—Bueno, no me parece que debamos hablar de ello, señor Poirot. Sé que esta mañana ha tenido usted una entrevista con la señora Lennox Boynton, y seguramente ella ya le ha contado algo acerca de cómo estaban las cosas entre nosotros. Pero eso se acabó.

La señora Boynton es una mujer intachable y sabe que su deber es estar junto a su marido en estos momentos de duelo.

Hubo una pausa. Poirot acogió las explicaciones del señor Cope con una leve inclinación de cabeza. Luego murmuró:

—El coronel Carbury desea conocer con exactitud lo que pasó la tarde en que murió la señora Boynton. ¿Podría contarme usted algo acerca de esa tarde?

—Sí, ¿cómo no? Después de comer y tras un breve descanso salimos a dar una vuelta por los alrededores. Mejor dicho, nos escabullimos, nos escapamos de aquel engorroso guía. Ese hombre está completamente obsesionado con el tema de los judíos. Me parece que no anda muy bien de la cabeza. En fin, como le decía, nos fuimos. Fue entonces cuando hablé con Nadine. Después, ella me dijo que quería estar a solas con su marido para discutir el asunto con él. Así que seguí paseando solo y me dirigí lentamente hacia el campamento. A mitad de camino, me encontré con las dos damas inglesas que habían venido a la excursión de la mañana. Creo que una de ellas es una aristócrata.

Poirot se lo confirmó.

—¡Ah, sí! ¡Una gran mujer, muy inteligente y muy instruida! La otra, en cambio, me pareció más bien una monja debilucha y tenía el aspecto de estar muerta de cansancio. La excursión que habíamos hecho por la mañana era demasiado pesada para una mujer mayor, sobre todo si le dan miedo las alturas. En fin, como le decía, me encontré con estas dos señoras y les estuve hablando acerca de los nabateos. Fuimos a dar otra vuelta y volvimos al campamento hacia las seis. *Lady* Westholme insistió en tomar el té y yo tuve el placer de acompañarla. Era un té muy flojo, pero tenía un aroma muy agradable. Después, los chicos pusieron la mesa para la cena. Uno de ellos fue a avisar a la señora Boynton y la encontró sentada en su silla, muerta.

—¿Se fijó usted en ella al volver al campamento?

—Me di cuenta de que estaba allí (era el lugar donde solía sentarse por las tardes), pero no le presté demasiada atención. En ese momento estaba explicándole algo a *lady* Westholme acerca de la depresión económica que sufrimos en América. Y también tenía que estar pendiente de la señorita Pierce. De tan cansada que estaba, no paraba de torcerse los tobillos.

—Gracias, señor Cope. Aún a riesgo de ser indiscreto, ¿puedo preguntarle si la señora Boynton deja una fortuna muy grande?

—Sí. Una fortuna muy considerable. Aunque, para hablar con propiedad, no le pertenecía a ella. Era la usufructuaria de por vida y, a su muerte, el dinero tiene que ser repartido entre los hijos de Elmer Boynton. Sí, a partir de ahora serán muy ricos.

—El dinero —murmuró Poirot— lo cambia todo. ¡Cuántos crímenes no se habrán cometido por dinero!

El señor Cope lo miró un poco estupefacto.

—Sí, claro —admitió.

Poirot sonrió dulcemente y murmuró:

—Pero hay tantas razones para cometer un asesinato, ¿verdad? Gracias, señor Cope, por su cooperación.

—No hay de qué —dijo el señor Cope—. ¿No es la señorita King la que está allí sentada? Creo que me acercaré a charlar con ella.

Poirot siguió bajando la colina.

Se encontró con la señorita Pierce, que subía jadeante. La mujer lo saludó casi sin respiración.

—¡Oh, señor Poirot, me alegro de verle! He estado hablando con esa chica tan rara, la más joven de los Boynton, ya sabe. Me ha dicho cosas extrañísimas, acerca de no sé qué enemigos, un jeque que quería secuestrarla y unos espías que la acechan. ¡La verdad es que sonaba todo muy romántico! *Lady* Westholme dice que sólo son tonterías y que ella tuvo una vez una criada pelirroja que también contaba mentiras como esas, pero yo creo que *lady* Westholme es a veces un poco dura. Después de todo, podría ser verdad, ¿no le parece, señor Poirot? Hace tiempo leí que una de las hijas del zar de Rusia no murió a manos de los revolucionarios, sino que huyó secretamente a América. Creo que era la gran duquesa Tatiana. Podría tratarse de ella, ¿no? La verdad es que tiene cierto aire aristocrático y real… y su aspecto es más bien eslavo, ¿no cree? Esos pómulos… ¡Sería emocionante!

Poirot sentenció:

—Es verdad que en la vida ocurren cosas muy extrañas.

—Esta mañana no caí en la cuenta de quién era usted —dijo la señorita Pierce juntando las manos—. ¡Es ese detective tan famoso! Leí todo lo referente al caso del ABC. Fue excitante. Por aquel entonces, yo trabajaba como institutriz cerca de Doncaster.

Poirot murmuró algo. La señorita Pierce continuó cada vez más emocionada.

—Por eso creo que… tal vez hice mal esta mañana. Uno tiene que decir siempre toda la verdad, ¿no? Incluso los más pequeños detalles, por muy irrelevantes que parezcan. Porque, claro, si usted está metido en esto, significa que la pobre señora Boynton tiene que haber sido asesinada. ¡Ahora lo veo! Supongo que el señor Mah Mood… no puedo recordar su nombre, pero… ¡vaya!… el guía… supongo que… quiero decir… ¿No podría ser un agente bolchevique? O incluso, tal vez, la señorita King. ¡Me han dicho que hay muchachas de buena familia y muy bien educadas que pertenecen a esos horribles grupos comunistas! Por eso me preguntaba si debería contarle a usted… porque, ya sabe, si se pone uno a pensarlo, resulta bastante extraño.

—Precisamente —dijo Poirot—. Y por lo tanto me lo va a contar.

—Bueno, en realidad no es gran cosa. Sólo que, a la mañana siguiente de la muerte de la señora Boynton, me desperté bastante temprano y me asomé a la entrada de mi tienda para ver el amanecer, ya sabe, aunque en realidad no era el amanecer, porque el sol se había levantado hacía lo menos una hora. De todas formas, era temprano…

—Sí, sí. ¿Y entonces vio…?

—Eso es lo curioso, aunque en ese momento no me lo pareció. Lo único que vi fue a esa chica Boynton que salía de su tienda y lanzaba algo al riachuelo. No sé lo que era, por supuesto, pero brillaba con la luz del sol. Cuando iba por el aire. Brillaba, ¿entiende?

—¿Cuál de las chicas Boynton?

—Creo que fue la que se llama Carol. Una muchacha muy atractiva y tan parecida a su hermano. Podrían ser gemelos. Claro que también pudo ser la más joven. El sol me daba en los ojos, así que no pude verla muy bien. Pero no creo que el cabello fuera rojo… era de color bronce. ¡Me encanta ese tipo de cabello, bronce cobrizo! ¡El pelo rojo siempre me hace pensar en zanahorias! —Se rio disimuladamente.

—¿Y dice que tiró al río un objeto brillante? —dijo Poirot.

—Sí y, como ya le he dicho, no le di mucha importancia en

aquel momento. Pero más tarde, iba paseando por la orilla del riachuelo y la señorita King estaba allí. Y en medio de un montón de cosas desagradables, incluso había un par de latas, vi una cajita de metal brillante, no exactamente cuadrada, más bien alargada, ya sabe lo que quiero decir.

—Por supuesto, lo sé perfectamente. ¿Así de larga?

—¡Sí! ¡Qué listo es usted! Y yo pensé: «Supongo que esto es lo que tiró la chica Boynton, pero es una cajita muy linda». Y sólo por curiosidad, la cogí y la abrí. Dentro había una jeringuilla, igual que la que usaron para pincharme a mí en el brazo cuando me vacunaron contra el tifus. Y me pareció muy curioso que la tiraran sin más, porque no parecía estar rota ni estropeada. Justo en ese momento, la señorita King me habló desde detrás. Yo no la había oído acercarse. Y me dijo: «¡Oh, gracias! Es mi aguja hipodérmica. Justamente venía a buscarla». Así que se la di y ella regresó al campamento con la caja.

La señorita Pierce hizo una pausa y luego continuó con prisa:

—Por supuesto, supongo que esto no significa nada. Es sólo que me pareció un poco extraño que Carol Boynton tirara al agua la jeringuilla de la señorita King. Quiero decir que era raro, ¿entiende? Aunque estoy segura de que todo ello tiene una explicación.

Se calló y miró con expectación a Poirot.

El detective estaba muy serio.

—Gracias, *mademoiselle*. Lo que me ha contado puede no tener importancia en sí mismo, pero le diré una cosa: completa mi caso. Ahora todo está claro y en orden.

—¡Oh! ¿De verdad?

La señorita Pierce parecía tan sofocada y complacida como una chiquilla. Poirot la escoltó hasta el hotel.

De vuelta en su propia habitación, añadió una línea a su informe.

```
Punto No. 10: «Yo nunca olvido. Recuérdelo.
Nunca he olvidado nada…».
```

—*Mais oui* —dijo—. Ahora todo está claro.

Capítulo XV

—He ultimado ya mis preparativos —dijo Hércules Poirot.

Lanzando un suspiro, retrocedió unos pasos y contempló los arreglos que habían hecho en una de las habitaciones libres del hotel.

El coronel Carbury, recostado, sin ninguna elegancia, en la cama que había sido retirada hacia la pared, sonrió mientras fumaba en su pipa.

—Es usted un tipo muy divertido, Poirot —dijo—. Le gusta dramatizar las cosas.

—Puede que sea verdad —admitió el pequeño detective—, pero, en realidad, no todo es una concesión a mis gustos. Si se representa una comedia, hay que preparar primero el escenario.

—¿Esto es una comedia?

—Aunque sea una tragedia, el *décor* tiene que ser correcto.

El coronel Carbury lo miró con curiosidad.

—Bien —dijo—. Como usted quiera. No sé lo que pretende. Sin embargo, me imagino que tiene algo.

—Tendré el honor de obsequiarle con lo que usted me pidió: la verdad.

—¿Cree que podremos reunir pruebas convincentes?

—Eso, amigo mío, no fue lo que le prometí.

—Es verdad. A lo mejor me alegro de que no lo hiciera. Depende.

—Mis argumentos son básicamente psicológicos —dijo Poirot.

El coronel Carbury suspiró.

—Me lo temía.

—Pero le convencerán —le aseguró Poirot—. ¡Ya lo creo que le convencerán! Siempre he pensado que la verdad es extraña y hermosa.

—A veces —dijo el coronel Carbury— es condenadamente

desagradable.

—No, no. —Poirot hablaba con toda seriedad—. Usted se lo mira desde un punto de vista personal. Tómelo desde un punto de vista abstracto, imparcial. La absoluta lógica de los acontecimientos es siempre fascinadora.

—Procuraré ver las cosas de ese modo —dijo el coronel.

—Es hora de empezar nuestra representación —dijo Poirot—. Usted, *mon Colonel*, se sentará aquí, detrás de esta mesa, y adoptará la actitud de un oficial.

—¡Oh, está bien! —gruñó Carbury—. No esperará que me ponga el uniforme, ¿verdad?

—No, no. Pero si me permite que le arregle la corbata…

Unió la palabra a la acción. El coronel Carbury volvió a refunfuñar, se sentó en la silla que le habían indicado y, al instante, inconscientemente, volvió a girar su corbata dejando el nudo debajo de su oreja izquierda.

—Aquí —siguió Poirot, alterando ligeramente la posición de las sillas— colocaremos a la *famille* Boynton. Y más cerca —continuó— pondremos a los tres extraños directamente relacionados con el caso. El doctor Gerard, cuyas declaraciones son la base de nuestra investigación. La señorita King, que se halla implicada por dos razones, una personal y la otra profesional, como médico que examinó el cadáver. Y también el señor Jefferson Cope, que mantenía relaciones estrechas con los Boynton y que, por lo tanto, puede ser considerado como parte interesada.

Se interrumpió.

—¡Ajá! Aquí vienen.

Abrió la puerta para dejar entrar al grupo.

Lennox Boynton y su esposa entraron los primeros. Detrás venían Raymond y Carol. Ginebra entró sola, con una leve y distante sonrisa en sus labios. El doctor Gerard y Sarah King cerraban la comitiva. El señor Cope llegó con unos minutos de retraso y entró disculpándose.

Cuando hubo ocupado su lugar, Poirot comenzó:

—Señoras y caballeros —dijo—, esta reunión es completamente extraoficial. Mi intervención en el caso se ha debido a la casualidad de mi presencia en Amman. El coronel Carbury me hizo el honor de consultarme…

Poirot fue interrumpido. Y la interrupción vino de quien menos podía esperarse. Repentinamente, Lennox Boynton dijo en tono belicoso:

—¿Por qué? ¿Por qué diablos tuvo que meterlo en este asunto?

Poirot hizo un gesto conciliador con la mano.

—A menudo, cuando se dan casos de muerte violenta, se solicita mi presencia.

Lennox Boynton dijo:

—¿Los médicos le llaman siempre cuando hay un caso de muerte por ataque al corazón?

—Ataque al corazón es un término muy vago y nada científico —observó Poirot.

El coronel Carbury se aclaró la garganta. Era un carraspeo oficial. Después habló, también en tono oficial:

—Es mejor que dejemos las cosas claras. Se me comunicaron las circunstancias de la muerte. Todo era aparentemente muy normal: un calor excesivo, un viaje demasiado penoso para una anciana delicada de salud. Hasta aquí, todo claro. Pero el doctor Gerard vino a verme y me proporcionó una información.

Miró inquisitivamente a Poirot. Este asintió.

—El doctor Gerard es un médico eminente con una reputación conocida en todo el mundo. Cualquier declaración que él haga debe ser tenida en consideración. El doctor Gerard afirmó lo siguiente: «A la mañana siguiente de la muerte de la señora Boynton, se dio cuenta de que en su botiquín faltaba cierta cantidad de una poderosa droga que actúa contra el corazón. La tarde anterior había notado asimismo la desaparición de una jeringuilla. Durante la noche, esta fue devuelta. Último punto: en la muñeca de la mujer muerta se descubrió la marca de una punción que corresponde a una aguja hipodérmica».

El coronel Carbury hizo una pausa.

—En estas circunstancias consideré que era obligación de las autoridades abrir una investigación sobre el caso. El señor Hércules Poirot era mi huésped y, muy amablemente, me ofreció sus especializados servicios. Le concedí plena autoridad para que llevara a cabo todas las indagaciones que quisiera. Estamos reunidos aquí para escuchar su informe sobre el asunto.

Se hizo el silencio, un silencio tan profundo, que, como se suele

decir, no se oía ni el vuelo de una mosca. En la habitación de al lado, alguien dejó caer algo al suelo, tal vez un zapato, y el golpe resonó como una bomba en aquella silenciosa atmósfera. Poirot dirigió una rápida mirada al grupo de tres personas que tenía a su derecha y luego miró a los cinco que se amontonaban, muy juntos, a su izquierda, cinco personas con ojos asustados.

Tranquilamente, Poirot empezó:

—Cuando el coronel Carbury me habló de este asunto, le di mi opinión como experto. Le dije que tal vez no sería posible reunir pruebas, el tipo de pruebas que son necesarias para llevar el caso ante un tribunal de justicia, pero también le dije que estaba seguro de poder llegar hasta la verdad, simplemente interrogando a las personas implicadas. Porque, déjenme que les diga una cosa, amigos míos, para investigar un crimen basta con dejar hablar a la parte culpable. ¡Al final, los culpables siempre acaban contándote lo que quieres saber!

Hizo una pausa.

—Así, en este caso, aunque todos ustedes me han mentido, también, involuntariamente, me han dicho la verdad.

Poirot oyó un apagado suspiro. Alguien arrastró una silla a su derecha. Pero el detective no miró a su alrededor. Siguió mirando a los Boynton.

—Primero estudié la posibilidad de que la señora Boynton hubiera fallecido de muerte natural. Y decidí que no era probable. La desaparición de la droga y de la jeringuilla y, sobre todo, la actitud de la familia de la muerta, me convencieron de que esa hipótesis no podía sostenerse. ¡No sólo la señora Boynton fue asesinada a sangre fría, sino que todos los miembros de su familia lo sabían! Colectivamente, actuaron como encubridores, como parte culpable. Pero hay diferentes grados de culpabilidad. Examiné atentamente las evidencias, a fin de averiguar si el crimen (porque no cabía duda ya de que era un crimen) había sido cometido por la familia de la anciana según un plan concebido entre todos. Debo decir que existían suficientes móviles. Todos y cada uno de ellos se beneficiaban de la muerte de la señora Boynton, tanto en el sentido financiero, ya que inmediatamente alcanzaban la independencia económica y podían gozar, además, de una gran fortuna, como en el sentido de verse libres de lo que se había convertido en una tiranía

casi insoportable.

»Pero, enseguida me di cuenta de que la teoría del asesinato planeado entre todos no encajaba. Las versiones que daban los miembros de la familia Boynton no se complementaban perfectamente unas con las otras. No habían preparado ningún sistema creíble de coartadas. Los hechos parecían sugerir más bien que uno, o tal vez dos de ellos, habían actuado en combinación y que los otros se habían convertido en encubridores, después del hecho. Seguidamente, me pregunté qué miembro o miembros de la familia eran los que con más probabilidad habían cometido el crimen. He de decir que, en este punto, me vi influido por cierta evidencia que sólo yo conocía. —Poirot explicó lo que había escuchado en Jerusalén.

»Naturalmente, aquello apuntaba hacia el señor Raymond Boynton como el principal promotor de todo. Estudiando a la familia, llegué a la conclusión de que la persona que más probabilidades tenía de ser su interlocutora aquella noche en Jerusalén era su hermana Carol. Los dos se parecen mucho, tanto en su aspecto físico como en su carácter, lo cual hace suponer que se entienden muy bien. Asimismo, los dos poseen el mismo temperamento nervioso y rebelde, que era lo que hacía falta para la concepción de una acción semejante. El hecho de que su móvil fuera en parte desinteresado, liberar a toda la familia y particularmente a la hermana más joven, sólo contribuía a que la planificación del crimen fuera más plausible.

Poirot se calló durante un minuto.

Raymond Boynton entreabrió la boca. Después volvió a cerrarla. Sus ojos estaban fijos en Poirot y expresaban una especie de muda agonía.

—Antes de adentrarme en el caso contra Raymond Boynton, me gustaría leerles una lista de hechos significativos que esta misma tarde he sometido al examen del coronel Carbury.

DETALLES SIGNIFICATIVOS.

La señora Boynton tomaba un preparado que contenía digital.

El doctor Gerard echó de menos una aguja hipodérmica.

A la señora Boynton le causaba un enorme placer impedir que su familia se divirtiera con otras personas.

La tarde en cuestión, la señora Boynton animó a los miembros de su familia para que se marcharan y la dejaran sola.

La señora Boynton practicaba con asiduidad el sadismo psicológico.

La distancia entre la carpa y el lugar donde estaba sentada la señora Boynton era aproximadamente de doscientos metros.

Al principio, el señor Lennox Boynton dijo que ignoraba la hora en que había regresado al campamento, pero más tarde reconoció haber puesto en hora el reloj de pulsera de su madre.

El doctor Gerard y la señorita Ginebra Boynton ocupaban tiendas contiguas.

A las seis y media, cuando la cena estuvo lista, un criado recibió la orden de ir a avisar a la señora Boynton.

La señora Boynton pronunció estas palabras en Jerusalén: «Yo nunca olvido. Recuérdelo. Nunca he olvidado nada».

»Aunque he numerado los puntos por separado, en algunos casos se pueden formar pares. Este es el caso, por ejemplo, de los dos primeros: “La señora Boynton tomaba un preparado que contenía digital”. “El doctor Gerard echó de menos una aguja hipodérmica”. Estos dos hechos fueron los primeros que me sorprendieron, y tengo que decirles que me parecieron de lo más extraordinarios y bastante incompatibles. ¿No entienden lo que quiero decir? No importa. Luego volveré sobre este punto. Basta que sepan que concebí esos dos hechos como algo para lo que había que encontrar una explicación satisfactoria.

»Terminaré ahora con mi estudio acerca de las posibilidades de que Raymond Boynton fuera culpable. Lo que sigue son los hechos.

Se le oyó discutir acerca de la posibilidad de matar a la señora Boynton. Estaba sometido a una gran tensión nerviosa. Acababa de pasar, y espero que *mademoiselle* me perdone —hizo una reverencia a Sarah en señal de disculpa—, por un momento de fuerte crisis emocional. Quiero decir que se había enamorado. La exaltación de sus sentimientos pudo haberle hecho reaccionar de distintas maneras. Pudo haberse sentido reconciliado con el mundo en general, incluida su madrastra. Pudo haber reunido por fin el valor para desafiarla y liberarse de su influencia. O pudo simplemente haber encontrado el estímulo que necesitaba para llevar su crimen de la teoría a la práctica. ¡Esto es psicología! Examinemos ahora los hechos.

»Raymond Boynton salió con los demás del campamento a eso de las tres y cuarto. A esa hora, la señora Boynton estaba viva y en perfecto estado. Poco tiempo después, Raymond y Sarah King tuvieron un *tête-a-tête*. Seguidamente, él la dejó. Según su propia declaración, volvió al campamento a las seis menos diez. Subió a ver a su madrastra, cambió unas palabras con ella, luego fue a su tienda y finalmente bajó a la carpa. Él dice que a las seis menos diez, la señora Boynton estaba viva y en perfecto estado.

»Pero ahora llegamos a un hecho que contradice directamente esta afirmación. A las seis y media, la muerte de la señora Boynton fue descubierta por un criado. La señorita King, que posee el título de licenciada en medicina, examinó el cuerpo y afirma rotundamente que, aunque no se tomó muchas molestias en determinar la hora de la muerte, esta tenía forzosamente que haberse producido al menos una hora (y probablemente bastante más) antes de las seis en punto.

»Como ven, nos hallamos ante dos declaraciones contradictorias. Dejando aparte la posibilidad de que la señorita King hubiera cometido un error…

Sarah le interrumpió.

—Yo no cometo errores. Quiero decir que, de haber cometido alguno, lo admitiría.

Su tono era duro y claro.

Poirot se inclinó hacia ella educadamente.

—Entonces sólo quedan dos posibilidades. ¡Uno de los dos, o la señorita King o el señor Raymond Boynton, está mintiendo! Veamos

qué razones podía tener el señor Boynton para hacerlo. Vamos a suponer que la señorita King no está equivocada y no ha mentido deliberadamente. ¿Cuál fue, entonces, la sucesión de los acontecimientos? Raymond Boynton vuelve al campamento, ve a su madre sentada a la entrada de la cueva, sube a hablar con ella y la encuentra muerta. ¿Qué hace? ¿Pide ayuda? ¿Informa enseguida al campamento de lo que ha pasado? No, aguarda un par de minutos. Después se va a su tienda y luego se reúne con su familia en la carpa, sin decir nada. Es una manera de actuar muy curiosa, ¿no?

Con voz nerviosa y áspera, Raymond replicó:

—Sería una idiotez, por supuesto. Eso debería convencerle de que mi madre estaba viva y se encontraba bien, como yo dije. La señorita King estaba confusa y aturdida y cometió un error.

—Uno se pregunta… —Poirot continuaba inexorablemente con su discurso—, … si podría haber alguna razón que explicase ese comportamiento. Según como se mire, parece que Raymond Boynton no puede ser culpable, puesto que la única vez que se le vio acercarse a su madrastra aquella tarde, esta llevaba ya muerta un buen rato. Por lo tanto, suponiendo que Raymond Boynton sea inocente, ¿cómo se explica su conducta? Asumiendo, como digo, su inocencia, podemos explicarla perfectamente. Porque ahora recuerdo aquel fragmento de conversación que escuché: «Lo ves, ¿verdad? Hay que matarla». Vuelve de su paseo y la encuentra muerta y al instante su conciencia culpable le hace considerar cierta posibilidad. El plan ha sido llevado a cabo, pero no por él, sino por su cómplice. *Tout simplement*, él sospecha que su hermana, Carol Boynton, es culpable.

—Eso es mentira —dijo Raymond con voz baja y temblorosa.

Poirot siguió adelante:

—Consideremos ahora la posibilidad de que Carol Boynton sea la asesina. ¿Qué pruebas existen contra ella? Tiene el mismo temperamento tenso, el tipo de temperamento ante el cual un hecho de este tipo podría aparecer como un acto de heroísmo. Era con ella con quien hablaba Raymond Boynton aquella noche en Jerusalén. Carol Boynton volvió al campamento a las cinco menos diez. Según su declaración, subió y habló con su madre. Nadie la vio hacerlo. El campamento estaba desierto, los criados dormían. *Lady* Westholme, la señorita Pierce y el señor Cope estaban explorando cuevas y no

veían el campamento. No había ningún testigo de la posible acción de Carol Boynton. La hora encajaría perfectamente. Por lo tanto, el caso contra Carol Boynton es totalmente factible.

Hizo una pausa. Carol había levantado la cabeza. Sus ojos miraban apagados y tristes a los del detective.

—Hay algo más —dijo Poirot—. A la mañana siguiente, muy temprano, alguien vio cómo Carol Boynton tiraba un objeto al río. Hay razones para creer que ese objeto era una aguja hipodérmica.

—¿*Comment*? —El doctor Gerard levantó la vista sorprendido—. Pero mi jeringuilla fue devuelta. Sí, sí. Ahora, la tengo yo.

Poirot asintió enérgicamente.

—Sí, sí. Una segunda aguja hipodérmica. Es muy curioso, muy interesante. Si no estoy mal informado, esta jeringuilla pertenecía a la señorita King, ¿es así?

Sarah guardó silencio durante una fracción de segundo.

Carol intervino rápidamente.

—No era la aguja de la señorita King —dijo—. Era mía.

—¿Entonces admite que se deshizo de ella tirándola al río, *mademoiselle*?

Vaciló durante un segundo.

—Sí, claro. ¿Por qué no había de hacerlo?

—¡Carol!

Era Nadine. Se inclinó hacia delante. Tenía los ojos muy abiertos y en ellos se reflejaba la angustia.

—Carol… no entiendo…

Carol se volvió y la miró. Había algo hostil en sus ojos.

—¡No hay nada que entender! Tiré una vieja jeringuilla. Nunca toqué el… veneno.

Sarah intervino.

—Lo que le dijo la señorita Pierce es cierto, señor Poirot. Era mi jeringuilla.

Poirot sonrió.

—Este asunto de la jeringuilla es muy complicado y, sin embargo, creo que tiene una explicación. Bien, hemos conseguido plantear dos casos: el de la inocencia de Raymond Boynton y el de la culpabilidad de su hermana Carol. Pero como yo soy extremadamente justo, siempre miro las dos caras de la moneda. Examinemos lo que pudo pasar si Carol Boynton es inocente.

»Regresa al campamento, sube a ver a su madrastra y la encuentra, digamos, muerta. ¿Qué es lo primero que habría pensado? Habría sospechado que su hermano Raymond la había matado. No sabe qué hacer. Así que no dice nada. Más tarde, aproximadamente una hora después, Raymond Boynton regresa y, habiendo, supuestamente, hablado con su madre, no dice en ningún momento que haya algo que no vaya bien. ¿No creen ustedes que entonces sus sospechas se habrían convertido en certezas? Quizá va a la tienda de su hermano y encuentra allí una aguja hipodérmica. ¡Ya no le cabe la menor duda! La coge a toda prisa y la esconde. Por la mañana temprano se deshace de ella lanzándola lo más lejos que puede.

»Y hay otro detalle que nos indica que Carol Boynton es inocente. Cuando se lo pregunto, me asegura que ella y su hermano nunca pretendieron seriamente llevar a cabo su plan. Le pido que me lo jure y ella me jura inmediatamente y con la mayor solemnidad que no es culpable del crimen. ¿Lo ven? Es justamente así como lo dice. No jura que ellos no son culpables. Jura sólo por sí misma, no por su hermano… y piensa que yo no prestaré demasiada atención a ese pronombre.

»*Eh bien*, este es el caso de la inocencia de Carol Boynton. Y ahora retrocedamos un paso y consideremos no la inocencia, sino la posible culpabilidad de Raymond. Supongamos que Carol está diciendo la verdad, que la señora Boynton estaba viva a las cinco y diez. ¿Bajo qué circunstancias podría ser culpable Raymond? Podemos suponer que mató a su madre a las seis menos diez, cuando subió a hablar con ella. Había criados por el campamento, es cierto, pero la luz estaba decreciendo. Podría habérselas arreglado perfectamente, pero de ello se deduciría que la señorita King mintió. Recuerden que ella volvió al campamento sólo cinco minutos más tarde que Raymond. Desde lejos lo habría visto subir hasta donde estaba su madre. Después, cuando el criado la encuentra muerta, la señorita King se da cuenta de que Raymond la ha matado y, para salvarlo, miente, sabiendo que el doctor Gerard está con fiebre y no puede poner en evidencia su mentira.

—¡Yo no he mentido! —dijo Sarah con toda claridad.

—Todavía hay otra posibilidad. La señorita King, como he dicho, llegó al campamento unos minutos después de Raymond. Si

Raymond Boynton encontró a su madre viva, pudo haber sido la señorita King la que le administrase la inyección fatal. Ella consideraba a la señora Boynton un ser perverso y maligno. Podría haberse visto a sí misma como una ejecutora que hace justicia. Esto explicaría también por qué mintió en lo referente a la hora de la muerte.

Sarah había palidecido enormemente. Habló en voz baja, pero serena:

—Es verdad que hablé de la conveniencia de que una persona muriera para salvar a muchas. Fue el Lugar del Sacrificio el que me sugirió la idea. Pero puedo jurarle que nunca le hice daño a esa desagradable anciana. ¡No se me hubiera ocurrido jamás una cosa semejante!

—Y sin embargo —dijo Poirot—, uno de ustedes dos tiene que estar mintiendo.

Raymond Boynton se movió en su silla. Impetuosamente exclamó:

—Usted gana, señor Poirot. ¡Soy yo el que miente! Mamá estaba muerta cuando subí a verla. La sorpresa casi me paralizó. Había ido para resolver las cosas con ella, ya sabe. Para decirle que, a partir de ese momento, yo era libre. ¡Y allí estaba ella, muerta! Su mano fría y fláccida. Y pensé justo lo que usted ha dicho. Pensé que quizá Carol… Había una marca en su muñeca.

Rápidamente, Poirot dijo:

—Ese es un punto acerca del cual todavía no estoy completamente informado. ¿Cuál era el método que ustedes pensaban emplear? Ustedes habían pensado en un método y este tenía algo que ver con una aguja hipodérmica. Eso lo sé. Si quiere que le crea, cuénteme el resto.

Apresuradamente, Raymond contestó:

—Era algo que leí en una novela, una historia inglesa de detectives. Consiste en inyectar aire en la vena con una jeringuilla vacía. Parecía completamente científico. Yo había pensado… hacerlo de ese modo.

—¡Ah! —dijo Poirot—. Ya comprendo. ¿Y compró usted una aguja?

—No. De hecho, cogí la de Nadine. —Poirot lanzó una rápida mirada a la joven.

—¿La jeringuilla que está con su equipaje en Jerusalén? —murmuró.

La joven enrojeció levemente.

—No estaba… segura de lo que había sido de ella —murmuró.

—Es usted muy perspicaz, *madame* —dijo Poirot.

—Gracias —dijo Nadine.

Capítulo XVI

Hubo una pausa. Después, aclarándose la garganta con un carraspeo un tanto afectado, Poirot continuó:

—Hemos resuelto el misterio de lo que yo llamaría «la segunda jeringuilla». Esta pertenecía a la señora Lennox Boynton, le fue robada en Jerusalén por su cuñado Raymond Boynton, a quien luego se la quitó su hermana Carol tras el descubrimiento del cadáver de la señora Boynton. Carol Boynton la tiró al agua, la señorita Pierce la encontró y la señorita King se la reclamó como suya. Supongo que es la señorita King quien la tiene ahora.

—En efecto —dijo Sarah.

—De manera que cuando, hace sólo un momento, dijo que la aguja le pertenecía, estaba usted haciendo lo que jura que no hace nunca: mentir.

Sarah dijo con calma:

—No es lo mismo. Esta no es una… una mentira profesional. —Gerard asintió en señal de aprobación.

—Sí, es verdad. La entiendo perfectamente, *mademoiselle*. —Poirot se aclaró otra vez la garganta.

—Repasemos ahora nuestro horario. Veamos:

Los Boynton y Jefferson Cope abandonan el campamento 3.05 (ap.).

El doctor Gerard y Sarah King abandonan el campamento 3.15(ap.).

Lady Westholme y la señorita Pierce abandonan el campamento 4.15.

El doctor Gerard regresa al campamento 4.20 (ap.).

Lennox Boynton regresa al campamento 4.35.

Nadine Boynton regresa al campamento y habla con la señora Boynton 4.40.

Nadine Boynton deja a su suegra y se va a la carpa 4.50 (ap.).

Carol Boynton regresa al campamento 5.10.

Lady Westholme, la señorita Pierce y el señor Jefferson Cope regresan al campamento 5.40.

Raymond Boynton regresa al campamento 5.50.

Sarah King regresa al campamento 6.00.

Descubren el cadáver 6.30.

«Como observarán, media un intervalo de veinte minutos entre las cinco menos diez, hora en que Nadine Boynton se separó de su suegra, y las cinco y diez, hora en que Carol volvió al campamento. Por lo tanto, si Carol dice la verdad, la señora Boynton tuvo que ser asesinada en esos veinte minutos.

»¿Quién pudo matarla? La señorita King y Raymond Boynton estaban juntos. El señor Cope, además de que no tenía ningún motivo para cometer el crimen, tiene una coartada. Estaba con *lady* Westholme y la señorita Pierce. Lennox Boynton estaba con su esposa en la carpa. El doctor Gerard estaba en su tienda con un ataque de malaria. El campamento se hallaba desierto, los criados dormían. ¡Era el momento ideal para cometer un crimen! ¿Había alguna persona que pudiera haberlo cometido?

La mirada de Poirot se dirigió pensativa a Ginebra Boynton.

—Había una persona. Ginebra Boynton pasó en su tienda toda la tarde. Eso es lo que nos han dicho, pero, en realidad, hay evidencias de que no estuvo en la tienda todo el tiempo. Ginebra Boynton hizo un comentario muy significativo. Dijo que el doctor Gerard la llamaba por su nombre cuando estaba con fiebre. Y el doctor Gerard nos ha contado también que durante su ataque de malaria soñó con el rostro de Ginebra Boynton. ¡Pero no era un sueño! Lo que vio fue realmente la cara de Ginebra Boynton, de pie junto a su cama. Él pensó que era un efecto de la fiebre, pero era la pura realidad.

Ginebra estuvo en la tienda del doctor Gerard. ¿No sería posible que hubiera ido allí a devolver la aguja hipodérmica después de usarla?

Ginebra Boynton levantó su cabeza coronada de su cabello rojo dorado. Sus grandes y bellos ojos miraron fijamente a Poirot. Eran singularmente inexpresivos. Parecía una santa indefinida.

—¡*Non*! —gritó el doctor Gerard.

—¿Es acaso tan impensable desde el punto de vista psicológico? —preguntó Poirot.

El francés bajó los ojos.

Nadine Boynton dijo ásperamente:

—¡Es totalmente imposible!

La mirada de Poirot se posó rápidamente en ella.

—¿Imposible, *madame*?

—Sí.

Hizo una pausa. Se mordió el labio. Después continuó:

—No toleraré que se acuse a mi cuñada. Nosotros… todos nosotros sabemos que es imposible.

Ginebra se movió un poco en su silla. Las líneas de su boca dibujaron una sonrisa, la sonrisa inocente, encantadora y casi inconsciente de una muchacha muy joven. Nadine repitió:

—¡Imposible!

Su suave rostro se había endurecido y expresaba determinación. Los ojos con los que se encontró Poirot eran duros y resueltos.

El detective se inclinó hacia delante e hizo una media reverencia.

—*Madame*, es usted muy inteligente —dijo.

Nadine respondió tranquilamente.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Poirot?

—Quiero decir que durante todo este tiempo me he ido dando cuenta de que usted tiene lo que yo llamaría «una gran cabeza».

—Me halaga.

—No creo. Desde el primer momento ha abordado el asunto con calma y de una manera colectiva. Mantuvo unas relaciones de mínima tolerancia con la madre de su marido, considerando que era lo mejor que podía hacer, pero interiormente la juzgó y la condenó. Creo que ya hace algún tiempo que se dio cuenta de que la única posibilidad que tenía su esposo de ser feliz consistía en que hiciese un esfuerzo para irse de la casa y hacer su propia vida, por más

penosa y difícil que esa vida pudiera resultar. Usted estaba deseosa de asumir todos los riesgos y pretendía influir en él para que hiciera lo mismo. Pero fracasó. Lennox Boynton había perdido el ansia de libertad. Estaba conforme con hundirse en la apatía y la melancolía.

»No tengo ninguna duda, *madame*, de que ama a su marido. Su decisión de abandonarlo no estaba motivada por un gran amor hacia otro hombre. Creo más bien que se trataba de un acto desesperado y usted lo acometió como último recurso. Una mujer en su situación, sólo podía intentar tres cosas. Podía tratar de convencer a su marido. Eso, como he dicho, fracasó. Podía amenazarlo con marcharse. Pero es posible que incluso esa amenaza hubiera dejado impasible a Lennox Boynton. Tal vez lo habría hundido más aún en la miseria, pero no lo habría empujado a rebelarse. Había una última y desesperada posibilidad. Podía irse con otro hombre. Los celos y el instinto de posesión son los más profundos y arraigados instintos del hombre. Demostró su sabiduría al tratar de tocar ese instinto salvaje subyacente. Si Lennox Boynton hubiera dejado que se fuese con otro sin oponer resistencia alguna, entonces habría significado que estaba definitivamente perdido y, en ese caso, usted hubiera podido, a pesar de todo, empezar una nueva vida en otra parte.

»Pero vamos a suponer que incluso ese último y desesperado recurso hubiese fallado. Su marido está muy afectado por su decisión, pero a pesar de todo no reacciona como usted hubiera esperado, como lo hubiera hecho el hombre primitivo poseído por un arrebato de celos. ¿Hay algo que pueda salvar a su marido de la completa ruina mental? Sólo una cosa. Si su suegra muriera, tal vez no sería demasiado tarde. Su marido podría empezar una nueva vida como un hombre libre, podría construir su independencia y su hombría partiendo de sí mismo.

Poirot hizo una pausa y después repitió suavemente:

—Si su suegra moría…

Los ojos de Nadine seguían fijos en él. Con voz impasible y suave dijo:

—Está usted sugiriendo que yo ayudé a que ese suceso se produjera, ¿verdad? Pero no puede hacerlo, señor Poirot. Después de anunciarle a la señora Boynton mi decisión de dejar a mi marido, fui directamente a la carpa y me reuní con Lennox. No salí de allí

hasta que encontraron a mi suegra muerta. Puedo ser culpable, en el sentido de que le causé un gran disgusto. Eso, por supuesto, implica que fue una muerte natural. Pero si, como usted dice (aunque hasta ahora no tiene ninguna evidencia de ello y no podrá tenerla hasta que se efectúe una autopsia), fue asesinada, entonces yo no tuve ocasión de hacerlo.

Poirot dijo:

—Usted no abandonó la carpa hasta que su suegra fue hallada muerta. Eso es lo que acaba de decir. Ese, señora Boynton, fue uno de los puntos que me parecieron más curiosos en este caso.

—¿Qué quiere decir?

—Está aquí, en mi lista. El punto nueve: «A las seis y media, cuando la cena estuvo lista, un criado recibió la orden de ir a avisar a la señora Boynton».

—No entiendo —dijo Raymond.

—Yo tampoco —dijo Carol.

Poirot miró a ambos alternativamente.

—¿No lo entienden, eh? «Un criado fue enviado». ¿Por qué un criado? ¿Acaso no estaban ustedes, todos ustedes, siempre pendientes de la anciana? ¿Acaso no la escoltaban siempre uno u otro a las horas de comer? Era una inválida. Le costaba enormemente levantarse de una silla sin ayuda. Siempre había alguno de ustedes tomándola del brazo. Me parece, por lo tanto, que, una vez lista la cena, lo normal hubiera sido que alguien de su familia hubiera ido a ayudarla. Pero ninguno de ustedes se ofreció a hacerlo. Todos se quedaron allí sentados, paralizados, mirándose los unos a los otros, preguntándose quizá por qué nadie iba a buscarla.

Nadine dijo con aspereza:

—¡Todo eso es absurdo, señor Poirot! Todos estábamos cansados aquella noche. Tendríamos que haber ido a por ella, lo admito, pero… justamente aquella noche… simplemente… no lo hicimos.

—Exacto, exacto… ¡Justamente aquella noche! Usted, *madame*, era seguramente la que más se ocupaba de ella. Era una de las obligaciones que había aceptado por inercia. Pero esa noche no se ofreció para ir a ayudarla. ¿Por qué? Eso es lo que yo me preguntaba, ¿por qué? Y ahora le diré cuál es mi respuesta: porque usted sabía perfectamente que estaba muerta…

»No, no, no me interrumpa, *madame*. —Poirot levantó la mano

sin apasionamiento—. Ahora me va a escuchar a mí, Hércules Poirot. Hubo testigos de su conversación con su suegra. ¡Testigos que pudieron ver, pero que no pudieron oír! *Lady* Westholme y la señorita Pierce estaban demasiado lejos. La vieron hablar, aparentemente, con su suegra, pero ¿qué pruebas reales tenemos de lo que allí sucedió? Quiero exponerle una pequeña teoría. Usted tiene cerebro, *madame*. Si, a su tranquila manera, decidió usted llevar a cabo, digamos, la eliminación de la madre de su marido, debió de hacerlo todo con inteligencia y con la debida preparación. Tiene acceso a la tienda del doctor Gerard durante su ausencia, mientras él está en la excursión de la mañana. Está casi segura de que encontrará una droga apropiada para el caso. Sus prácticas como enfermera le son de mucha utilidad en ese aspecto. Elige el digitoxín, el mismo tipo de medicamento que está tomando la anciana, y se lleva también la aguja hipodérmica del doctor, ya que, para su contrariedad, la suya ha desaparecido. Espera poder restituir la jeringuilla antes de que el doctor se dé cuenta de su falta.

»Antes de proceder con su plan, hace un último intento de empujar a su marido hacia la acción. Le comunica su intención de casarse con Jefferson Cope. Aunque su marido se lleva un gran disgusto, no reacciona como usted había esperado, de modo que se ve forzada a poner en práctica su plan de asesinato. Regresa al campamento y cambia unas palabras con *lady* Westholme y la señorita Pierce al pasar junto a ellas. Sube a donde está sentada su suegra. Tiene preparada la jeringuilla con la droga. Como hábil enfermera que es, le resulta fácil asirle la muñeca e inyectársela. Está hecho antes de que su suegra se dé cuenta de nada. Desde el valle, sólo ven que está usted hablando con ella, inclinándose sobre ella. Después, deliberadamente, va a buscar una silla y se sienta a su lado, aparentemente enfrascada durante algunos minutos en una amistosa conversación. La muerte debió de ser casi instantánea. Está hablando con una mujer muerta, pero ¿quién podría adivinarlo? Después, vuelve a dejar la silla en su lugar y se va a la carpa, donde encuentra a su marido leyendo un libro. ¡Y tiene mucho cuidado de no abandonar el lugar! Está segura de que la muerte de la señora Boynton será atribuida a un paro cardíaco (de hecho, se debió a un paro cardíaco). Sólo hubo un fallo en sus

planes. No puede volver a dejar la jeringuilla en la tienda del doctor Gerard, porque el doctor está allí dentro, temblando a causa de la malaria y, aunque usted no lo sabe todavía, ya ha echado en falta la aguja hipodérmica. Ese, *madame*, fue el error de un crimen que, de otro modo, sería perfecto.

Hubo un silencio mortal. Después, Lennox Boynton se levantó de un salto y gritó:

—¡No! ¡Eso es una maldita mentira! Nadine no hizo nada. No pudo haber hecho nada. Mi madre… mi madre ya estaba muerta.

—¿Ah? —Los ojos de Poirot miraron fijamente a Lennox—. Así que, después de todo, fue usted quien la mató, señor Boynton.

De nuevo, el silencio. Lennox se dejó caer en su silla y se llevó las manos temblorosas a la cara.

—Sí… es verdad… yo la maté.

—¿Cogió el digitoxín de la tienda del doctor Gerard?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Como… como dijo usted… por la mañana.

—¿Y la jeringuilla?

—¿La jeringuilla? Sí.

—¿Por qué la mató?

—¿Todavía lo pregunta?

—Sí, se lo estoy preguntando, señor Boynton.

—Pero si ya lo sabe…, mi mujer me abandonaba… se iba con Cope.

—Sí, pero usted se enteró de eso por la tarde.

Lennox lo miró fijamente.

—Sí, claro. Cuando estábamos fuera…

—Pero robó el veneno y la jeringuilla por la mañana, antes de saberlo.

—¿Por qué diablos me acosa con preguntas?

Hizo una pausa y se pasó una mano temblorosa por la frente.

—¿Qué importa todo eso?

—Importa mucho. Le aconsejo, señor Lennox Boynton, que me diga la verdad.

—¿La verdad? —Lennox lo miró fijamente.

—Eso es lo que he dicho: la verdad.

—¡Dios mío! —exclamó Lennox—. Se la diré, pero no sé si me

creerá —respiró hondo—. Aquella tarde, al separarme de Nadine, estaba completamente deshecho. Nunca había pensado que ella pudiera abandonarme por otro hombre. ¡Estaba… estaba como loco! Me sentía como si estuviera borracho o convaleciente de alguna grave enfermedad.

Poirot asintió y dijo:

—Lo sabía. *Lady* Westholme hizo una descripción perfecta de su modo de andar cuando pasó junto a ella. Por eso sabía que su esposa mentía cuando me dijo que le había dado la noticia de su marcha después de volver al campamento. Prosiga, señor Boynton.

—Apenas sabía lo que hacía, pero, a medida que me acercaba al campamento, mis ideas se fueron aclarando. ¡Me di cuenta de que la culpa era sólo mía! ¡Me había portado como un miserable gusano! Tenía que haber desafiado a mi madrastra y haber huido de su lado muchos años antes. Y se me ocurrió que tal vez entonces no sería aún demasiado tarde. Allí estaba ella, el viejo demonio, sentada allá arriba como un ídolo obsceno, destacándose entre las rojas montañas. Subí dispuesto a terminar con aquello. Quería decirle lo que pensaba y comunicarle que me marchaba. Pensé que incluso podría irme aquella misma noche, irme con Nadine y llegar hasta Maan o a cualquier otra parte.

—¡Oh, Lennox, amor mío!

Lennox exhaló un largo y suave suspiro. Luego prosiguió:

—Y entonces… ¡Oh, Dios mío! ¡Me podrían haber derribado con un simple roce! ¡Estaba muerta! Allí sentada… muerta. No… no supe qué hacer. Estaba mudo, atontado. Todas las cosas que pensaba gritarle se quedaron atascadas dentro de mí. No puedo explicarlo. Me sentí como una piedra, como si me hubiera convertido en piedra. Hice algunas cosas mecánicamente. Recogí su reloj de pulsera. Lo tenía sobre el regazo. Se lo puse en la muñeca, aquella horrible muñeca fláccida y muerta…

Le dio un escalofrío.

—¡Dios! Fue horroroso… Después bajé tropezando y fui a la carpa. Tendría que haber avisado a alguien, supongo, pero no pude. Me limité a sentarme allí, pasando las páginas de mi libro, esperando…

Se detuvo.

—No me creerán… No pueden. ¿Por qué no llamé a alguien?

¿Por qué no se lo dije a Nadine? No lo sé.

El doctor Gerard se aclaró la garganta.

—Su declaración es perfectamente creíble, señor Boynton —dijo —. Se encontraba en un estado de nerviosismo extremo. Dos impresiones como las que usted recibió, una detrás de otra, bastaron para dejarlo en el estado que usted ha descrito. Es la reacción Weissenhalter, cuyo mejor ejemplo es el pájaro que se ha golpeado la cabeza contra una ventana. Aun después de recobrarse, reprime instintivamente todo impulso hacia la acción y, de este modo, se da tiempo para reajustar sus centros nerviosos. No me expreso muy bien en inglés, pero lo que quiero decir es esto: No podía actuar de otra manera. ¡Cualquier acción de cualquier tipo le hubiera sido imposible! Pasó usted por un período de parálisis mental.

Se volvió hacia Poirot.

—Se lo aseguro, amigo mío, es así.

—¡Oh! No lo dudo —dijo Poirot—. Hay un pequeño detalle que yo ya había advertido, el hecho de que el señor Boynton volviera a ponerle a su madre el reloj de pulsera. Podía ser interpretado de dos formas. Podía haberse tratado de una tapadera para el acto en cuestión, o podía haber sido observado y malinterpretado por la señora Boynton. Ella regresó al campamento sólo cinco minutos más tarde que su marido. Por lo tanto, debió de ver esa acción. Cuando subió a ver a su suegra y la encontró muerta, con la marca de una aguja hipodérmica en la muñeca, lo más normal es que sacara la conclusión de que su marido había cometido el crimen, de que al comunicarle su decisión de abandonarlo había provocado en él una reacción diferente a la que ella esperaba. En resumen, Nadine Boynton creyó haber empujado a su marido a cometer el asesinato.

Poirot miró a Nadine.

—¿Es así, *madame*?

Ella asintió inclinando la cabeza. Luego preguntó:

—¿De verdad sospechó de mí, señor Poirot?

—Pensé que era usted una posible culpable. —Ella se inclinó hacia delante.

—¿Y bien? ¿Qué pasó en realidad, señor Poirot?

Capítulo XVII

—¿Qué pasó en realidad? —repitió Poirot.

Acercó una silla y se sentó. Su actitud era amistosa e informal.

—Es una buena pregunta, ¿verdad? Porque el digitoxín fue robado. La jeringuilla no estaba en su sitio. Y había la marca de una aguja hipodérmica en la muñeca de la señora Boynton.

—Es verdad que, en el plazo de unos días, sabremos definitivamente si la señora Boynton murió de una sobredosis de digital o no. La autopsia nos lo dirá. ¡Pero para entonces puede que sea demasiado tarde! Sería mejor que llegáramos a la verdad esta noche, mientras el asesino esté aquí, a nuestro alcance.

Nadine levantó la cabeza con agresividad.

—Quiere decir que todavía piensa que uno de nosotros… Aquí, en esta habitación… —Su voz se apagó.

Poirot asentía lentamente con la cabeza para sí mismo.

—La verdad, eso fue lo que le prometí al coronel Carbury. Y ahora, después de haber despejado el camino, estamos otra vez donde estábamos hace un rato, haciendo una lista de hechos significativos y enfrentándonos con dos incongruencias evidentes.

El coronel Carbury habló por primera vez.

—¿Qué tal si oímos cuáles son? —sugirió.

Poirot dijo con dignidad:

—Ahora me disponía a ello. Tomemos nuevamente esos dos primeros hechos de mi lista: «La señora Boynton tomaba un preparado que contenía digital y el doctor Gerard echó de menos una aguja hipodérmica». Tomemos, como digo, estos dos hechos y contrastémoslos, como yo lo hice, con otro hecho innegable, el de que la familia Boynton se comportaba inequívocamente de una manera culpable. Parecería, pues, que uno de los Boynton tenía forzosamente que haber cometido el crimen. Y, sin embargo, esos dos hechos que he mencionado van en contra de la teoría. Porque,

verán ustedes, robar una solución concentrada de digital es una idea inteligente, pues la señora Boynton estaba ya tomando esa droga. Pero ¿qué es lo que hubiera hecho un miembro de su familia? ¡*Ah, ma foi*! Sólo había una cosa sensata que se pudiera hacer. Poner el veneno en el frasco de su medicina. ¡Eso es lo que cualquiera, cualquiera con un poco de sentido común y que tuviera acceso a la medicina, habría hecho!

»Más tarde o más temprano, la señora Boynton toma una dosis y muere y aunque se descubra el digital en el frasco, siempre se puede achacar este hecho a un error del farmacéutico que hizo el preparado. ¡No hubiera habido manera de probar nada!

»Así pues, ¿por qué el robo de la aguja hipodérmica?

»Sólo hay dos posibles explicaciones. O bien la jeringuilla nunca fue robada y el doctor Gerard no la vio cuando la buscaba, o bien el asesino la robó porque no tenía acceso a la medicina de la señora Boynton. En otras palabras, el asesino no era un miembro de la familia Boynton. ¡Esos dos primeros hechos apuntan de forma abrumadora hacia un extraño como autor del crimen!

»Me di cuenta de ello, pero estaba desconcertado, porque la mayoría de los indicios de culpabilidad señalaban a la familia Boynton. ¿Era posible que, a pesar de esa conciencia de culpabilidad que tenían, los Boynton fueran inocentes? Me lancé a probar, no la culpabilidad, sino la inocencia de esa gente. Y es en este punto donde nos encontramos ahora. El asesinato fue cometido por un extraño, es decir, por alguien que no estaba lo suficientemente próximo a la señora Boynton como para entrar en su cueva y manipular su frasco de medicina.

Hizo una pausa.

—Hay tres personas en esta habitación que, técnicamente, son extraños, pero que tienen una estrecha relación con el caso.

—El señor Cope, al que consideraremos en primer lugar, ha estado íntimamente relacionado con la familia Boynton durante algún tiempo. ¿Podemos hallar el motivo y la ocasión para que cometiera el crimen? Parece que no. La muerte de la señora Boynton le ha perjudicado, ya que ha frustrado algunas de sus esperanzas. A menos que el motivo del señor Cope fuera el deseo fanático de beneficiar a los demás, no podemos hallar ninguna razón para que desease la muerte de la señora Boynton (y a menos

también que exista un motivo respecto al cual no sepamos absolutamente nada, ya que no conocemos el trato que tenía el señor Cope con la familia Boynton).

El señor Cope dijo con dignidad:

—Me parece que está usted llevando las cosas demasiado lejos, señor Poirot. No olvide que no tuve ninguna oportunidad de cometer el crimen y que, en cualquier caso, tengo convicciones muy firmes con respecto a la sacralidad de la vida humana.

—Su posición es ciertamente impecable —dijo Poirot gravemente—. En una obra de ficción, sería usted el principal sospechoso justamente por eso.

Poirot volvió un poco su silla.

—Pasemos ahora a la señorita King. La señorita King tiene una buena cantidad de motivos, posee los conocimientos médicos necesarios y es una persona de carácter y determinación. Pero habiendo salido del campamento con los demás a las tres y media y regresado a él a las seis en punto, es difícil decir cuándo pudo tener oportunidad de hacerlo.

—Nos queda el doctor Gerard. En su caso, debemos tener en cuenta la hora exacta en la que se cometió el crimen. Según la última declaración del señor Lennox Boynton, su madre estaba muerta a las cuatro y treinta y cinco. Según *lady* Westholme y la señorita Pierce, estaba viva a las cuatro y dieciséis, cuando ellas salieron a pasear. Eso deja exactamente veinte minutos en los que no sabemos qué pasó. Pues bien, cuando estas señoras se alejaban del campamento, se cruzaron con el doctor Gerard que regresaba a él. No hay nadie que pueda decir cuáles fueron los movimientos del doctor Gerard cuando llegó allí, porque las dos damas caminaban de espaldas a él. Recuerden que se estaban alejando del campamento. Por lo tanto, el doctor Gerard pudo perfectamente cometer el crimen. Siendo médico, pudo fingir fácilmente el ataque de malaria. Yo diría, además, que tenía un motivo. El doctor Gerard deseaba salvar a cierta persona, cuya razón estaba en peligro (y quizá sea mucho peor perder la razón que la vida). ¡Debió de considerar que valía la pena sacrificar una vida vieja y gastada por aquella causa!

—Tiene usted unas ideas increíbles —dijo Gerard.

Sin hacer caso, Poirot continuó:

—Pero si fue así, ¿por qué el doctor Gerard llamó la atención sobre la posibilidad de que se tratara de una muerte violenta? Está claro que, de no haber sido por lo que él le contó al coronel Carbury, la muerte de la señora Boynton hubiera pasado como un suceso debido a causas naturales. Fue el doctor Gerard el primero que apuntó la posibilidad del asesinato. Eso, amigos míos —dijo Poirot—, carece de sentido.

—No, no parece tenerlo —gruñó en voz baja el coronel Carbury.

—Hay otra posibilidad —dijo Poirot—. La señora Lennox Boynton acaba de negar rotundamente mi teoría acerca de la culpabilidad de su cuñada más joven. La fuerza de su objeción radica en el hecho de que ella sabía que su suegra estaba ya muerta entonces. Pero recuerden que Ginebra Boynton estuvo en el campamento toda la tarde. Y hubo un momento, después de que *lady* Westholme y la señorita Pierce salieran y antes de que el doctor Gerard volviera…

Ginebra se agitó. Se inclinó hacia delante, mirando fijamente a Poirot con ojos extraños, inocentes y desconcertados.

—¿Lo hice yo? ¿Cree usted que yo lo hice?

Y, de pronto, con un veloz movimiento de incomparable belleza, se levantó de su silla y cruzó corriendo la habitación para arrodillarse a los pies del doctor Gerard, mirándolo apasionadamente.

—No, no. ¡No deje que digan eso! ¡Me están acorralando otra vez! ¡No es verdad! ¡Yo no hice nada! Son mis enemigos, quieren meterme en la cárcel, hacerme callar. Tiene que ayudarme. ¡Tiene que ayudarme!

—Ya, ya, pequeña. —El doctor acarició suavemente su cabeza.

Después se dirigió a Poirot.

—Lo que dice no tiene sentido, es absurdo.

—¿Manía persecutoria? —murmuró Poirot.

—Sí. Pero ella no podría haberlo hecho de ese modo. Ella lo hubiera hecho… dramáticamente. ¡Con una daga o con algo llamativo, espectacular, nunca con esa fría y tranquila lógica! Les aseguro a todos que es así. Este fue un crimen razonado… el crimen de una persona cuerda.

Poirot sonrió. Inesperadamente, hizo una reverencia.

—*Je suis entièrement de votre avis* —dijo con toda suavidad.

Capítulo XVIII

—Vamos —dijo Hércules Poirot—. Todavía nos queda un pequeño camino por recorrer. El doctor Gerard ha invocado la psicología, así que procedamos a estudiar el aspecto psicológico de este caso. Hemos tomado los hechos, hemos establecido una secuencia cronológica de los acontecimientos, hemos escuchado las evidencias. Sólo nos queda la psicología. Y la evidencia psicológica más importante concierne a la mujer muerta. Lo más importante de este caso es la psicología de la propia señora Boynton.

»Tomemos los puntos tres y cuatro de mi lista: "A la señora Boynton le causaba un enorme placer impedir que su familia se divirtiera con otras personas. La tarde en cuestión, la señora Boynton animó a los miembros de su familia para que se marcharan y la dejaran sola".

»Estos dos hechos se contradicen claramente. ¿Por qué, justamente esa tarde, la señora Boynton habría de haber cambiado su habitual forma de tratar a la familia? ¿Tal vez sintió una repentina ternura, un instinto de benevolencia? Por todo lo que he oído, eso me parece bastante improbable. Pero, sin duda, debe de haber una razón que lo explique. ¿Cuál fue esa razón?

»Examinemos de cerca el carácter de la señora Boynton. Me han dicho muchas cosas de ella. Que era una vieja y tiránica ordenancista, que le gustaba practicar el sadismo mental, que era una encarnación del mal, que estaba loca. ¿Cuál de todas estas imágenes de ella es la verdadera?

»Yo, personalmente, creo que Sarah King fue la que más se aproximó a la verdad, cuando por una súbita inspiración la vio en Jerusalén como un ser enormemente patético. ¡Pero no sólo patético, inútil!

»Intentemos entrar en la mente de la señora Boynton. Una criatura humana nacida con una inmensa ambición, con un ansia

enorme de dominar y de imprimir su personalidad en otra gente. No es ni que sublimara este intenso deseo de poder, ni que intentara controlarlo. No, *mesdames et messieurs*. ¡Lo alimentaba! Pero, al final, escuchen bien lo que les digo, al final, ¿a qué la condujo? ¡No era muy poderosa! ¡No era temida ni odiada por un gran número de personas! ¡Era la pequeña tirana de una familia aislada! Y, como el doctor Gerard me dijo, se aburrió de su afición, como cualquier otra anciana de la suya, y buscó extender sus actividades y divertirse poniendo en peligro su propio dominio. Pero eso la llevó a enfrentarse con un aspecto de la cuestión totalmente diferente. ¡Viajando al extranjero, se dio cuenta por primera vez de lo insignificante que era!

»Y así llegamos directamente al punto número diez, las palabras que le dirigió a Sarah King en Jerusalén. Sarah King, como ven, había puesto el dedo en la llaga. Había revelado la penosa inutilidad de su existencia. Y ahora, escuchen con atención, todos ustedes, las palabras exactas que la señora Boynton le dijo a Sarah King. La señorita King afirma que la señora Boynton habló "con maldad, sin ni siquiera mirarme". Y he aquí lo que dijo: "Nunca he olvidado nada. Ni una acción, ni un nombre, ni una cara".

»Estas palabras causaron una gran impresión a la señorita King. ¡Su extraordinaria intensidad y el tono elevado y ronco en el que fueron pronunciadas! Fue tan fuerte la impresión que dejaron en su mente que, en mi opinión, la señorita King no fue capaz de darse cuenta de su extraordinario significado.

»¿Alguno de ustedes ve cuál puede ser ese significado?

Esperó un minuto.

—Parece que no. Pero, *mes amis*, ¿no se dan cuenta de que aquellas palabras no eran en absoluto una respuesta razonable a todo lo que la señorita King acababa de decir? «Nunca he olvidado nada. Ni una acción, ni un nombre, ni una cara». ¡No tiene sentido! Si hubiera dicho: «Nunca olvido una impertinencia» o algo por el estilo…, pero no, «una cara», eso es lo que dijo…

»¡Ah! —gritó Poirot dando una palmada—. ¡Pero si salta a la vista! Aquel fue un momento psicológico en la vida de la señora Boynton. Había sido desenmascarada por una mujer joven e inteligente. Estaba llena de furia contenida. Y, en ese momento, reconoció a alguien, una cara del pasado. Una víctima que caía en

sus manos. Volvemos, pues, a la teoría del extraño. Y así se explica claramente la inesperada amabilidad de la señora Boynton la tarde de su muerte. ¡Quería verse libre de su familia, porque —usando una vulgaridad— tenía un pez más grande que guisar! Quería tener el campo libre para una charla con su nueva víctima.

»Y ahora, desde este nuevo punto de vista, repasemos los acontecimientos de aquella tarde. Los Boynton se van. La señora Boynton se sienta junto a su cueva. Analicemos muy cuidadosamente las declaraciones de *lady* Westholme y la señorita Pierce. Esta última no es un testigo de fiar. Es poco observadora y muy sugestionable. *Lady* Westholme, en cambio, es muy clara y meticulosamente observadora. Las dos están de acuerdo en un hecho. Un árabe, uno de los criados, se acerca a la señora Boynton, la hace enfurecer por algún motivo y se retira apresuradamente. *Lady* Westholme afirmó rotundamente que el criado había estado primero en la tienda de Ginebra Boynton, pero recuerden que la del doctor Gerard estaba al lado de la de Ginebra. Es posible que el árabe entrara en la del doctor Gerard…

El coronel Carbury dijo:

—¿Pretende hacerme creer que uno de los beduinos asesinó a la anciana pinchándola con una aguja hipodérmica? ¡Fantástico!

—Espere, coronel Carbury. Aún no he terminado. Supongamos que el árabe hubiera venido de la tienda del doctor Gerard y no de la de Ginebra Boynton. ¿Qué es lo siguiente? Las dos damas aseguran que no pudieron verle la cara con suficiente claridad para identificarlo y que no entendieron lo que dijo la señora Boynton. Es comprensible. La distancia entre la carpa y el saliente era de unos doscientos metros. Sin embargo, *lady* Westholme dio una clara descripción del sujeto, especialmente de su ropa. Habló de sus pantalones de montar rasgados y remendados y de la forma descuidada en que llevaba enrolladas las espinilleras.

Poirot se inclinó hacia delante.

—Y eso, amigos míos, es verdaderamente muy extraño. ¡Porque si no pudo ver su cara ni oír lo que decía, era imposible que distinguiera el estado en el que estaban sus pantalones y sus espinilleras! ¡No a doscientos metros!

—Eso fue un error, ¿ven? Me sugirió una idea curiosa. ¿Por qué tanto insistir en los pantalones rotos y las espinilleras descuidadas?

¿Tal vez porque los pantalones no estaban rotos y las espinilleras no existían? *Lady* Westholme y la señorita Pierce vieron al hombre, pero desde donde estaban sentadas no podían verse la una a la otra. Lo demuestra el hecho de que *lady* Westholme fue a ver si la señorita Pierce estaba despierta y la encontró sentada delante de su tienda.

—¡Dios mío! —dijo el coronel Carbury de pronto, enderezándose en su asiento—. ¿Está usted sugiriendo…?

—Sugiero que, después de haberse asegurado de lo que estaba haciendo la señorita Pierce (el único testigo que podía estar despierto), *lady* Westholme volvió a su tienda, se puso sus pantalones de montar, sus botas y una chaqueta color caqui, se hizo un turbante con el trapo de limpiar el polvo y unas madejas de lana y, así ataviada, entró en la tienda del doctor Gerard, registró su botiquín, eligió la droga que necesitaba, llenó la jeringuilla y fue audazmente hacia su víctima.

»La señora Boynton debía de haberse adormilado. *Lady* Westholme fue rápida. La cogió por la muñeca y le inyectó la droga. La señora Boynton lanzó un grito, intentó levantarse y, al fin, cayó en su sillón. El "árabe" huyó a toda prisa, dando muestras de estar avergonzado y asustado. La señora Boynton agitó su bastón, intentó levantarse y, al fin, quedó inmóvil.

»Cinco minutos más tarde, *lady* Westholme se reúne con la señorita Pierce y comenta la escena que acaba de presenciar, imprimiendo su versión de los hechos en el cerebro de la otra. Después se van a dar un paseo y, al pasar bajo el saliente donde está la señora Boynton, *lady* Westholme le pregunta algo a la anciana. No obtiene respuesta. La señora Boynton está muerta, pero ella hace notar a la señorita Pierce que la anciana es "muy grosera por contestarles de esa manera, con un gruñido". La señorita Pierce lo acepta así, se deja sugestionar. A menudo ha oído a la señora Boynton responder con un gruñido. Si fuera necesario juraría sinceramente que lo había oído de verdad. *Lady* Westholme ha estado ya en suficientes comités con mujeres del tipo de la señorita Pierce para saber exactamente hasta qué punto su poderosa personalidad puede influir en ellas. Lo único que falló en su plan fue la devolución de la jeringuilla. El hecho de que el doctor Gerard volviera tan pronto al campamento desmontó su esquema. Ella

tenía la esperanza de que el médico no notase la ausencia de la aguja, o de que pensara que se le había pasado por alto, y la volvió a poner en su sitio aquella noche.

Se paró.

Sarah dijo:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué *lady* Westholme habría de querer matar a la señora Boynton?

—¿No me dijo usted que, en Jerusalén, cuando habló con la señora Boynton, *lady* Westholme estaba bastante cerca? Era a *lady* Westholme a quien la señora Boynton dirigió aquellas palabras: «No he olvidado nunca nada. Ni una acción, ni un nombre, ni una cara». Una a esto el hecho de que la señora Boynton había sido, en su tiempo, celadora en una cárcel y podrá hacerse una idea muy aproximada de la verdad. *Lord* Westholme conoció a su esposa en un viaje, cuando regresaba de América. Antes de casarse, *lady* Westholme había sido una criminal y había estado en prisión.

»¿Comprenden el terrible dilema en el que se hallaba? Su carrera, sus ambiciones, su posición social. ¡Todo estaba en juego! Aún no sabemos, pero no tardaremos en averiguarlo, cuál fue el crimen por el que cumplió sentencia, pero debía de ser suficiente para hundir su carrera política si llegaba a hacerse público. Y recuerden que la señora Boynton no era una chantajista vulgar. No quería dinero. Deseaba sentir el placer de atormentar a su víctima durante un tiempo y después habría disfrutado revelando la verdad de la manera más espectacular. No, mientras la señora Boynton viviera, *lady* Westholme no estaría segura. Obedeció las instrucciones de la señora Boynton y se reunió con ella en Petra (siempre me pareció extraño que una mujer con tal sentido de su propia importancia como *lady* Westholme hubiera preferido viajar como una simple turista), pero sin duda meditaba ya las posibles formas de asesinarla. Vio su oportunidad y la aprovechó audazmente. Sólo cometió dos errores. Uno, hablar demasiado, me refiero a la descripción de los pantalones rotos, pues esto fue lo primero que orientó mi atención hacia ella, y el otro, confundirse de tienda y entrar primero en la de Ginebra, que estaba dentro medio dormida. De ahí la historia de la chica, mitad fantasía, mitad verdad, acerca del Jeque disfrazado. Ginebra lo trastocó todo, obedeciendo a su instinto de transformar la realidad haciéndola más

dramática, pero aquella indicación fue suficientemente significativa para mí.

Se paró.

—Pronto lo sabremos todo. Hoy he conseguido las huellas dactilares de *lady* Westholme sin que ella se diera cuenta. Si las enviamos a la prisión donde en un tiempo fue celadora la señora Boynton, en cuanto sean comparadas con las que tienen en los ficheros, sabremos toda la verdad.

Calló.

En aquel breve silenció se escuchó una detonación.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el doctor Gerard.

—Me ha parecido un disparo —dijo el coronel Carbury, levantándose rápidamente—. En la habitación de al lado. ¿Quién está en esa habitación?

Poirot murmuró:

—Tengo una ligera idea. Es la habitación de *lady* Westholme.

Epílogo

Extracto del *Evening Shout*:

> «Lamentamos anunciar la muerte de *lady* Westholme, miembro del Parlamento, a causa de un desgraciado accidente. *Lady* Westholme, que era aficionada a viajar a países lejanos, siempre llevaba un pequeño revolver con ella. Estaba limpiándolo cuando este se disparó accidentalmente y le produjo la muerte. El fallecimiento fue instantáneo. Damos nuestro más sentido pésame a *lord* Westholme, etc., etc.».

Una cálida noche de junio, cinco años más tarde, Sarah Boynton y su marido estaban sentados entre bastidores en un teatro de Londres. La obra representada era Hamlet. Sarah estrechó el brazo de Raymond cuando las palabras de Ofelia surgieron flotando por encima de las candilejas: «¿Cómo podré distinguir tu amor verdadero de otro cualquiera? Por su sombrero y su bastón y sus sandalias. Está muerto y se ha ido, señora. Está muerto y se ha ido. A su cabeza, un césped de hierba verde; a sus pies, una piedra. ¡Oh!».

A Sarah se le hizo un nudo en la garganta. Aquella exquisita y beatífica belleza, aquella sonrisa encantadora y etérea, la de alguien que había superado el dolor y había llegado a una región donde los espejismos eran verdad…

Sarah murmuró para sí misma:

—¡Es preciosa…!

La inolvidable y armoniosa voz, con su siempre bello tono, pero

disciplinada y modulada para ser un instrumento perfecto.

Cuando el telón cayó al final del acto, Sarah dijo con decisión:

—Jinny es una gran actriz. ¡Una actriz maravillosa!

Más tarde se sentaron alrededor de una mesa en el Savoy. Ginebra, sonriendo, distante, se volvió hacia el hombre barbudo que estaba a su lado.

—Fue estupendo, ¿verdad, Theodore?

—Estuviste fantástica, *chérie*.

Una sonrisa de felicidad afloró a los labios de la joven.

—Tú siempre creíste en mí —murmuró—. Tú siempre supiste que podría hacer grandes cosas… dominar multitudes…

En una mesa a poca distancia, el Hamlet de la noche estaba diciendo en tono lóbrego:

—¡Su amaneramiento! Desde luego, a la gente le gusta sólo al principio, pero lo que yo digo es que eso no es Shakespeare. ¿Vieron ustedes cómo echaba a perder mi mutis? —Nadine, sentada enfrente de Ginebra, dijo:

—¡Es excitante estar aquí, en Londres, con Jinny representando a Ofelia y hecha una celebridad!

—Os agradezco mucho que hayáis venido. Ha sido hermoso teneros a todos aquí —dijo Ginebra con suavidad.

—Somos una familia normal —dijo Nadine sonriendo y recorriendo a todos con la mirada. Después, se dirigió a Lennox—. Creo que los niños podrían ir a la *matinée*, ¿no te parece? ¡Ya son mayorcitos y tienen tantas ganas de ver a la tía Jinny en el escenario!

Lennox, un Lennox sereno, alegre y con sentido del humor, levantó su copa.

—Por los recién casados, el señor y la señora Cope. Jefferson Cope y Carol agradecieron el brindis.

—¡El enamorado infiel! —dijo Carol riendo—. Jeff, ¿por qué no bebes a la salud de tu primer amor, que está sentado justo delante de ti?

Raymond dijo en tono de broma:

—Jeff se está poniendo colorado. No le gusta que le recuerden los viejos tiempos.

Su rostro se ensombreció de repente.

Sarah le tomó la mano y la nube se alejó. Él la miró y sonrió.

—¡Parece sólo un mal sueño!

Una pulcra figura se detuvo junto a su mesa. Hércules Poirot, impecable y elegante, con las puntas de sus bigotes mirando orgullosamente hacia arriba, hizo una reverencia:

—*Mademoiselle* —le dijo a Ginebra—, *mes hommages*. ¡Estuvo usted soberbia!

Todos lo saludaron afectuosamente y le hicieron un lugar junto a Sarah. Miró a su alrededor con una sonrisa y, cuando los demás volvieron a enfrascarse en la charla, se inclinó un poco hacia Sarah y le dijo:

—*Eh bien*, parece que ahora todo va bien en la *famille* Boynton.

—Gracias a usted —dijo Sarah.

—Su marido se está haciendo muy famoso. Hoy he leído una excelente crítica de su último libro.

—Es realmente un libro muy bueno, aunque esté mal que yo lo diga. ¿Sabe que Carol y Jefferson Cope se han casado por fin? Y Lennox y Nadine tienen dos niños encantadores, monísimos, como dice Raymond. Y en cuanto a Jinny, bueno, creo que Jinny es un talento.

Dirigió su mirada al otro lado de la mesa, a aquella cara encantadora, enmarcada por el cabello rojo dorado, y, de repente, tuvo un pequeño sobresalto.

Durante un momento, se puso muy seria. Lentamente, se llevó la copa a los labios.

—¿Está usted brindando, *madame*? —preguntó Poirot.

Sarah respondió:

—De repente… he pensado… en ella. Al mirar a Jinny, he visto, por primera vez, el parecido. Es la misma fuerza, sólo que en Jinny hay luz allí donde en ella sólo había tinieblas.

Ginebra dijo inesperadamente:

—Pobre mamá… era mala… Ahora que todos somos tan felices, siento pena por ella. Nunca consiguió lo que esperaba de la vida. Tuvo que ser muy desgraciada.

Casi sin que mediara pausa, su voz tembló ligeramente al pronunciar unas palabras de Cimbelina, mientras los otros escuchaban hechizados: «Ya no tengas miedo del calor del sol, ni de la rabia furiosa del invierno; has completado tu tarea en este mundo, has vuelto a casa y has obtenido tu premio».

AGATHA CHRISTIE (Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976). Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del
siglo XX
. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con *Miss* Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países;

esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el Nilo* (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.

Notas

[1] Domadora. (n. del T.) < <